

cena del Real en medio de una ovación que la saludaba. Esperaba el público los versos de siempre, la letra de siempre; pero no, Pastora no cantaba lo de todos los días; Pastora cantaba otra letra, recitaba otros versos alusivos a la fiesta y transmitía al público eléctricamente toda la intensa emoción de su espíritu.

Un poeta, un escritor, un cronista—no sé quién, ni me interesa, pero sí sé que un patriota—, escribió a la artista un saludo para la Cruz Roja y para la Reina. Y Pastora, la gran Pastora, salió a las tablas y comenzó a cantar. El público escuchaba, escuchaba; la familia real seguía atenta la canción... y cuando la Imperio, con una gallardía soberana, con una cantidad de alma española que emocionaba, miró al palco regio y le dijo a la Reina... yo no sé cuántas cosas de justicia y amor, el público se levantó de sus asientos, abrió sus corazones, estalló en la sala todo un glorioso clamoreo, y la Reina, esta Reina nuestra, tan buena, tan hermosa, todo amor, todo caridad, cambió el rojo de amapola de su cara por una intensa palidez y, emocionada, dejó resbalar por sus mejillas de nácar alguna perla de sus ojos.

¡Viva la Reina,
de nuestro pueblo, pueblo español!

cantó Pastora. Y ya no pudo oírse más. El clamoreo incesante que duró unos minutos ahogó todo; ahogó los compases de la orquesta; ahogó los últimos versos del saludo. ¡Qué momento aquél! Sólo se veía la figura del director moviendo sus brazos; sólo se veía, en medio del reflector, la figura gentil de Pastora, con una rodilla en tierra y sus brazos en cruz, dirigiendo su palabra a la Reina; sólo se veía luego alzarse con gallardía a Pastora y elevar sus brazos y arquearlos como si quisiera rogar al cielo; sólo se veía la figura egregia de la Reina, puesta en pie, querer saludar, querer aplaudir, querer mirar a todos lados, querer a todos, dar gracias y gracias... El público, en pie, aplaudía y gritaba: ¡Viva la Reina!; la orquesta, en pie, seguía tocando; llorando, también, Pastora se alejaba por el fondo de jardín de la decoración... Había levantado los corazones y había hecho vibrar el alma patria.

Porque Pastora es de las artistas más españolas que yo he conocido; a través de su temperamento veo a mi Patria, y el día de.

ayer, que fué de júbilo para Pastora, fué de gozo también para todos.

¡Viva la Reina! ¡Viva la Cruz Roja! ¡Viva España!

Los pañuelos se agitaron en las manos. Parecía que una bandada de palomas coronaban el éxito de la fiesta. Y cuando Pastora volvió a saludar—atravesando la muchedumbre que ocupaba todo el escenario—, de muchos palcos le arrojaron flores.

¡Bravo, Pastora, bravo!

Después cantó su repertorio. Luego, con los últimos compases de «Su Majestad el Chotis», se enlazaron los primeros de la Marcha Real, como despedida a las Reinas e Infantes. Eran las nueve menos cuarto.



¿Será posible citar toda la concurrencia que asistió a la función de ayer? No; seguramente no lo es. Pero vamos a recordar buena parte de ella para que veamos, no ya la cantidad, sino también la calidad. ¡Cómo estaba el teatro! En las plateas; en el palco de Medinaceli, con la duquesa, sus hermanas las señoritas de Camarasa y la señorita de Benamejís; con la señora de Díaz, sus hijas, la marquesa de Perijáa y la condesa de Torrubia; con el presidente del Congreso, su hija la señorita de Villanueva; con la señora de Oruña, la señora y señorita de Despujol y la señorita de Reynoso; con la señora de Dato, sus hijas Isabel y Conchita; con la marquesa de Somosancho, la marquesa viuda y la señorita de Caballero y Echagüe; con la duquesa de Ahumada, las señoritas de Barrenechea y la señorita de Girón; con la marquesa de Urrea, la señora de Isasi y la de Rengifo; la esposa del ministro de la Guerra, señora de Luque; la del ministro de Estado, señora de Gimeno, y la señora de Dahlander; la marquesa de Monteagudo, con sus hijas; la señora de Moreno y Ossorio, con la condesa viuda de Arcentales y la condesa del Vado; con la condesa de Valmaseda, la marquesa de Zarco y la señorita de Villate y Vaillant; con la condesa de Bilbao, las señoritas de Salazar; con la condesa de Heredia-Spínola, su hija y la señorita de Zulueta, hija de los marqueses de Alava; con la condesa de Maceda, la vizcondesa de Fefiñanes, la marquesa de Aranda y la señorita de Santa Marina.

En los palcos bajos: en el de la duquesa de Fernán Núñez, la marquesa de la Mina, la de Jura Real, las condesas de Torre-Arias y San Félix y la señorita «Nini» Castellanos; con la condesa de San Luis, la duquesa de Tetuán y las señoritas de O'Donnell; con la condesa de Romanones, la marquesa de Villabrágima y la condesa de Velayos; con Mme. Horigoutchi, su hija Ida; con la marquesa de Castelar, la condesa de Sástago; con la condesa de Alcubierre, la marquesa de Santo Domingo y su hija y la marquesita de Espinardo; con la marquesa de Portago, la duquesa de la Victoria, la señora de Muguíro y las señoritas de Muguíro y Portago; con la marquesa de Alhucemas, la señorita de García-Prieto.

Con la señora de Mille, la condesa de la Quinta de la Enjarada, la marquesa de Valdefuentes, la señora de Santos Suárez (una Inestrillas), la señorita de Rocamora y la señorita de Valdefuentes; con la condesa de Torre-Mata, esposa del ministro de Instrucción pública, la señora de Miranda, esposa del de Marina, y sus hijas; con la señora de Semprún, sus hijas y la señora y señorita de Orfila; con la marquesa de Viana, la de Villavieja y la de Villaviciosa y la señorita de Escandón; con la duquesa de Aliaga y su hija, la condesa de Agrela y la suya y la señora de Beistegui; con la duquesa de Santo Mauro, sus hijas la marquesa de Santa Cruz y señorita de Henestrosa y la señorita de Iturbe; con la marquesa de Santa Cristina, las señoritas de Travesedo; con la duquesa viuda de Sotomayor, sus hijas la condesita de Buenavista de la Victoria y las señoritas de Guillamas y Martínez de Irujo y la señora de Ibarra; con la condesa viuda de Vistaflorida, la condesa de la Vega del Ren, las señoritas de Osma y la señorita de Carvajal.

En otros palcos: las señoritas de Aguilar de Inestrillas, de Cárcer y de Delgado; la señora de Mariátegui, la de Maycas y la de Aritio, la marquesa de Argüelles, con las señoras de Nárdiz y Díaz Ordóñez y la señorita de Bernaldo de Quirós; las marquesas de Villatoya, Cañada-Honda, Frontera, Velada, Amboage; la señora de Allende, la duquesa de Luna...

En las butacas: la condesa de Limpías, la marquesa de la Puebla de Rocamora y su hija; la duquesa de Vistahermosa, las señoritas de Loygorri, la condesa de Artaza, la señorita de Casa-Valencia, la señora de Flores (una Catres), la de Bargés, la de Bermúdez de

Castro y la señorita de Quiroga; la condesa viuda de Egaña, las señoras de Pérez del Pulgar, Bárcenas, Chavarri, Jencquel, Franco; la condesa viuda de Adanero y la de Cerragería; la señora de López-Dóriga (D. Juan), la señorita de Ezpeleta, la de Soriano, la de Castromonte... y muchas más.

Del sexo fuerte, una brillantísima representación.



No sería justo terminar estas líneas sin una felicitación y un aplauso muy sincero y muy cariñoso para las señoras de la Junta que tal éxito han obtenido ayer. ¿Sus nombres? La señora de Mille, presidenta; la vizcondesa de Eza, vicepresidenta; la señora de Oruña, tesorera; la marquesa de Urrea, secretaria; y como vocales, las marquesas de Valdefuentes, Frontera y viuda de Casa Arnao; condesas de la Quinta de la Enjarada, Torre-Mata y Limpías; señoras de Semprum, Santos Suárez, Miranda, Pérez del Pulgar y viuda de Peláez, y señoritas de Reynoso, Armada y Ezpeleta.

Y nuestro aplauso ha de ir también para todos los que contribuyeron al triunfo extraordinario de la función.

Todo por la Cruz Roja y para la Cruz Roja.



A ruego de muchas personas—entre las que figuran ilustres damas—publicamos aquí el «Saludo» que cantó Pastora Imperio en la fiesta que queda reseñada.

Por ser el autor del «Saludo» el mismo de estas páginas, no lo hubiéramos insertado en ellas, como no lo publicó el *Heraldo de Madrid*, a pesar de pertenecer a su redacción quien escribió los versos a que aludimos. Pero publicaron la sencilla composición algunos queridos colegas, entre ellos *El Imparcial* y *La Época*, *Pictorial Review* y *Vida Femenina*—que recordemos en este momento—y roto ya el incógnito en que quiso permanecer su autor (no lo decimos por falsa modestia) la publicamos aquí con mucho gusto, sobre todo, por atender el ruego que tan amablemente nos han dirigido y que tan de verdad agradecemos.

Con mucha satisfacción recogemos de *La Época* estas líneas que escribió en su crónica de la fiesta.

«Como fin de fiesta, se presentó al selecto público Pastora Imperio, que entusiasmó a todos con el arte prodigioso de sus danzas y con sus canciones.

No podía faltar en la fiesta alguna novedad, y se encargó de ofrecerla la propia Imperio, con una canción delicada y sentida, cuyos versos escribió el distinguido cronista Enrique Casal.

Eran las estrofas un canto a la Cruz Roja y a sus empresas de caridad y de paz,

y una salutación a la bella y noble Reina, que patrocinaba la fiesta, y que es presidenta de la benemérita Institución.

La artista se emocionó al cantarla y emocionó al público, que estalló en una ovación estruendosa. Mirando al palco regio, toda la concurrencia batía palmas en honor de la dama augusta, cuyo generoso impulso se advertía en la organización de la fiesta, como en tantas otras empresas que inspiraron el amor al prójimo y el espíritu de caridad.

Pocas ovaciones tan entusiastas como ésta, tan llenas de amor y de sinceridad habrá escuchado la hermosa Reina, a quien tantas veces demostró su pueblo el cariño y la admiración. Bien justificada estaba, pues, la emoción que se advertía en el augusto semblante.

El inesperado fin de fiesta fué un digno coronamiento de la artística y caritativa función.

Escribió *La Nación*:

«...Y como en Pastora y con Pastora hay siempre una nota personal, la hubo ayer también, y fué ésta un saludo a la Cruz Roja y a S. M. la Reina Victoria—patrocinadora de la fiesta y patrocinadora y presidenta de la Cruz Roja—que entusiasmó al público, le conmovió y le hizo estallar en delirantes vivas a nuestra Soberana, que duraron largo rato, hasta el punto de no poderse escuchar los últimos versos. Lo cantó la Imperio prodigiosamente. Eran unos versos entre dulces y recios, que así es el arte de la Imperio, escritos por «León-Boyd», el brillante cronista, por Enrique Casal, por otro nombre, que siente con grandes entusiasmos sus amores por la Cruz Roja y por la representación de nuestra España.

La enorme ovación coronó el éxito. Fué aquel un momento de honda emoción. Nunca se habían dicho a una Reina, desde un escenario, las ardientes frases de respeto y cariño y justicia que Casal puso ayer en boca de Pastora. ¡Y cómo las dijo! Se emocionó la artista, se emocionó la Reina, se emocionó el público. El clamoreo duró largo rato. Y los ojos se humedecieron, porque se conmovieron los corazones. Ardía la canción en patriotismo y en caridad.»

* * *

Este «Saludo» fué impreso y repartido entre cuantos lo solicitaron—¡mil gracias, señores!—por unos cuantos admiradores de la Reina y de la Cruz Roja.

Y dice así:

SALUDO

Por la Cruz Roja de mis amores
vengo aquí yo;
la Cruz que alivia muchos dolores,
Roja cual sangre que Dios vertió.
Por la Cruz Roja, Cruz de Consuelo,
Cruz toda ella Amor y Paz;
por ti, Cruz Roja, que eres mi anhelo,
por ti Pastora viene a cantar.

Y ante tus brazos mi frente altiva
se inclina humilde con devoción,
y ante tus brazos mi pecho late
con más vehemencia, con más fervor.

Porque no en balde de los que sufren
eres, Cruz Roja, dulce blasón;
porque no en balde cuando tu asomas
cesan las balas, cesa el cañón,
y ante la insignia de la Cruz Roja
más vivo late mi corazón.

* * *

Por la Cruz Roja de mis amores
yo estoy aquí,
y a la Cruz Roja traigo mis flores,
que son las coplas que aquí me oís.

Mas un suspiro sube a mis labios,
como si fueran flores en Cruz,
para una dama que yo estoy viendo,
por su belleza llena de luz.

Por esa Reina, Reina de España,
que es toda ella flor de bondad;
por esa Reina hoy la Cruz Roja
aquí, en mi patria, vuelve a brillar.

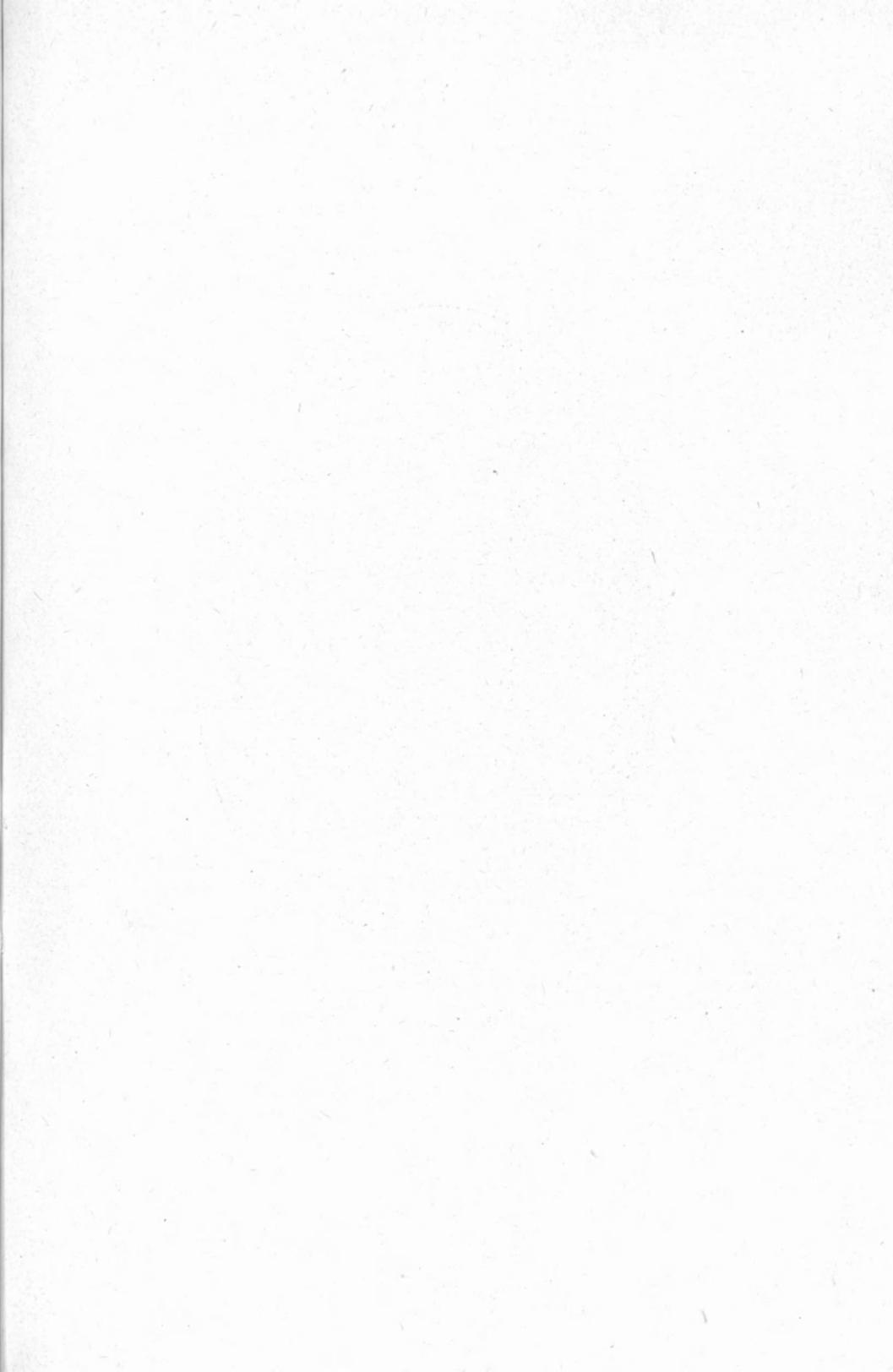
Porque es más Reina—yo me lo creo—
por ser de España—que es mi nación.

¡Si hasta ya lucen sobre su frente
todos los rayos de nuestro sol!

Y así gritemos: ¡Viva la Reina
de nuestro pueblo, pueblo español!

* * *

«Venga, maestro, más alegría,
cuerdas, tímboles, flauta, tambor»;
venga, maestro, que hoy la Cruz Roja
llena de júbilo mi corazón.





Manolita Vázquez Barros.

(Fot. Franzen.)

La señorita de Vázquez Barros y el señor Albarrán. — En casa de la marquesa de Villalva. — La marquesa de Cáceres.

L A boda de ayer...

—La boda de ayer, amigo mío, fué una boda íntima, familiar, sencilla, sin ostentación... Debió de ser un acontecimiento aristocrático. ¡La boda de la señorita de Vázquez Barros, hija de los señores de Lázaro! ¡Ah! Si las circunstancias hubiesen sido otras..., si el dolor no hubiese puesto tanta pena en el alma de aquella familia..., la sociedad madrileña habríase reunido ayer en aquellos salones que son museo, en aquel palacio suntuoso, que lleva el poético nombre de «Parque florido», y habríamos festejado a la novia dichosa cuando la hubiesemos visto cruzar con sus galas nupciales por entre la concurrencia selectísima, numerosa y aristocrática.

—Pero no fué así.

—No fué así, no; no podía serlo. En los corazones de la familia Lázaro anida aún la tristeza, vive aún el pesar, todavía está abierta la herida... Aquel hijo muerto, aquel hermano muerto, aquel pobre Rodolfo—nombre de príncipe soñador y romántico—desaparecido del mundo en el bello florecer de su vida, llena de recuerdos aquella aristocrática residencia...

—Y sólo presenciaron la ceremonia...

—Los precisos. La novia, la encantadora Manolita Vázquez Barros, buena entre las buenas, culta entre las cultas, con un alma

de artista muy grande; el novio, D. José Luis Albarrán, un joven abogado de porvenir brillante; los padrinos, que eran: la madre de la novia, la señora de Lázaro, en cuyo rostro, antes tan alegre, ha puesto sus huellas el dolor, que era la madrina, y el contraalmirante de la Armada D. Salvador Buhigas, que, en representación del padre del novio, era el padrino, y los que firmaron como testigos, que fueron: por ella, su hermano D. Juan Francisco Ibarra y el embajador de la Argentina, Sr. Avellaneda, y por él, el duque de Medina de las Torres y el distinguido argentino D. José Manuel Llovet.

—Tan solo.

—Nadie más. Calcule usted si el contraste fué grande entre lo que fué y lo que debió ser.

—Y los novios...

—Los novios—a los que dió la bendición nupcial el capellán de honor de Su Majestad D. Manuel Alvarez—salieron anoche mismo para Toledo, donde pasarán unos días.

—Que sean muy felices.

—Así se lo ha deseado toda la sociedad de Madrid, que, aunque no asistió a la ceremonia, ya lo hemos dicho, ha obsequiado a los novios con cientos de espléndidos regalos. Entre las listas podrían encontrarse los nombres de todas las altas personalidades de la política, de la aristocracia, del Arte, de las Letras..., pues esas son las amistades de los señores de Lázaro. En joyas ha reunido la gentil Manolita Vázquez Barros un caudal. Su madre solamente le ha hecho espléndidos obsequios: los brillantes y las perlas valen un capital. Los regalos cambiados entre los jóvenes esposos son también muy valiosos y muy lindos.

—Otra noticia...

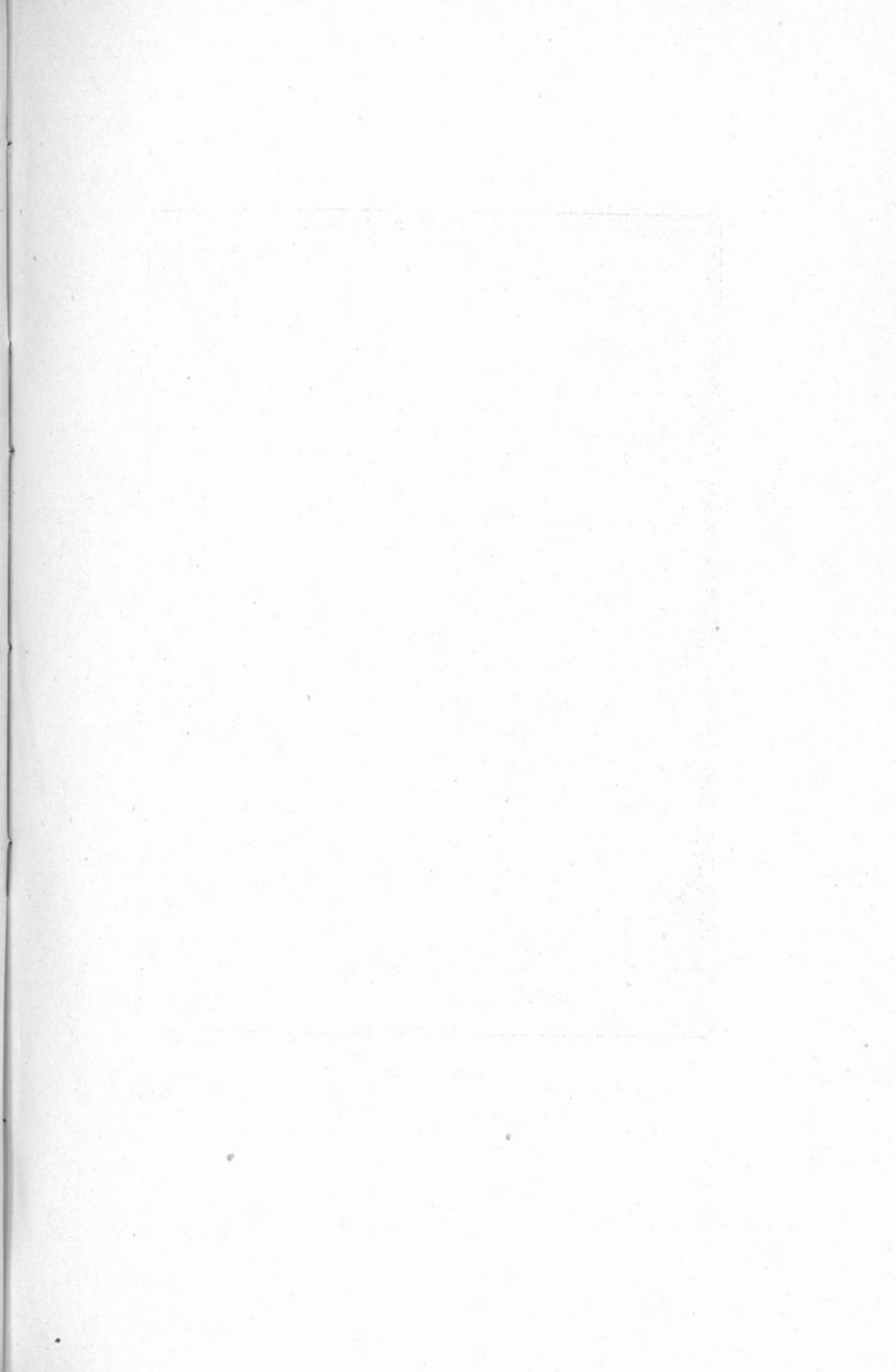
—La pequeña reunión celebrada anteanoche en casa de la marquesa de Villalva.

—¿Precedida de banquete?

—De una comida encantadora. Tenía por objeto la reunión «en petit comité» festejar a unos familiares de la marquesa de Villalva, que acaban de llegar a Madrid.

—¿La vizcondesa viuda del Parque acaso?

—La vizcondesa viuda del Parque y sus dos hijas Fernanda y





La marquesa de Villalva.

(Retrato al óleo por Juan Antonio Benlliure.)

Aurora, que son dos preciosas señoritas, gala de cualquier salón en el que se presenten.

—La concurrencia...

—Muy escasa, porque ya le he dicho que fué todo íntimo; pero los que abundaron fueron los elogios para un retrato de la marquesa, que acaba de ser colocado en el salón principal, pintado por Juan Antonio Benlliure. Aparece la distinguida dama sentada; sobre el fondo de seda de su «toilette» se destaca una malla de encajes y perlas. Es un retrato de gran elegancia, de gran naturalidad, de una gran sencillez y de una gran distinción.

—Juan Antonio Benlliure es un gran pintor.

—Muy sincero, muy artista... y muy modesto; demasiado. Anteanoche estaba entre los reunidos en los salones de la marquesa y escuchó muchas felicitaciones.

—Después...

—Hubo una parte de concierto. El barítono Sr. Barrena cantó varias composiciones, entre ellas la «barcarola» de la «Gioconda», siendo muy aplaudido.

—Y basta por hoy.

—Con una nota de duelo: la muerte de la marquesa de Cáceres, ocurrida en Valencia, donde tenía su habitual residencia.

—Pérdida sensible...

—Era una dama toda piedad, perteneciente a uno de los más ilustres linajes levantinos. Estaba casada con el grande de España marqués de Cáceres, jefe de los conservadores de Valencia. Su muerte ha sido sentidísima.

—Enviemos a todos los de la familia nuestro pésame muy sentido.

Nuevos caballeros de Calatrava.

EL Capítulo celebrado ayer en la iglesia de las Calatravas por las Ordenes militares de Calatrava, Alcántara y Montesa, con objeto de armar caballeros y vestir los hábitos de la primera de dichas Ordenes a D. Pedro Fernández Villaverde y Roca de Togores, hijo de la marquesa de Pozo-Rubio, y a D. Manuel y D. José Falcó y Alvarez de Toledo, hijos de los marqueses de la Mina, fué muy solemne.

Las justas simpatías que en la sociedad de Madrid gozan las ilustres familias de los nuevos caballeros, llevó numerosa concurrencia al aristocrático templo, que estaba adornado con mucho gusto.

En sitio preferente se hallaban la duquesa de Fernán-Núñez y la marquesa de la Mina, abuela y madre de los jóvenes Falcó, y junto a ellas, la marquesa de Pozo-Rubio.

A su lado, y en uno y otro del templo, se encontraban, entre otras señoras, las duquesas de Montellano, Santo Mauro, viuda de Sotomayor, Infantado, Pinohermoso, Ahumada y Plasencia; las marquesas de Valdeolmos, Portago, Santa Cruz, Santa Cristina, Hoyos, Camarasa y Alquibla; las condesas de Torre-Arias, Maceda, viudas de Torrejón, Xiquena, los Llanos, y San Félix; la vizcondesa de Fefiñanes, y las señoritas de Mina, Montellano, Portago y otras muchas.

A las cuatro se reunió el Capítulo, bajo la presidencia del comendador mayor de Aragón, de la Orden de Calatrava, marqués de la Mina, que tenía a su derecha al obispo de Segovia, Sr. Gandásegui. En el extremo de uno de los bancos sentóse Su Alteza el Infante Don Carlos, al frente de los caballeros de Alcántara, y frente a él, el barón de Planes, al frente de los de Montesa.

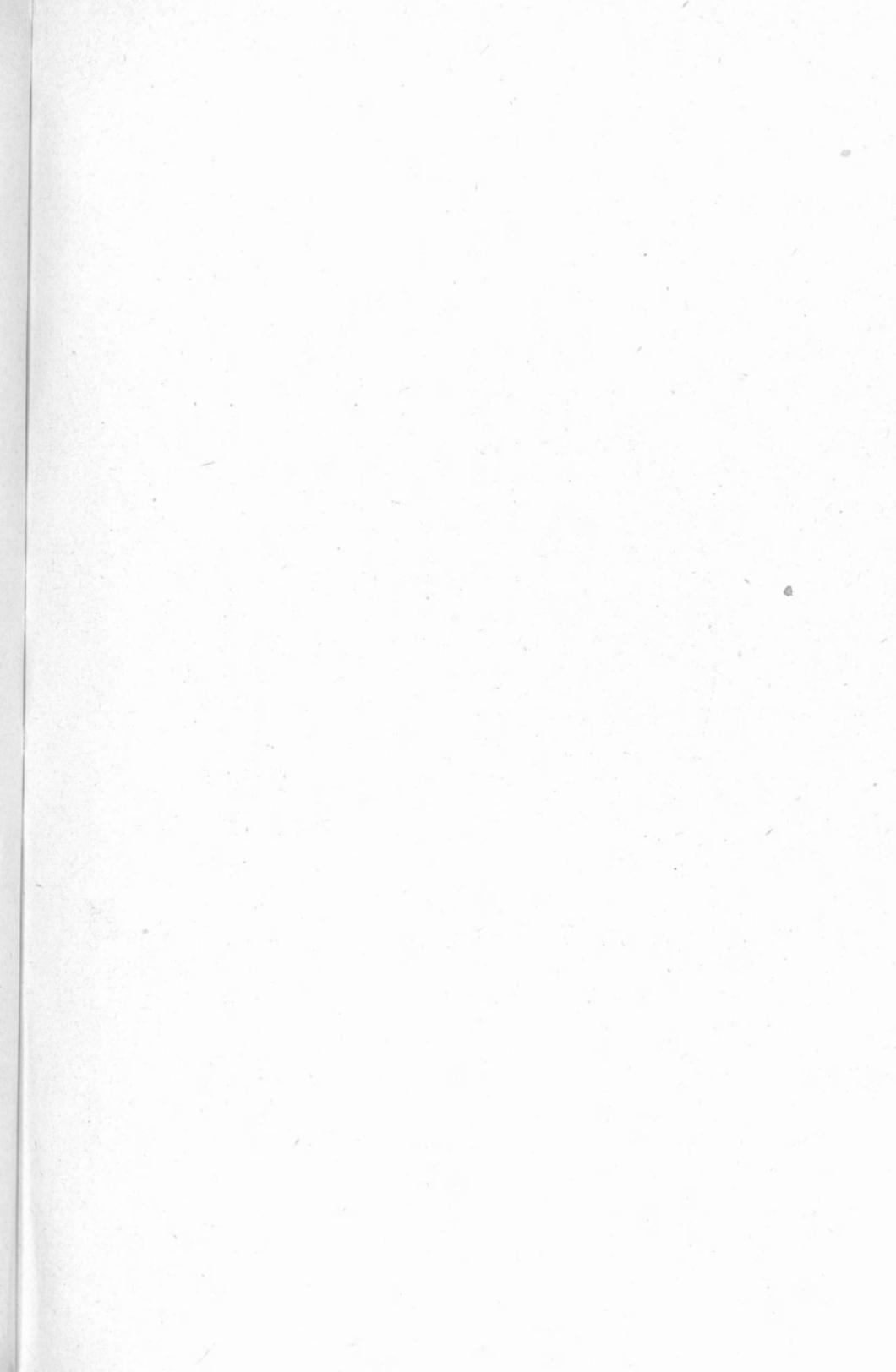
Entre los caballeros que concurrían, figuraban los duques de Aliaga, Conquista y T'Serclaes; marqueses de la Torrecilla, Quirós, Casa-Pizarro, Acha, Rocamora, San Vicente, Portago, Laurencín, Moratalla, Cabriñana, Velada, Martorell, Castillo de Jara, González Castejón, Villanueva de Valdueza, Torneros y Bosch de Arés; condes de Pozo Ancho del Rey, Mejorada, Torrejón, Cimera, Superunda y Ardales del Río; vizcondes de Roda y Val-de-Erro, y Sres. Acha, Fernández Villaverde (D. Raimundo), Muguero (don Miguel Angel), Alós, Suárez Guanes, D'ez de Rivera (D. Ramón y D. Francisco), Morales de Setién, Urbina, Sanchiz, Alcázar (don Juan del), Acuña (D. José), Gutiérrez Salamanca, Acuña (D. Antonio María), Cabanyes (D. José y D. Luis), Márquez Castillejo (don Juan y D. José), Barón (D. Leopoldo), Pérez de Guzmán (D. Juan y D. Luis) y Barnuevo (D. José).

Primero se armó caballero al Sr. Fernández Villaverde, cuyo padrino fué el marqués de Rocamora, y a quien calzaron las espuelas el marqués de Torneros y D. Raimundo Fernández Villaverde. Después tocó el turno a D. Manuel Falcó, siendo su padrino el marqués de la Torrecilla, y calzándole las espuelas el marqués de Rocamora y el conde de la Cimera. Por último, el padrino de D. José Falcó fué el marqués de Martorell. Le pusieron las espuelas los marqueses de Torneros y de Villanueva de Valdueza.

Bendijo los hábitos el prelado de Segovia, y actuó de maestro de ceremonias el vizconde de Val de Erro.

Los nuevos caballeros recibieron después muchas felicitaciones.

Como recuerdo de esta ceremonia, los jóvenes hermanos Falcó regalan a sus amigos preciosos sortijeros de cristal, tisú y piel, con la cruz, esmaltada, de la Orden, y riquísimos bombones de la confitería Hidalgo.





La condesa viuda de Arcentales.

Baile en el hotel de la condesa viuda de Arcentales.

EL carnaval ha tenido un eco regocijado, feliz y artístico. ¿Dónde? En el hotel de la condesa viuda de Arcentales, tan buena, tan amable, tan simpática.

—Hemos de dar un *asalto* yendo todos disfrazados—se dijeron muchos aristocráticos jóvenes.

—Encantados y... manos a la obra—respondieron los que escucharon la proposición.

—Pero que no sepa nada la condesa—añadieron.

—¡Por supuesto!

Y empezaron a pensar en disfraces cada uno a cual más bonitos.

Pero ¡ay! lectores, que no faltó quien enterado de la *trama* acudiera al hotel de la condesa y le dijese todo lo que pensaban los alegres y aristocráticos jóvenes.

—Pues me parece muy bien—contestó la dama.—¿Han escogido mi casa? ¿Se han acordado de mí? Pues muchas gracias. Serán recibidos como se merecen.

Y, amigo lector, la condesa preparó su casa—un museo—como ella sabe hacerlo. Lujo, elegancia, arte. ¡Aquellos salones! ¡Aquella galería! ¡Aquella *serre!* ¡Vaya si estuvieron afortunados en la elección de sitio!

Y anoche, lunes de carnaval, a las once en punto, los coches y los autos se detenían ante el jardín de las calles de Almagro y Zur-

bano y de ellos iban descendiendo qué se yo cuántas deliciosas mascaritas. ¡Oh! qué tremenda algarabía de risas, de frases, de pequeños gritos de júbilo, bajo los antifaces. ¡Oh! qué sorpresa la que ellos pensaban que se llevaría la condesa.

Pero la sorpresa fué la de ellos al ver toda la casa en tren de fiesta. Los salones abiertos, las arañas encendidas, el gran salón-comedor dispuesto a reparar las fuerzas que pudieran perderse, la música en su puesto preludiando los primeros acordes y la condesa con sus hijas recibiendo a todos.



La condesa del Vado vestía un elegante traje de Julieta, de color rosa pálido, cubriendo la cabeza con redecilla de perlas. Su hermana era una bella aldeana rusa, cuyo traje, lleno de bordados, resultaba un primor; pero más llamaba la atención la auténtica tiara de brillantes, que podía competir con las mejores que se luzcan en la Corte del Zar, donde las damas suelen vestir algunas veces el traje nacional.

Disfrazados estaban también los hijos varones de la dueña de la casa. El conde de Arcentales era un Scarpia perfectamente caracterizado, pero más simpático, desde luego, que el personaje de la obra de Sardou. Su hermano Juanito vestía de Fígaro, y era un chispero bien plantado, que el insigne Goya no se hubiera desdeñado de copiar.

Con la marquesa de Santa Cristina iban sus dos hijas. De holandesa, Cristina, que no solamente había buscado una tela de verdadero carácter para su traje, sino un gracioso paraguas, propio de una aldeana; al brazo llevaba la cesta, en la cual asomaba un pollo vivo, que a poco más cacarea. Su hermana Inés lucía elegante traje oriental.

La encantadora Menene Somosancho se acordó, sin duda, al disponer su tocado, de la interesante Scheherazada, la de los cuentos. Lucía turbante de gasa de plata y profusión de collares, ajorcas y pulseras, y una gran esmeralda colgando del cuello. De haberla visto así el Sultán Schariar, no habría necesitado Scheherazada de su ingenio para salvar la vida.

Un «¡Viva Málaga!» se escapaba de los labios, al saludar a una gentil andaluza: la señorita de Huelín, que lucía con sumo garbo el mantón de Manila y la alta peina.

Pierrette muy graciosa era la marquesita de Espinardo, de blanco. Una gitana muy guapa y airosa, que tentaría al pincel de López Mezquita, Carmen Bermejillo. El pañuelo amarillo que llevaba a la cabeza armonizaba muy bien con los vivos colores del traje, revelando el gusto artístico de la marquesa de Bermejillo, madre de la gentil gitana.

Los hermanos de ésta iban, de Fantomas, uno, y el otro, de ruso, con pantalón bombacho, altas botas y tabardo de terciopelo con pieles.

Con mantón de Manila, la señorita de Quiroga y Navia Osorio, y de gitana también la señorita de Olivares, hija de los condes de Artaza, a cuya belleza morena sentaba muy bien el típico tocado.

La recién casada señora de Ussía (D. Ramón) vestía de kuáquera, con traje azul oscuro y blanda toca, que le sentaba de perlas. Estaba muy guapa; lo que se comprende, porque los Ussías no se casan más que con bellezas.

La señora de Ussía (D. Luis) y la de Milans del Bosch (don Jaime) llevaban trajes Luis XV.

Muy guapa la señorita de Núñez de Prado, que había copiado el lindo traje que Pastora Imperio luce en *El amor brujo*, y resultaba un verdadero primor.

Admirablemente vestida también, de aldeana inglesa, la gentil Mavita García Prieto, hija de los marqueses de Alhucemas.

María Rosa Cayo del Rey, vestía de maja, adornándose con claveles rojos. El óvalo de su rostro se destacaba graciosamente del fondo de raso azul de la mantilla de madroños. Su prima, Angelita Baztán, era una elegante Colombina.

La señorita de Tarancón, vestida de *apache*, resultaba muy graciosa; mas por lo mismo no logró inspirar ningún recelo, y la señorita de Molins una charra muy bien vestida.

Otra aldeana muy graciosa, con traje de campesina de los Balkanes, era Conchita Dato, y otra figura, admirablemente vestida, la señorita de Eizaguirre, de Rosina, con auténtico traje de época y joyas antiguas.

Las gitanas, como ya se ha visto, figuraban en buen número. Si tocan a decir la buena ventura, cualquiera sabe a quién dirigirse.

Otra de la propia tribu, encantadora, era una señorita de Pidal, y otra Pilar Caudilla, muy bien vestida. La hermana de ésta, Mariflor, era una maja muy gentil.

De las dos hijas de los duques de Tovar, una iba también de gitana y otra de mora; de valenciana, una señorita de Maluque, y de Colombina, con traje negro, la señorita de Bascaran.

Dos graciosas odaliscas eran Mercedes Pidal y su sobrina María Villaviciosa.

De holandesa vestía otra señorita de la familia; la de Bernaldo de Quirós.

La duquesa de Arévalo del Rey iba de mantón de Manila, y su hija de holandesa. Con mantón de Manila también la condesa de Villamonte, y con mantilla negra la señora de Moreno y Ossorio.

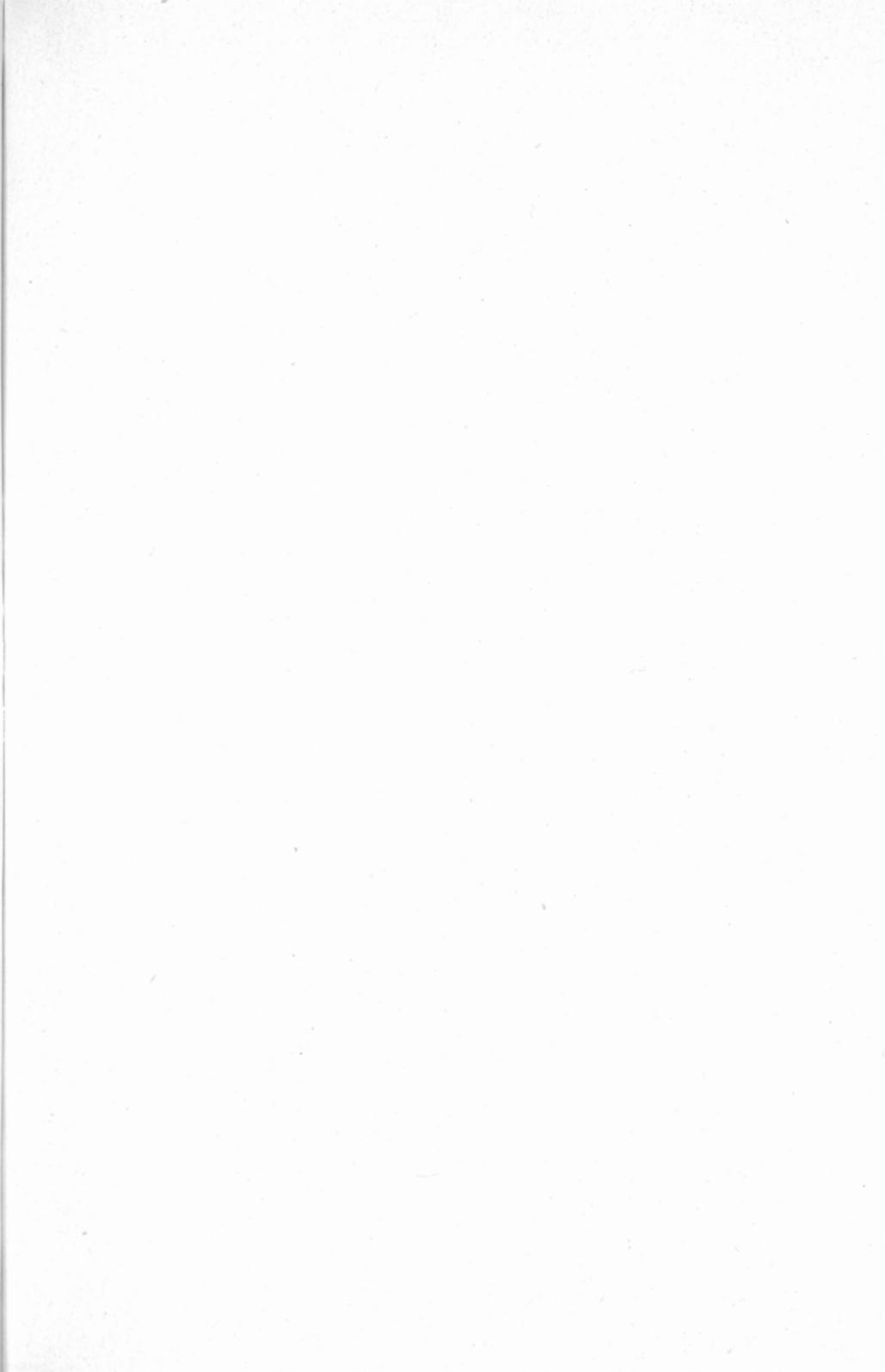
De otros muchos trajes se olvida el cronista; pero la memoria no alcanza a más, y el olvido debe ser perdonado.

Los muchachos lucían disfraces graciosos. Había húngaros, cocineros, *apaches*, *jockeys*; un perfecto juglar, Carlos Morenes, y un aragonés auténtico, Nicolás Jordán de Urríes, hijo de los marqueses de San Vicente. Otros llevaban fracs de colores. La tarea de citarles a todos sería larga.

Asistían a la fiesta otras muchas señoras y señoritas, entre las que recordamos a la duquesa de Tarancón, marquesas de Alhucemas, Bermejillo del Rey, viuda de Aldama, Baztán, Cayo del Rey, Jura Real, Quirós, Villatoya y Somosancho.

Condesas de Alcubierre, Artaza y Maluque, y señoras y señoritas de Dato, Landecho, Maluque, Pidal (D. Roque), Bernaldo de Quirós, Topete, Coello de Portugal, Ussía (D. Jesús), Molins, Cibriñana, Moreno, Caballero y Echagüe, Olagnivel, Padura, Rodríguez Arribas, Castelfuerte, Oteyza, Núñez de Prado, Basals y otras más.

El divertido baile se prolongó hasta después de las cinco de la madrugada. La amabilidad de la condesa viuda de Arcenales hizo más agradable la fiesta, que ha sido la nota artística de estos carnavales.





Sra. D.ª Mercedes F. M. de Cejuela.

(Fot. Willy Koch)

La piñata en los salones.--Un baile de niños.

HA terminado el Carnaval con la nota encantadora de un baile de niños, de una Piñata deliciosa, habida ayer tarde en casa de los señores de Cejuela, como ofrenda del simpático matrimonio a la infancia aristocrática. No ha sido el Carnaval presente de los más animados. Aparte del brillante baile celebrado en la elegante casa de la condesa viuda de Arcentales, y aparte, también, de las dos pequeñas reuniones, una para las solteritas y para las casadas la otra, habidas en casa de los señores de Moreno y Ossorio, y de la fiesta en «petit comité» que tuvo lugar en casa de los duques de Moctezuma, por coincidir el domingo de Carnaval con el santo de una de sus hijas, la gentil Alicia, nada ha habido en los salones madrileños, como no sea este baile de ayer que nos hizo gozar, aunque la fiesta no era para nosotros, «los mayores», acaso porque las fiestas a los niños nos hacen recordar qué sé yo cuántas cosas que ponen no sé cuánta dulzura en nuestros temperamentos, un poco fustigados por los mil sinsabores de la vida.

Hace algunos años—no muchos—no faltaba en la época del Carnaval un bailecito de trajes, dedicado a los niños, en la Embajada de Inglaterra. Era cuando la ocupaba aquella lady Bunsen que amaba a la infancia, que gustaba de retratarse con ella, que gozaba diciendo a sus amigas: «Mándeme sus niños, y con los míos los llevaré a dar un paseo por las alamedas del Retiro o a los altos

pícos de la Sierra.» En tiempos de lady Bunsen el baile de Carnava a la infancia aristocrática era cosa obligada; pero, ausente aquella rubia dama, que, como ella decía, amaba a España y la admiraba sobre muchas cosas del mundo—Dios le pague ese cariño y esa admiración por nuestra patria—, no ha quedado este año más casa que haya dedicado a la infancia un baile pintoresco que este de los señores de Cejuela, que motiva estas líneas.

En casa de los señores de Cejuela se quiere mucho a los niños. Así debe ser. Tienen una sola hija encantadora, y la adoran. Y con mucha frecuencia, una vez por semana, en aquellos salones de la calle de Orfila los hijos de todos sus amigos se reúnen en torno de Merceditas, y ante ellos se les proyectan unas cuantas películas, y meriendan espléndidamente, y saltan y corren y juegan con delicioso e infantil alborozo. Y todos los años, el domingo de Piñata ofrecen un baile, que es un encanto, y en el que, si mucho disfrutaban los «pequeños», no menos disfrutaban los mayores. ¡Jesús y qué encantadora algarabía! Y ayer fué domingo de Piñata, y tuvo lugar el consabido baile.



Cuando entramos en aquel «hall» de la casa de la calle de Orfila, llevando de nuestras manos a una maja «muy maja» y a un «pierrot» «ingenuo y triste», como dice hoy en «A B C» nuestro compañero «Cyrano», estaban aquellos salones muy animados, muy pintorescamente animados.

—Esto es un rinconcito de la gloria—me dice el general Casanová, conde de la Algaida—, a juzgar por el número de angelitos que aquí vemos.

Pero yo no sé qué pensar, porque el cuadro no es precisamente de gloria, ni «angelitos» todos los que están. Vemos bailando «mu» agarraditos y «mu bien» a dos de los hijos de los señores de Urrutia: Mariquita, vestida de «Carmen la Sevillana», con un traje como el que luce Pastora Imperio en «La nieta de Carmen», y Manolito, de «flamenco». ¡Olé! Vemos a los hijos de los señores de Sanford—viendo a la mamá no dudamos estar en la gloria—, que visten: María Victoria, de «quáquera», y Luisito, de «pierrot». Vemos a los hijos de los señores de González Conde—nietos de la marquesa

de Villamantilla de Perales—, que visten: María Cristina, de «Manola», y de «Cupido» María Luisa. Una parejita de turcos—turca ella y turco él—la forman Carmen y José Díez Merry; Carmencita González Alvarez viste de «soubrette» Luis XV, y sus sobrinos—parecen hermanos de su tía infantil—Angeles y Emilio Hortsmann lucen disfraces de «aldeana de Flandes» y de «pierrot».

Tres nietecitos del ministro de la Guerra formaban un grupo encantador: eran Amalia y Carmencita Gobart y Luque, que vestían de «odalisca» y de «mora», y Alejandro Berenguer y Luque, que lucía el negro traje de «Fantomas»; María Aurora y Pepito Burell, hijos del ministro de Instrucción pública y de la condesa de Torre-Mata, vestían, ella de «mariposa» y él de «cocinero»; Jaimito Masfarré y su hermana, de «moro del Rif»—así decía él, añadiendo: «Y amigo de España»—, y de «aldeana portuguesa»; María del Milagro y Joaquinito Argamasilla formaban una deliciosa pareja de «chisperos», castiza y clásica; Casildita y Angelines Garnica eran dos lindísimas mascaritas, que representaban a «Pierrot» y a «Madame de Pompadour»; veíamos también en pintoresco conjunto un «botones» y una «bailarina» y una «margarita» y un «Napoleón», que animadamente bailaban, y que no eran sino Pepito y Amalita Oñate, los primeros, hijos de los señores de Oñate (D. José), y Rosita y Matías Oñate, los segundos, hijos de los marqueses de Ugena.

Seguía tocando la música, seguían bailando las infantiles parejitas y seguían pasando ante nuestra vista las mascaritas deliciosas, que nos recordaban otros tiempos, aquellos en que nosotros fuimos también a los bailecitos de entonces con el alma llena de ilusiones. Un rigodón, un vals, un «schottis»... muy bien. Daba gusto verlos bailar.

Cruzaban ante nosotros Carlitos y Mariquita Martínez Fresneda, de «pierrot» él, de «María Antonieta» ella; cruzaban ante nosotros una deliciosa «Manon» y un delicioso «Caballero De Grioux», que no eran sino Marujita y Antoñito Liñán y Bernaldo de Quirós, nietos de los marqueses de Argüelles; aquella pareja de un «caballero napoleónico» y de aquel «aldeano holandés» que parecían atisbar todo el bullicio del baile, no eran sino Fernando y José Manuel García-Briz, hijos de los condes de Baynoa; aquel «clown» y aquel «pierrot», Manolito y Pepito Melgar, hijos de los condes de Villa-

monte: aquella «zángara», Mariquita Oyarzábal; aquellos «soldados españoles», Ignacio, Luis, Alberto y Javier; aquel «soldado inglés», Antonito Orfila; aquella «Desdémona» espléndida, a cuyo encuentro salieron ayer no sé cuántos «Otelos», Elisita Linares Rivas, hija del ilustre y festejado autor dramático; aquellos «pierrots» alegres y retozones, Juanin L. de Ceballos, Javierito de Lara y Pérez Caballero, y Alfonsito Alcalá-Galiano, hijo de los condes del Real Aprecio; aquella «paletita», Maruja Villarías; aquella «aldeanita», Mercedes del Río; aquella «soubrette», María Asunción Colmenares, hija de los condes de Polentinos; aquella «Margarita de Austria», María del Carmen Peláez; aquellas otras mascaritas que alegrán la fiesta, un hijo de los señores de San Martín, otro de los señores de Llanos y Torriglia, la hija de los marqueses de Camarines, la bella Mari-Sof; la hija de la marquesa de Lyon, la linda «Casolita», la niña de los señores de Campos... y—¿por qué no citarlos?— la maja «tan maja» y el «pierrot» de rostro «ingenuo y triste» que cantó a la luna, y que no eran sino dos chiquillos, para mi encantadores, que se llaman María Luz y Enriqueito Casal y Chapi.

Y todo este conjunto de deliciosas mascaritas, presididas por la gentil y bellísima Mercedes del Río, que vestía de «hermosa tunecina», con un disfraz auténtico y con una hermosura tan auténtica—por lo menos—como el disfraz.

¡Lo que se divertieron los chicos y lo que gozaron los «grandes»; estos «grandes», a los cuales no citamos hoy porque la fiesta no era para ellos, aunque para ellos resultó también! Diremos solamente que asistieron todos los padres de los niños citados, muchos de sus abuelos y muchos de los amigos de los señores de Cejuela, que recibieron del simpático matrimonio y de su señora madre, viuda de Molano, todo género de atenciones.

Hubo merienda espléndida, reparto de juguetes, mucha alegría y aquello de pasarlo como en la gloria. Casi estoy ya de acuerdo con el general conde de la Algaida. Aquella «María Antonieta», aquella «Desdémona», aquella «Margarita de Austria», aquel «Napoleón», aquel «Fantomas», no eran sino unos ángeles.

—Mi general: Tenía usted razón—digo ahora—. Y añadido: Usted decía que parecía la gloria. Yo casi afirmo que lo era.

MARZO-1917

La Cruz Roja del distrito de Buenavista.

LA Cruz Roja ha tenido un segundo beneficio. Ha sido éste para la del distrito de Buenavista, cuya Junta de damas preside S. A. R. la Infanta Doña Luisa. Se celebró ayer en el Real, y el éxito fué tan grande como el primero. Todas las localidades ocupadas por el «todo Madrid» de todas las solemnidades, y allí, en sus palcos, toda la familia Real. Porque honraron la función con su presencia SS. MM. Don Alfonso y Doña Victoria, la Reina Doña Cristina, la Infanta Doña Isabel, los Infantes Doña Luisa y Don Carlos con los Infantitos Don Alfonso y Doña Isabel y el Infante Don Fernando y la duquesa de Talavera.

Las duquesas de San Carlos y Conquista, la señorita Margot Bertrán de Lis, el marqués de la Torrecilla, el duque de Santo Mauro y los generales conde del Grove y Fernández Silvestre formaban el séquito de las augustas personas.

La obertura de «Tannhäuser», la celebradísima zarzuela «La patria chica», que no puede escucharse sin que en nuestro espíritu aparezca la nubecilla de la emoción, una emoción muy natural y muy legítima; una parte de concierto por la Sra. Anitúa y los señores Crabbé y Pertile; la «Fiesta de la Jota», y, por último, Pastora Imperio, constituyeron el programa de la fiesta.

Todos los artistas fueron colmados de aplausos; ellas, además de los aplausos, recibieron flores; pero cuando la ovación estalló

unánime, estruendosa, delirante, con el público puesto en pie y vivamente emocionado, fué cuando la gran Pastora Imperio cantó de nuevo el «Saludo» que en la función anterior dedicó a la Cruz Roja y a la Reina.

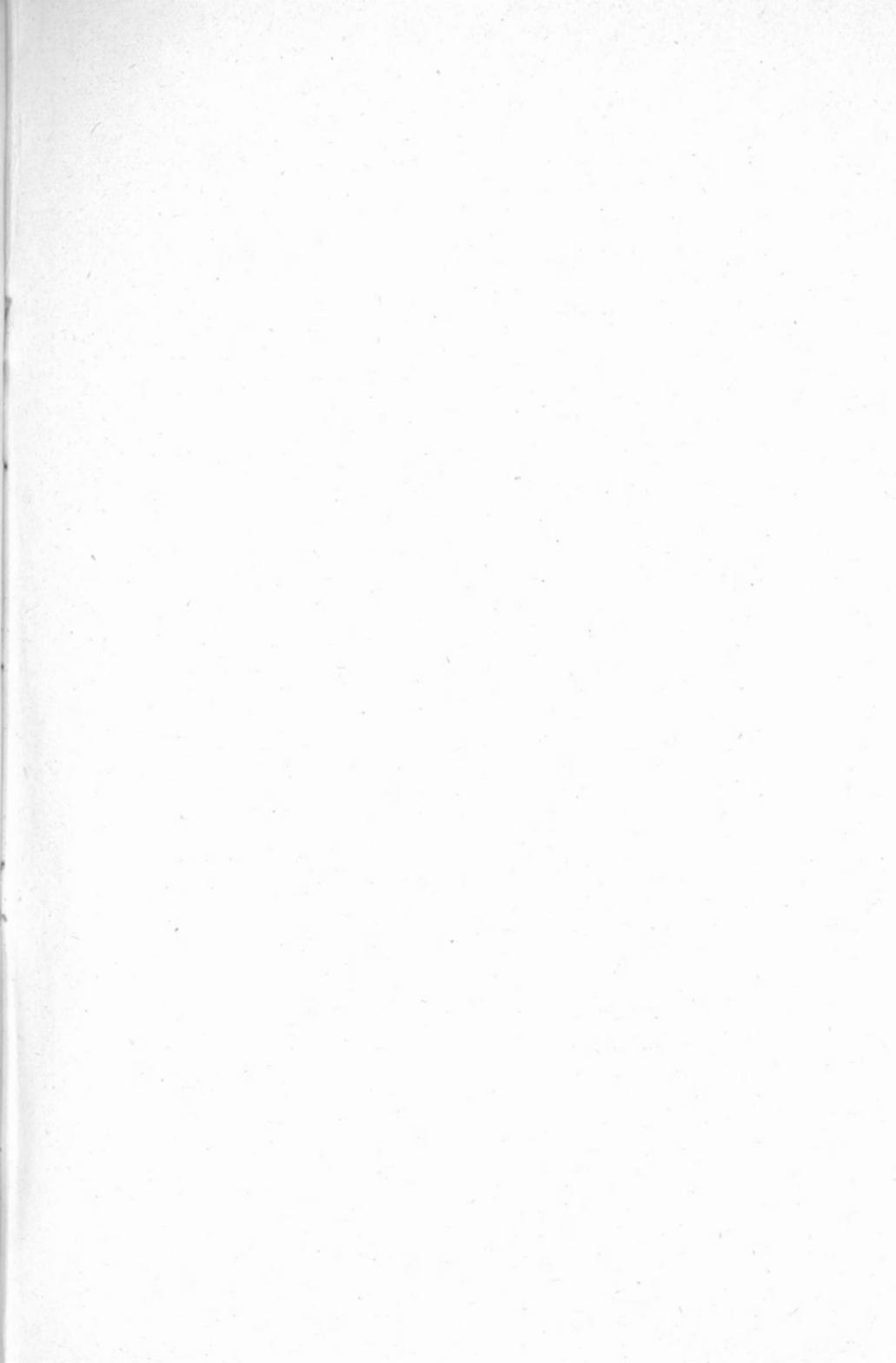
¿Fué grande la ovación? Fué—ya lo hemos dicho—delirante y entusiasta, conmovedora y extraordinaria.

—¡Vivan los Reyes!—gritaron todos—. Y SS. MM. recibieron una de las más grandes ovaciones que habrán escuchado. Y Pastora, que puso al cantarlo toda su pasión, también. Luego, en su repertorio, fué la de siempre, o como dice la gentilísima Emérita Espanza, «la única».

La concurrencia era la de la función anterior: las damas de la Reina, los grandes de España..., etc.

Vaya, pues, nuestra felicitación para la Junta de damas, que la forman señoras de tan alto prestigio como S. A. R. la Infanta Doña Luisa, como presidenta; la condesa de Alcubierre, como vicepresidente; la marquesa de Rafal, como tesorera; la marquesa de Aguila Real, como secretaria, y como vocales las duquesas de Vistahermosa y Alburquerque; las marquesas de Guad-el-Jelú, Mesa de Asta, Valdeolmos, Castel-Rodrigo, Manzanedo, y viudas de Hoyos y de Casa-Torre; las condesas de Romanones, de Sástago y de Almodóvar; la señora viuda de Barroso y la señora de Liniers.

Y ofrendemos también un aplauso entusiasta para S. M. la Reina, noble patrocinadora de la fiesta.





Custodia construida con las joyas de la marquesa de Squilache.

(Fot. Kaulak.)

Las joyas de la marquesa de Squilache.

EN el Asilo de huérfanos de Jesús y San Martín se ha verificado esta tarde la entrega, a la Comunidad que lo regenta, de la magnífica custodia y la arqueta dedicada a guardar las Sagradas Formas, construídas con las joyas que pertenecieron a la marquesa de Squilache.

Fué la última voluntad de esta ilustre dama que con sus alhajas se construyeran ambos objetos de culto, y que los dos fuesen destinados al Asilo, donde habían de reposar sus restos, junto a los de su marido D. Martín Larios.

El arzobispo preconizado de Valencia, D. José María Salvador y Barrera, hasta ahora obispo de Madrid-Alcalá, y los demás testamentarios de la marquesa de Squilache, cumplieron fielmente sus deseos, y la custodia y la arqueta, ya terminadas, quedaron resplandeciendo en el altar mayor del Asilo.

La custodia constituye una verdadera obra de arte. Mide 1,10 metros de alto, y en ella han sido engarzadas gruesas perlas, soberbias esmeraldas y magníficos brillantes; orlando el cristal destinado a guardar la Sagrada Forma, aparece el hilo de gruesas perlas de uno de los collares de la marquesa; otra orla, que rodea a la anterior, contiene las soberbias esmeraldas, tasadas en muchos miles de duros; los pendientes de perlas de gran tamaño, y otros dos enormes solitarios.

Sobre los rayos de la custodia aún se admiran, con su fina labor del Renacimiento, todos los dibujos, en brillantes, que formaban la diadema de la distinguida dama.

En el pie de la custodia aparece entre amatistas, brillantes y perlas—entre éstas, una negra y otra de color de rosa—, un precioso lazo de brillantes de roca antigua, y ya en la base, una corona heráldica, hecha con perlas, brillantes y rubíes.

La arqueta, de plata dorada y cincelada, es de estilo gótico, y está adornada con medallones de esmalte, orlados de perlas, que representan a San Vicente, San Martín, la Eucaristía, la Pasión, la Virgen del Pilar, y la Fe, la Esperanza y la Caridad.

En el centro de uno de los frentes se destaca una gran pluma de brillantes, que ostenta en el centro una esmeralda, cuyo valor no baja de 7.000 duros.

Las grecas que completan el adorno del arca están hechas con perlas y brillantes de gran tamaño. Mide la arqueta 60 centímetros de alta por 63 de ancha.

Ambos objetos están tasados en 80.000 duros.

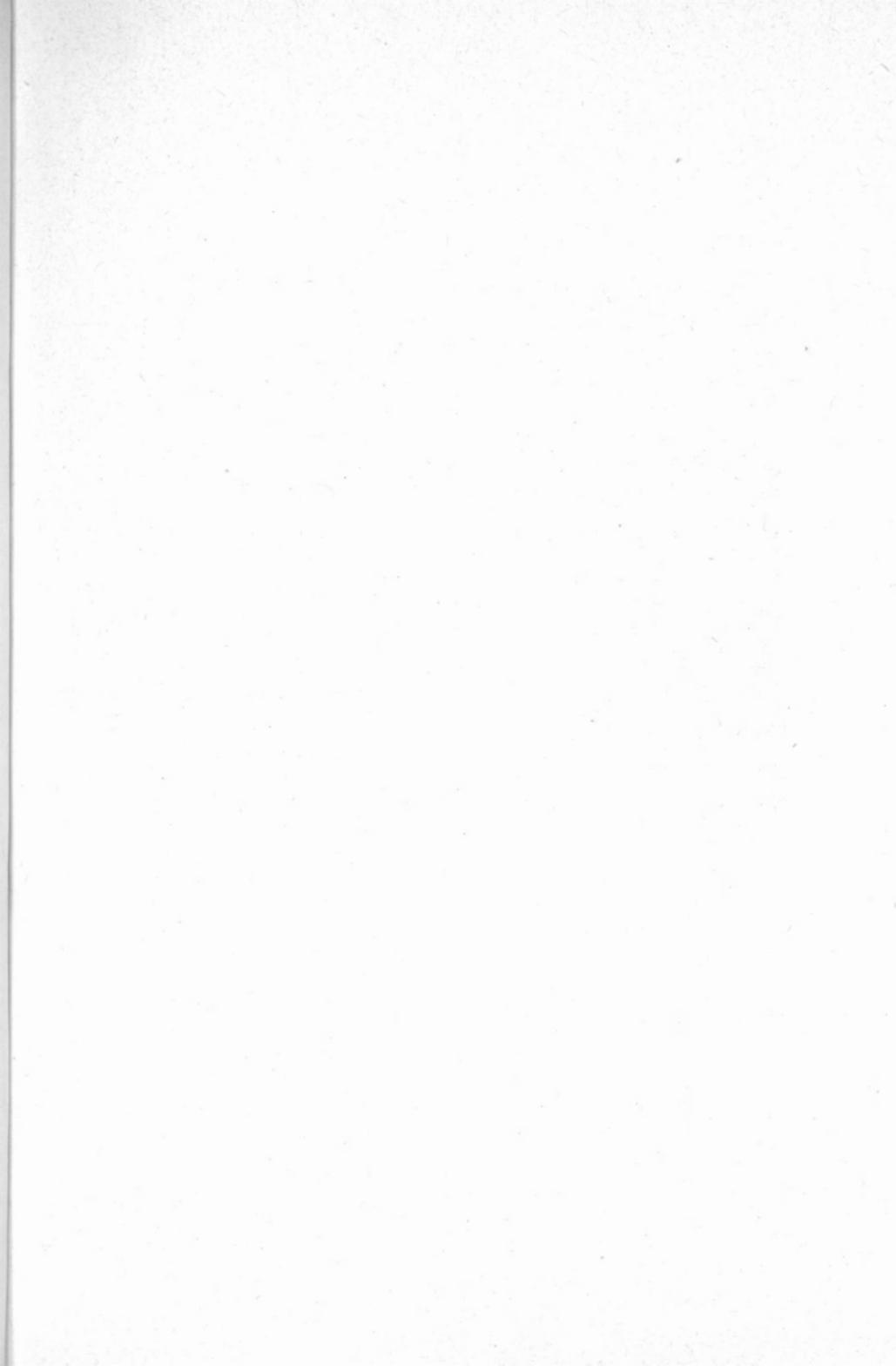
Al acto de la entrega asistieron el prelado, Sr. Salvador y Barrera; el alcalde de Madrid, duque de Almodóvar del Valle, y otras personas de la familia de la marquesa de Squilache.

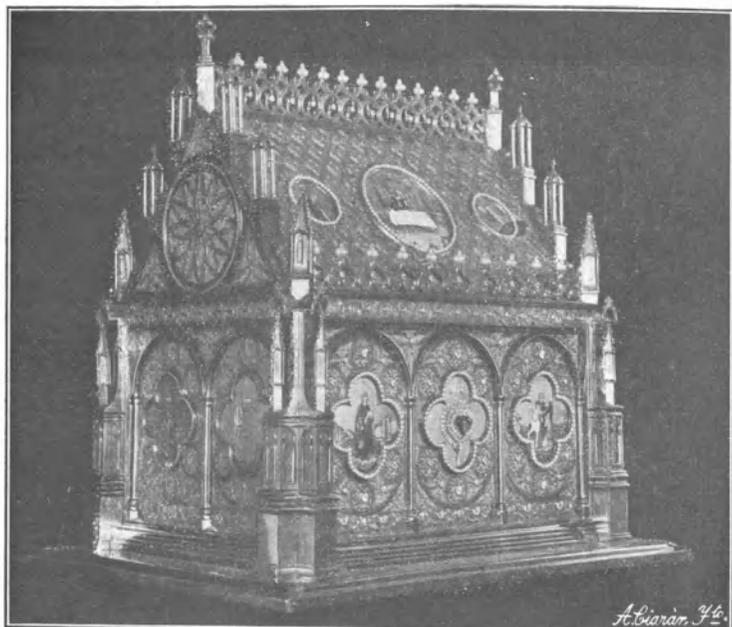
El arzobispo bendijo la custodia y la arqueta, que quedaron ya como objetos de culto en la capilla del Asilo.



Ambas joyas fueron anteayer llevadas a Palacio; en las habitaciones particulares de S. M. las admiró toda la familia Real.

Su Majestad la Reina recordó emocionada que el lazo de brillantes que adorna la base de la custodia lo llevaba la marquesa de Squilache el día que hizo su última guardia a la hermosa Soberana.





Arqueta construída con las joyas de la marquesa de Squilache.

(Fot. Kaulak.)

Los nuevos Grandes cubiertos.

EN el Regio Alcázar se ha celebrado esta tarde la ceremonia de cubrirse ante S. M. el Rey los Grandes de España que aún no lo habían efectuado y se hallaban en condiciones para ello.

El acto ha revestido la solemnidad que requieren estas ceremonias de Corte, verificándose con arreglo a las prácticas de costumbre.

Los Grandes que habían de cubrirse eran los siguientes por orden de antigüedad de sus Grandezas:

El marqués del Cenete.—D. Alvaro Carvajal y Melgarejo pertenece a la ilustre Casa de Abrantes, como hijo del anterior marqués de Puerto-Seguro, cuyo primogénito, el actual poseedor de este título y de los de conde de Bailén y de Cabrillas, acaba de obtener también carta de sucesión en los de duque de Aveyro y conde de Portalegre. Es senador por derecho propio, gentilhombre, con ejercicio y servidumbre, y ha sido diputado a Cortes y gobernador de Toledo.

El conde de Peñaranda de Bracamonte.—Es D. Domingo de Chaves y Cistué, casado con la condesa de Peñaranda de Bracamonte y de Pinto, maestrante de Sevilla, gentilhombre de cámara de S. M., con ejercicio.

El conde de Peralada.—D. Pedro Montaner y Gual pertenece a una de las más ilustres familias mallorquinas, cuyo origen se

remonta a la más antigua Nobleza de Cataluña. Está casado con su prima, la actual poseedora de aquel título, D.^a María Josefa Sureda y Fortuny, condesa de Zavellá, y es capitán de Infantería.

El conde de Eril.—D. Alfonso Alvarez de Toledo y Mencos ha heredado este título de su madre, la marquesa de San Felices de Aragón, recientemente fallecida, hija del conde de Guendulafin y hermana del duque de Zaragoza, del conde del Vado y del marqués de la Real Defensa. Su padre es el distinguido diplomático D. Manuel Alvarez de Toledo y Samaniego, hijo del anterior marqués de Martorell, de la Casa de los duques de Medina-Sidonia, y de la marquesa de Pontejos, de la de los marqueses de Miraflores.

El conde de Atarés.—D. José López Nieulant, marqués de Perijáa, desciende por su madre, de quien heredó ambos títulos, de los marqueses de Villamagna. Es abogado, gentilhombre y maestrante de Ronda. Está casado con D.^a María Victoria Díaz.

El conde de Glimes de Brabante.—D. Alfonso Escrivá de Romaní y Sentmenat, marqués de San Dionís, es hijo del anterior marqués de Monistrol, primogénito que fué de la Casa de Sástago, y de la condesa de Alcubierre.

El conde de Bornos.—D. Fernando Ramírez de Haro y Patiño ha usado el título de conde de Villariezo hasta hace poco, en que por fallecimiento de su prima hermana D.^a María de la Asunción Ramírez de Haro, condesa de Bornos y de Murillo, marquesa de Villanueva de Duero, heredó estos tres títulos, que llevaron sus abuelos, y a los que está unida la Grandeza de España, juntos con los de conde de Montealegre, de Peñarrubias y de Villaverde. Su Majestad le nombró recientemente gentilhombre de cámara, con ejercicio y servidumbre, así como a su primogénito. Pertenece, por línea materna, a la Casa de los marqueses del Castelar, y está casado con la marquesa de Cazaza, hija del penúltimo duque de Medina-Sidonia, jefe superior que fué de Palacio, y hermana, por lo tanto, de la duquesa de Castroterreño.

El marqués de Guadalcazar.—D. Luis de Salamanca y Ramírez de Haro desciende de los condes del Campo de Alange, siendo hermano del conde actual, y pertenece por su madre a la Casa de los condes de Bornos. Es licenciado en Derecho y gentilhombre de cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre.

El marqués de Benamejí.—Es D. Manuel de la Lastra y de Liendo, de distinguida familia sevillana. Está casado con D.^a Concepción Castrillo y Sanjuán, poseedora de aquel título, del marquesado de las Cuevas del Becerro, que usó durante muchos años su difunto padre, y del vizcondado de Benaoján.

El marqués de la Romana.—D. Pedro Caro y Martínez de Irujo, que ha entrado en posesión de dicho título con motivo de la muerte de su padre, de tan grata memoria, pertenece por su madre a la Casa de los duques de Sotomayor, y se halla emparentado también con otras ilustres Casas, entre ellas la de los duques de Medina-Sidonia. Es gentilhomme de S. M., con ejercicio y servidumbre. Recientemente contrajo matrimonio con la joven marquesa de Almonacid de los Oteros, hija de los príncipes Pío de Saboya.

El marqués de la Rambla.—D. Bernardo Orozco y Loring es, por la línea materna, nieto de los difuntos marqueses de Casa Loring, y sobrino carnal, por lo tanto, de la marquesa de Silvela.

El marqués de Bendaña.—D. Lorenzo Piñeyro y Fernández de Villavicencio ha sido conocido hasta ahora por el título de marqués de la Mesa de Asta, que le cedió su madre, perteneciente a la Casa de los duques de San Lorenzo de Valhermoso. Por fallecimiento de su padre, ministro plenipotenciario que fué en Constantinopla, heredó recientemente el marquesado de Bendaña. Es teniente coronel del Cuerpo de Estado Mayor, ayudante de campo de S. A. el Infante Don Carlos, desde hace muchos años, y gentilhomme de cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre. Está casado con D.^a Dominga Queralt, hermana del actual conde de Santa Coloma, que figura entre las damas de S. M. la Reina.

El duque de la Unión de Cuba.—D. Miguel Tacón y Calderón. Es nieto de aquel ilustre general Tacón, de cuyo mando en la Gran Antilla se conserva imperecedero recuerdo, y que mereció, entre otras altas recompensas, la concesión de aquel título y del de marqués de Bayamo, que posee también el duque actual. Este es primer caballero de S. M., y su gentilhomme de cámara, con ejercicio y servidumbre; senador del Reino, caballero del Cuerpo colegiado de la Nobleza de Madrid y maestrante de Ronda. Está casado con D.^a María del Rosario Rodríguez de Rivas y de la Gándara, hija de los condes de Castilleja de Guzmán,

El marqués de Guad-el-Jelú.—D. Gonzalo Sangro y Ros de Olano es nieto del ilustre general D. Antonio Ros de Olano, a quien fué concedido aquel título en premio a sus gloriosos servicios en la guerra de Africa. Es comandante de Artillería y gentil-hombre de S. M., y está casado con D.^a María Luisa del Prado y Lisboa, hermana del marqués de Acapulco.

El conde de Casa-Valencia.—D. Emilio Alcalá-Galiano y Osma, vizconde del Pontón, sucedió recientemente a su padre, el ilustre académico y ex ministro, que representó también a España en las Cortes de Londres y Lisboa. Su madre, como es sabido, es la hija segunda de los difuntos marqueses de la Puente, hermana de la que fué en vida marquesa de Povar, madre del actual duque de Arión y de la duquesa de Cánovas del Castillo, la viuda del insigne estadista.

El conde de la Viñaza.—D. Cipriano Muñoz y Manzano, senador, académico de número de la Española y ex embajador de S. M. De^s sobra son conocidas sus revelantes dotes al servicio del Rey y de la Patria.

El marqués de Squilache.—D. Alfonso de Borbón y de León es hijo del teniente general D. Francisco de Borbón y Castellví, y sobrino y sucesor de la ilustre dama que tanto realce dió a aquel título, y de la que tan cariñoso recuerdo conservan todas las clases sociales. Es teniente de Infantería.

Antes del acto.

Todos los Grandes de España que habían de cubrirse, se hallaban reunidos, con sus respectivos padrinos, en la saleta inmediata a la Real antecámara, a las seis y media, hora fijada para el acto. Vestían uniformes, con bandas y condecoraciones, y habían entrado por la escalera principal, a cuyo lado estaba formado el Cuerpo de Alabarderos.

En la antecámara—estancia destinada a la ceremonia—fueron congregándose los Grandes de España cubiertos, varios mayordomos de semana, todos los oficiales mayores de Alabarderos y el secretario de la Real Estampilla, D. Gaspar Viana Cárdenas.

Entre otros Grandes de España, se hallaban los duques de Medinaceli, Ahumada, Vistahermosa, Parcent, Gor Baena, Béjar, Torres, Tovar, Osuna, Aliaga, Conquista y Zaragoza; marqueses de la Mina, San Vicente, Martorell, Canillejas, San Juan de Piedras Albas, Fontalba, Velada, Rafal, Santa Cristina, Santa Cruz, Castellar, Narros, Cenía y Salar, y condes de Sallent, Torre-Arias, Paredes de Nava, Bilbao, Sástago, Revilla-Gigedo y Real.

La ceremonia.

El Soberano no tardó en llegar, acompañado de los jefes de Palacio, marqueses de la Torrequilla y Viana, y el comandante general de Alabarderos, Sr. Aznar.

S. M. tomó asiento en un sillón, previamente preparado, junto a una mesa, y tras él colocáronse las personas de su séquito.

A derecha e izquierda, y por el orden de costumbre, situáronse los demás concurrentes al acto.

Colocado cada cual en su sitio, Don Alfonso, dirigiéndose a los Grandes, dijoles:

—Cubrios.

Hecho lo cual, el Sr. Viana Cárdenas, anunció al primero de los Grandes de España que había de cubrirse:

—Señor, el marqués del Cenete.

Abriéronse las puertas que comunicaban con la saleta, y penetró, en efecto, el marqués del Cenete, llevando a su derecha a su padrino, el marqués de Mondéjar, y a su izquierda al mayordomo de servicio, barón de Covadonga.

Hechas las tres cortesías de ritual a S. M., y el saludo de rigor a los Grandes, adelantóse el marqués del Cenete ante el Monarca, quien le contestó con una leve inclinación de cabeza, diciendo:

—Cubrios y hablad.

Entonces el distinguido aristócrata, una vez cubierto, dió lectura a un breve discurso, manifestándose reconocido a las regias bondades, y haciendo un resumen de la procedencia e historia de sus títulos.

Al terminar, descubrióse, besó la mano del Rey, y se retiró, ha-

ciendo otra cortesía, para colocarse en el último lugar entre los Grandes asistentes.

Lo propio hicieron, a sus puestos, el marqués de Mondéjar y el mayordomo de semana.

Con el mismo ceremonial cubriéronse ante S. M., y leyeron discursos, inspirados en los mismos sentimientos, los demás Grandes, cuyos padrinos fueron, respectivamente: del conde de Peñaranda de Bracamonte, el conde de Superunda; del conde de Peralada, el marqués de Mondéjar; del conde de Eril, el duque de Blvona; del conde de Atarés, el marqués de Sotomayor; del conde de Gijmes de Brabante, el duque de Híjar; del conde de Bornos, el marqués de Sentmenat; del marqués de Guadalcázar, el conde del Campo de Alange; del marqués de Benamejí, el duque de T'Serclaes; del marqués de la Romana, el duque de Híjar; del marqués de la Rambla, el duque de Luna; del marqués de Bendaña, también el duque de Luna; del duque de la Unión de Cuba, el duque de Sotomayor; del marqués de Guald-el-Jelú, el duque de Tetuán; del conde de Casa-Valencia, el marqués de Quirós; del conde de la Viñaza el duque de Híjar, y del marqués de Squilache, el duque de Maqueda.

Los marqueses del Nervión y Albudeyte no pudieron cubrirse, por no haber logrado llegar a tiempo de Sevilla.

Concluída la ceremonia del marqués de Squilache, levantóse S. M., saludó a todos, y retirándose a sus habitaciones, dió por terminado el acto.

Inmediatamente los Grandes nuevamente cubiertos, acompañados solamente por sus padrinos, salieron de dos en dos de la antecámara, por la saleta, sala de guardias y escalera principal, bajando ésta por el lado derecho y subiéndola por el izquierdo, pasando por entre las filas de guardias alabarderos, para ser reconocidos por éstos.

Después pasaron a ofrecer sus respetos a las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, que les recibieron acompañadas, aquélla, por la duquesa de San Carlos, el duque de Santo Mauro y la dama y el Grande de España de guardia, duquesa de Vistahermosa y marqués de Martorell, y la segunda por la duquesa de la Conquista y la dama y el Grande de España de guardia, duquesa de Híjar y marqués de Santa Marta.

Desde una de las puertas de la antecámara presenciaron la ceremonia de la cobertura las Reinas e Infantes y numerosas personas invitadas, pertenecientes a las ilustres familias de los Grandes de España.

Los discursos

EL DEL MARQUES DEL CENETE

Señor: Mantiene el título del Reino que llevo el glorioso recuerdo, al cabo de cuatro siglos, de una de las figuras más grandes de la Historia patria, de uno de los prelados más esclarecidos de la Iglesia española, de uno de los mayores servidores de la Monarquía: el gran cardenal Mendoza, a quien dieron los Reyes Católicos el nombre de padres.

Cuando el Emperador Carlos V reconoció la Grandeza inmemorial en contados magnates castellanos, cupo este honor altísimo a una marquesa del Cenete, por su primer enlace condesa de Nassau; por su segundo matrimonio, princesa de Nápoles y duquesa de Calabria; pero viniéndose a poco su heredera con otro de los primeros Grandes de estos Reinos, vivieron juntos largo tiempo uno y otro título, perdiéndose entonces para aquél estos privilegios, hasta que la generosa justificación de V. M. quiso restablecerlos en mi persona, autorizándome para cubrirme en su augusta presencia, y recordándome así cuantos deberes supieron enaltecer mis antepasados.

¡Quiera Dios, señor, darme ocasión en que poder seguir su ejemplo!

EL DEL CONDE DE PEÑARANDA DE BRACAMONTE

Señor: Debo el honor que hoy me otorga V. M. de cubrirme en su presencia, a mi matrimonio con D.^a María del Rosario Téllez-Girón y Fernández de Córdoba, condesa de Peñaranda de Bracamonte, que en sus apellidos ha reunido dos de los más altos linajes de España: el de los Osuna y el de los Medinaçeli.

Descendiente yo de una ilustre y antigua Casa de Castilla, en diferentes coberturas se ha recordado ya, ante V. M., a mis antecesoros, y sus hechos, que nos valieron después varios títulos y Grandezas.

Desprovisto de méritos personales para merecer tan alta honra, sólo me resta, señor, expresar a V. M. mi profundísimo agradecimiento, y la seguridad de que siempre, y en todas las ocasiones, sabré probar a mi Rey la lealtad y la adhesión tradicionales en todos los de mi casa.

He dicho.

EL DEL CONDE DE PERALADA

Señor: Llego a vuestra augusta presencia en virtud de la prerrogativa que en este momento ejerzo como Grande de España, haciendo mérito, antes que nada, de la fidelidad y adhesión que os debo, y he jurado mantener con mi vida, cuando ingresé en las filas de nuestro glorioso ejército,

El título por el que tengo el honor de cubrirme en la presencia de Vuestra Majestad lo ostento como marido de mi prima, la condesa de Peralada y de Zabellá, que por muerte de su padre, mi tío, D. Juan Sureda y de Verri, marqués de Vivot, vizconde de Rocaberti, conde de Peralada y de Zabellá, recayó en ella.

Entre las primeras jurisdicciones que creó el feudalismo catalán se halla la del vizcondado de Rocaberti, tronco milenario de la gran estirpe condal de Peralada, nacido de la organización militar, política y territorial, que Carlomagno dió a sus Estados de la Marca Hispánica. Tiene, por tanto, el mismo origen que las demás instituciones feudales que en aquella época se formaron en Cataluña y Aragón.

En el siglo VIII, al aparecer el condado de Gerona, uno de los primeros que instituyó Carlomagno, hacen su aparición también los vicecomites o vizcondes, beneficiarios o vicarios, que fueron los que, en unión del conde, ejercieron la autoridad suprema en la Marca Hispánica.

En la decadencia carlovingia, los Nobles se esfuerzan en sacudir el yugo de los Reyes Francos, alardes de independencia que dan lugar a una nueva institución: el régimen feudal. Caudillos indígenas unas veces, condes o vizcondes, gobernadores, delegados del Rey de los Francos otras, se aprovechan de esta tendencia autonómica y transforman la delegación en dominio hereditario.

En este condado de Gerona, cuna de la dinastía catalana, los vizcondes, beneficiarios del pago bisuldunense y del pago gerudense en el siglo X, toman el nombre de su territorio señorial y hereditario, llamándose el uno vizconde de Besalú, y el otro de Bas: ejemplo que siguieron en el condado de Urgel los vizcondes de Castelbó, Cabrera, Aguer y Rocaberti.

Constanza de Palau y de Torroja, hermana del vizconde de Bas y nieta de Aldemús de Barcelona, hija de Berenguer III, casó con Jofre, vizconde de Rocaberti. Posteriormente, Mariano IV, juez y Príncipe de Arborea, de la estirpe catalana de Bas o Baucio, estuvo casado con Timor de Rocaberti, y su hermana María fué a la vez la esposa del célebre Guillén Galcerán de Rocaberti; enlaces que unen la Casa de Rocaberti con los vizcondes anteriormente mencionados.

La gran Casa vizcondal de los Castelbó, los Cabrera y los Aguer, preclara ascendencia de los Condes Soberanos de Foix, Vizcondes de Bearn, dieron a mi Patria una Reina: la encantadora Esclaramunda, mujer de Jaime II, Rey de Mallorca, enlazada por los vizcondes de Cabrera al tronco agnático de los Rocaberti.

Por los matrimonios de Jofre, vizconde de Rocaberti, con Elisenda, y el de Ramón de Anglesola con Constanza — nietas ambas de Otón de Moncada y de Lanfredina, hija del gran almirante Roger de Lauria —, se une esta Casa con la de Moncada, en la que figuran dos matrimonios importantes: el de Constanza, Infanta de Aragón, con Guillermo Ramón, y el de Elisenda con el Monarca aragonés Jaime II.

Seguramente habrá pocas estirpes que hayan dado a su Patria un conde tan enorme de méritos y servicios extraordinarios; todas las páginas de la Historia catalana consignan el nombre de Rocaberti; cardenales, arzobispos de Tarragona, almirantes, embajadores de los condes-Reyes, sus deudos; magnates, como D. Bernardo Hugo de Rocaberti, gran castellan de Amposta.

Todo ello constituye la herencia que nos han dejado estos preclaros varones. Nombrarlos en este momento me es imposible: me fijaré tan sólo en Garau de Rocaberti, embajador en Francia de D. Juan II para negociar la paz entre los Reyes de Nápoles y Sicilia. Su hijo, Dalmau de Rocaberti, con su ejército, sitió el castillo de Callar, en Cerdeña. El ilustre D. Guillén de Rocaberti, arzobispo de Tortagona, desposó al Infante Don Alfonso con Teresa de Entenza, su pariente. En época posterior, D. José Antonio de Rocaberti Bozadors, conde de Zabellá, fué virrey de Mallorca y de Valencia, y caballero del Toisón.

Desde el siglo XVI, en que el décimo vizconde de Rocaberti, conde de Peralada, casó en Palma de Mallorca (1588) con Práxedes de Paz, señora de Buñolí, sus descendientes en sucesivos matrimonios con los condes de Zabellá, de Formiguera y de Montenegro, marqueses de Ariani, Bellpuig y de Vivot, y con las familias de Veri y de Sureda de San Martí, la Casa de Peralada se estableció y ha permanecido en la isla de Mallorca, y mallorquines fueron D. Francisco Rocaberti de Dameto Requesens, Crespi de Valldaura y Cotoner, embajador de S. M. y caballero del Toisón.

Por mi apellido Montaner pertenezco a la ilustre Casa de los marqueses de Reguer, a quienes, por su fidelidad al primer Borbón, Don Felipe V, se le concedió el citada título al meritisimo D. Francisco de Montaner y de Dameto, caballero de Calatrava.

La adhesión demostrada al Trono por tan ilustres varones será seguida con buena y leal voluntad por mí, empleando lo poco que soy y vulgo en servicio de V. M., representante supremo de mi Patria.

EL DEL CONDE DE ERIL

Señor: En este momento solemne, si es grande mi emoción por el alto honor que V. M. me dispensa, no es menor el sentimiento de mi corazón al deberlo a la tan triste circunstancia como la temprana muerte de la marquesa de San Felices de Aragón, mi madre, ocurrida a poco de obtener vuestra Real carta de sucesión en el condado de Eril, con la Grandeza de España a él unida, como descendiente directa del primer conde de la línea primagénita de esta Casa en España.

Fué concedida esta dignidad por el Rey Felipe III, estando en Barcelona, el 13 de Julio de 1599, a D. Felipe de Eril y Orcau, caballero de la Orden de Calatrava, gobernador de Rosellón y la Cerdeña tres veces, una de ellas cuando la invasión francesa de 1597; Señor de las baronías de Eril, Orcau y San Antolin, en recompensa a sus grandes servicios y a la antigüedad y lustre de su Casa.

Esta familia de Eril, de las primeras de la feudalidad catalana, reconoce por tronco a Arnaldo de Eril, que figura en una donación hecha en el siglo X al Monasterio de Ripoll; desde él se continúa la Casa hasta el primer conde, a través de un conquistador de Lérida, Fraga y Monzón; de dos vireyes de Sicilia, del hermano del primer maestro de la Orden de Montesa, de un almirante de Aragón y mayordomo de Alfonso V: todos enlazados con lo más ilustre de la Nobleza de la Corona de Aragón, como los Cerveján, Anglesola, Cabrera, Aragón, Orcau y Aymerich; por estas últimas Casas, barones de Orcau y San Antolin.

El II conde fué D. Alonso de Eril, virrey de Cerdeña, bayle general de

Cataluña, comendador de Villamayor de la Orden de Santiago, cuyos Estados recayeron en la III condesa, su hija, que fué sucesivamente, por sus matrimonios, condesa de Cantillana y marquesa de Castelnovo, dama de las Reinas Doña Isabel de Borbón y Doña Mariana de Austria, dando varonía al condado de Eril los Vicentelo de Leca, condes de Cantillana y marqueses de Brenes, en toda Andalucía desde el tiempo de Felipe II, tan famosos e ilustres, le sucedió D. Antonio Roger de Eril, antes Vicentelo y Toledo, IV conde de Eril, que asistió a la expedición de Portugal en 1660; gobernador de Canarias y Cádiz, últimamente uno de los más decididos partidarios de las pretensiones del Emperador Carlos VI de Alemania a la Corona de España, por quien sacrificó sus muchos bienes y honrado por él con la Grandeza de España, en 6 de Febrero de 1708, confirmada por el Rey Fernando VI, en 5 de Octubre de 1756, a la VI condesa, D.^a Cayetana de Eril y Moncayo, su nieta, por su matrimonio condesa de Amarante, muerta sin sucesión, heredó su Casa su hermana, mujer del conde de Melzi, cuya hija fué la marquesa de Lazán, Cañizar, Navarres y San Felices, madre del poseedor de estos títulos y del general D. José Rebolledo de Palafox y Melzi, primer duque de Zaragoza, insigne defensor de esta ciudad.

Cuento también entre mis ascendientes maternos a los Bardaxi, marqueses de San Felices, cuyo título poseo; a los Mencos, por alianza condes de Guendulain, Grandes de España, de las familias más ilustres de Navarra; a los legendarios Guzmanes, marqueses de Montalegre, que dieron varonía a la gran Casa de Oñate, condes de los Arcos; pertenezco, por mi línea paterna, a los Alvarez de Toledo, marqueses de Villafranca, Grandes de España también, línea segunda de la esclarecida Casa de Alba, y que desde fines del siglo XVIII ostenta la representación de la Casa ducal de Medina-Sidonia, la primera de estos Reinos; además, me legaron por esta línea ejemplos que seguir y virtudes que imitar. mi tercer abuelo, el marqués de Miraflores, en la política y en las letras sobradamente conocida; los Pontejos y Sandovales, los Dávilas y Moñinos.

Al evocar tan ilustres nombres, glorias de España y orgullo de mi Casa, gentílicos representantes de la Nobleza española, permitidme, señor, antes de salir para desempeñar mi primer destino diplomático que, como ellos, os diga: «Cuanto soy y represento está al servicio de mi Rey, para gloria de Dios y bien de mi Patria».

EL DEL CONDE DE ATARÉS

Señor: Habiendo sucedido a mi madre, D.^a Maria Isabel Niculant y Villanueva, condesa de Atarés, en la posesión de este título, llevo hoy ante el Trono de V. M., que so digna otorgarme la merced de cubrirme como Grande en su presencia.

Fuè fundador de esta ilustre Casa D. Pedro de Atarés, hijo del Infante Garcia Sánchez, primo hermano del Rey Don Alfonso el Batallador. Al lado del Rey, su tío, peleó D. Pedro, que si entonces, por sus años, mozo, era por el consejo prudente y por el esfuerzo bravo. Con él conquistó tierras que unió al heredado patrimonio, y por señor suyo le aclamaron las villas de Sos y de Egga, de Berroca, Javierre, Latre, Mallón, Novillas, Alberite y Malagón. Los Cortes de Borja, en 1134, le ofrecieron el Poder supremo, que rechazó, según historiadores, por exceso de modestia.

En la conquista de Valencia, y acompañando a Don Jaime I de Aragón, figuran D. Alfonso y D. Felipe de Atarés, nietos de D. Pedro, a quienes las crónicas de aquel tiempo llamaron los de Borjas.

En las empresas militares de Italia tomaron los Atarés principalísima parte; esforzados capitanes fueron sus varones, en Cerinola y Garellano, contribuyendo a añadir nuevos florones a la Corona de Isabel y de Fernando, y a extender la fama heroica que merecieron los aragoneses.

El Rey Felipe IV, en 1625, hizo merced de título de conde a D. Juan Sans de Latras, y el Rey Felipe V, en 20 de Noviembre de 1725, otorgó la Grandeza al conde de Atarés, en reconocimiento de su antigua rico-hombria.

De tan alta dignidad, perpetuada en sus descendientes, fué última poseedora mi madre, hermana del marqués de Sotomayor, que me apadrina en este acto, hijos de los marqueses de Villamagna; su lealtad y adhesión a los augustos padres y abuelos de V. M., de tal suerte es probada, que fuera inútil hacer alarde de ella.

Tal es, señor, el abolengo de la Casa de Atarés. Tiene su origen en los Reyes; combate al lado de ellos, y en la próspera fortuna, como en la adversa suerte, con lealtad y decisión les acompaña. Por el Rey y por la Patria lo arriesga todo: defiende con sus pares aquellos fueros, que privilegios de clase en tiempos remotos han llegado a ser, al amparo de la Monarquía constitucional, ley común de todos los ciudadanos, y ostenta, por fin, en sus blasones, las barras gules en campo de oro, símbolo del poderío aragonés.

Grandes son, señor, los deberes a que tal pasado me obligan. Supla, no obstante, mi voluntad a mis escasas fuerzas, y dignese V. M. aceptar, a falta de mejor ofrenda, el sincero homenaje de mi más leal adhesión al Trono y a la augusta persona de V. M.

EL DEL CONDE DE GLIMES DE BRABANTE

Señor: El alto honor de cubrirme en presencia de V. M., sin haber podido aún hacer nada en servicio de la Corona, no es, en realidad, a mí, sino al sucesor del capitán general conde de Glimes, fiel servidor del Rey Don Felipe V, al que se honró por los méritos que contrajo durante su reinado.

De la ilustre familia de Glimes de Brabante, originaria de los duques soberanos de Brabante, fué D. Ignacio Francisco, Señor de la Faliya, que se distinguió en todas las operaciones de la guerra de Sucesión en Valencia y Cataluña, y especialmente en la batalla de Almansa, tan memorable para la augusta Casa de V. M., y en la defensa de la plaza de Torlosa, que le valió el ascenso a teniente general, terminando su brillantísima carrera con el cargo de virrey, gobernador y capitán general del Principado de Cataluña, que desempeñó a entera satisfacción del monarca, en aquellas difíciles y más circunstancias, muy cerca de veinte años. El Rey Don Fernando VI, en premio de tan relevantes hechos, le otorgó la grandeza en 1746, cuando era ya conde de Glimes.

Fueron sus hijos otro ilustre general y conde, muerto sin sucesión, y D.^a María Felipa de Glimes de Brabante, que se casó con el undécimo conde de Sástago, mi quinto abuelo, y llevó al descendiente de la gran Casa de Aragón, tan antigua como la propia Monarquía aragonesa, los derechos que hoy tengo el honor de ostentar ante V. M.

Relatado tan brevemente el origen de esta Grandeza, restame manifestar a

Vuestra Majestad, en tan solemne acto, mi firmísimo propósito de imitar los nobles ejemplos de mis antecesores, siguiendo la honrosa tradición, y consagrarme al servicio de mi Rey y de mi Patria, con lo cual creeré haber cumplido la inexcusable obligación de agradecimiento a V. M., y los deberes que me impone la merced recibida.

He dicho.

EL DEL CONDE DE BORNOS

Señor: No sé cómo expresar a V. M. el agradecimiento que le deba por la honra que me concede en este acto, y mucho más por no referirse a merecimiento personal mío, sino a los grandes servicios que mis antepasados prestaron a su Patria y a su Rey.

Resultaría la enumeración de ellos tan extensa y, sobre todo, sería molestiar tanto la atención de V. M., que, para ser breve y cumplir con lo que es obligado en esta ceremonia, elegiré algunos, menos de los que habría podido recordar, si no me viese privado ahora de disponer, para su consulta, del archivo de mi Casa. Elijo, por tanto, tres de mis antepasados: el más antiguo, el de la época media y, por último, mi más próximo abuelo.

Contadas familias constituían el pequeño lugar o aldea de Madrid en la época de la invasión sarracena, allá por el año 714. Una de ellas, entre las ocho o nueve principales que citan los anales y crónicas, era la de D. Gracián Ramírez. Retiróse entonces con su familia a un castillo, orillas del Jarama, donde poseía algunas tierras; en las inmediaciones de Madrid, por su devoción a la Virgen, había levantado una ermita, que visitaba frecuentemente, y que se llamó de la Virgen de Atocha. Cuenta la tradición, como refiere Quintana, que una de las veces que D. Gracián visitó con su mujer e hijas dicha ermita, fué atacado por los moros, y al salir a combatirlos, desconfiando de la victoria, por la poca gente de que disponía y ser muchos los enemigos, las sacrificó ante la imagen de la Virgen, temiendo que, si caían en poder de aquéllas, fueran profanadas. La Virgen hizo el milagro de devolvérselas vivas, al regresar victorioso.

D. Francisco Ramírez de Madrid fué secretario de los Reyes Católicos y general de su Artillería. Si mucho se distinguió como artillero, no menos fué como general. No hubo conquista de importancia que el Rey Don Fernando no le confiara. En Real cédula, firmada en Jaén el 2 de Octubre de 1485, hace constar:

«Que para hacer bien y merced a su secretario, D. Francisco Ramírez de Madrid, acatando los muchos, buenos, leales y señalados servicios que le había hecho y hacía cada día, especialmente en Septiembre de 1485, en que teniendo el Rey sitiadas las fortalezas de Cambil y de Alhobar, encargado D. Francisco de la Artillería, emprendió hacer un carril por donde jamás se pensó hacer camino, porque con gran trabajo hombre a pie podía pasar, y por el cual carril pasó la Artillería y la situó dominando dichas fortalezas, y en un solo día derrocó la mayor parte de la de Alhobar, por donde los cristianos tomaron ambas fortalezas, le hacía donación irrevocable, para él y sus herederos y sucesores, de todos los cortijos de aquéllos términos.»

En 1817, estando los Reyes sitiando a Málaga, viendo la gran dificultad de combatirla si no se tomaba primero un puente de cuatro arcos, con dos torres muy fuertes, se le mandó que con la gente de su compañía lo hiciese. Hizo traer para este efecto la artillería, y a costa de gran trabajo y es-

juerto, y de una herida que recibió en la cabeza, ganó el puente y puso la bandera de Santiago en la segunda torre, derribando la de los moros, que luego entregaron la ciudad. El Rey quiso recompensar su valeroso esfuerzo armándole caballero en el sitio donde había ejecutado esta gloriosa acción, añadiéndole a sus armas el mismo puente y torres que expugnó. Su mujer, D.^a Beatriz Galindo, fué camarera de la Reina y su maestra, por la gran instrucción que poseía, dominando el latín al punto que se la llamó *la Latina*. Fundó el Hospital de este nombre, que ha existido en la calle de Talledo hasta hace pocos años, que fué demolido.

Murió D. Francisco en batalla con los moros de Sierra Bermeja, instituyó dos mayorazgos para sus dos hijos: a su primogénito, D. Fernando, que así se llamó por haber sido sus padrinos los Reyes, le dió el de Bornos, y al segundo, el de Rivas.

D. José Ramírez, mi abuelo, fué jefe de la Casa del Rey Fernando VII, a quien nunca abandonaba, hasta el punto de acompañarle en su destierro. Fueron muchas los honores y gracias con que el Rey le distinguió, por el aprecio en que le tenía. Por su matrimonio con D. María de la Asunción Belvis de Moncada incorporó a su casa de Bornos las de Villariego, Villanueva de Duero, Villamarciel y Villaverde.

No molestó más la atención de V. M., sino únicamente para expresarle que me vanaglorio de haber heredado de mis antepasados todo el amor y lealtad a su Patria y a su Rey, y elevaré mis preces al Todopoderoso para que conceda feliz reinado a V. M. y a su dinastía, para honra y prosperidad de España.

EL DEL MARQUES DE GUADALCAZAR

Señor: Si recientemente no hubiese recibido de V. M., mi hermana y padrino, la merced insigne que V. M. ahora me dispensa, después de aquellas palabras de gratitud que no pueden regatear mis labios al Rey que representa glorias inmarcesibles de la Historia de España, en la que colaboraron mis abuelos, tendría que aportar a estas cuatro palabras nombres y fechas, en legítimo homenaje a generaciones que transpusieron esta vida, entregada por Dios a nuestros estímulos y disputas. Sonaron en este recinto las alabanzas debidas a mis mayores; fué mi hermano portavoz de inquebrantables adhesiones a la institución gloriosa en que la persona augusta de Vuestra Majestad ha obtenido en estos instantes en que Europa se despedaza, sobre todos sus prestigios, aquellos que proceden de la intervención del Rey como Soberano y como hombre, que pudo llevar a hogares fríos, cual la muerte, el fuego consolador de realidades y de esperanzas, entre el aplauso de pueblos y Gobiernos de aquende y allende el mar, que pasearon las carabelas de Colón, cuando los sucesores de Lope Gutiérrez, primer Señor de Guadalcazar, en las huestes de la gran Reina Católica, contribuían a la pacificación de España, oprimida en los secundos campos andaluces por el yugo de los moriscos y granadinos.

Continuaron las tradiciones guerreras de D. Lope, Martín Alonso de Córdoba, alférez mayor de la ciudad de su apellido, caballero de la Banda, defensor valeroso de Castro del Río, rico-home castellano, que en 1333 asistió a la coronación de Alfonso XI; Diego Fernández de Córdoba y Melgarejo de las Rocas, del hábito de Santiago, virrey, gobernador y capitán ge-

neral de Nueva España y del Perú, al que Felipe III hizo la merced de Guadalcázar, en 28 de Enero de 1609, elevada por Carlos III a Grandeza de España en 23 de Abril de 1780, en la persona ilustre de D. Alfonso de Sousa de Portugal, su plenipotenciario en Dinamarca.

Otros de mis antecesores, entroncados con las principales familias castellanas y portuguesas, los Guadianar, Brena, Hinojares, Mejorada del Campo... acrecentaron glorias y honor a los timbres de mi Casa.

En el título de Guadalcázar sucedi a mi abuela, D.^a Maria Luisa Wooll, y a imitación de todos mis mayores, procuraré llevarle, ayudado por Dios, con el decoro que dimana de espíritus inalienables, afecto siempre a Vuestra Majestad, ya que comienzo a vivir saludando a mi Rey con palabras que sintetizan firmes propósitos de adhesión y lealtad que jamás quebrantaré.

EL DEL MARQUES DE BENAMEJI

Señor: Al cumplimentar el mandato con que me honra V. M., de cubrirme ante vuestra Real presencia, mis primeras palabras han de ser de gratitud y de promesas, de grandes promesas, ya que no puedan ser de ofrecimientos de servicios extraordinarios prestados a mi Patria y a mi Rey, como hubieron sido mis deseos.

Ligado estoy a V. M. por un juramento solemnisimo desde el día en que os presté fidelidad, ante el estandarte de mi regimiento, de defenderos con mi vida hasta perder la última gota de mi sangre; juramento que renuevo ahora, pidiendo a Dios me ayude a cumplir lo que con toda mi alma deseo.

Los títulos que ostento por mi patrimonio son recuerdos de lugares regados con sangre de ilustres caballeros en la reconquista de la Patria; prueba de ello son los antiguos señoríos de Cuevas del Becerro, Santa Cruz de los Llanos, Benaoján y Montejaque, convertidos en títulos unos, y extinguidos otros.

Tiene su origen la Casa de Bernúy, por la cual ostento la Grandeza, en los vizcondes de Carmain y de Lantrec, que a su vez proceden de los Condes Soberanos de Tolosa, después de Narbona y Marqueses de Provençe; éstos provienen de los famosos Duques de Aquitania, enlazados varias veces con las Casas Reales de Castilla y León, de Francia, de Inglaterra, de los Condes de Barcelona.

Fuó fundador de esta Casa en España D. Guillermo de Bernúy, que vino a principios del siglo XV, como virrey de Rosellón, por el Rey de Francia. Nieto de éste fué D. Diego de Bernúy, primer señor de Benameji, en tiempos de Carlos V; luego sus sucesores recibían la alta merced del título y Grandeza de Benameji, concedidos en 1815 por grandes servicios en la guerra de la Independencia.

Por mí, señor, desciendo de los Diaz de Labandero, ilustres desde los tiempos de la Reconquista, distinguiéndose en la batalla de Las Navas, en la toma de Sevilla, donde perdió la vida Fernán Diaz de Labandero; en la conquista de Granada, y siempre estuvieron con sus Reyes, teniendo la dicha de ser los primeros, según afirma en su crónica Pedro López de Ayala, en obtener la alta dignidad de ricos-hombres.

Más tarde, nuestro augusto antecesor Felipe V concedió a su ministro

D. Mateo Pablo Díaz de Labandero el título de marqués de Torre-Nueva, que hoy lleva mi padre, y del que soy inmediato sucesor. Todos los que lo han ostentado, han luchado por la independencia de la Nación o por defender los legítimos derechos de la dinastía de V. M., dejándome marcada la senda que debo recorrer, al ostentar el honroso uniforme que visto.

A todos procuraré imitar en el profundo respeto a la Religión, en el amor a la Patria y en la lealtad al Trono.

EL DEL MARQUES DE LA ROMANA

Señor: La benevolencia de V. M. me honra hoy, permitiendo que me cubra en su augusta presencia como marqués de la Romana, acercándome a las gradas del Trono lleno de gratitud por tan señalada merced.

El título de marqués de la Romana fué concedido por el agosto fundador de la dinastía de Borbón en España, a mi quinto abuelo, D. José Caro y Roca, barón de Mogente y de Novelda, jefe de la ilustre familia de los Caro, que a sus méritos, honores y servicios, unió los de las grandes Casas de los Maza de Lizana, Aragón, Luna Centelles, Cardona, Fontes, y Suredo, de los que ha quedado memoria imborrable en los anales de nuestra gloriosa Historia. Grandes fueron los servicios del primer marqués, durante la guerra de Sucesión, levantando, uniformando y sosteniendo a su costa el regimiento de Caballería de Dragones de Cartagena, a cuyo frente tomó parte en las principales batallas y sitios de aquellas campañas, cubriéndose de gloria. Su hijo mayor, el segundo marqués de la Romana, llegó al alto empleo de mariscal de campo, muriendo al frente de sus tropas en la malograda expedición a Argel, el año 1775.

Su hijo primogénito, mi tercer abuelo, dió extraordinaria gloria a su título, por sus grandes servicios en nuestra lucha contra los Ejércitos de Napoleón, que han hecho que su nombre sea universalmente conocido, y su memoria digna de ser recordada por todos los que hacen un culto del amor a su Patria.

Cómo teniente general, obtiene en 1807 el mando del Cuerpo expedicionario a Dinamarca, cuya evasión logró, regresando, al frente de él, a España, para defender la independencia de su Patria, amenazada por los ambiciosos planes de Napoleón. Nombrado general en jefe de las provincias septentrionales, presta señalados servicios a la causa nacional, y fallece, joven aún, cuando más podía su Patria necesitar de sus grandes dotes de general y de político.

A su hijo D. Pedro Caro y Salas, cuarto marqués de la Romana, le fué concedida la Grandeza de España, por el Rey Don Fernando VII, en 1817.

Por su casamiento con una hija de los duques de Medina-Sidonia, marqueses de Villafranca, descienda también de los legendarios Guzmanes, de los Toledo, Aragón, Fajardo, Pimentel y Moncada, cuyos heroicos hechos y extraordinarios servicios a su Patria y a sus reyes son universalmente conocidos.

El último marqués de la Romana fué mi padre, a quien me cabe la honra de suceder. Permitidme, señor, que en tan solemne momento recuerde a Vuestra Majestad que empleó toda su inteligencia, su fortuna y su actividad en el fomento de la agricultura, consagrandole sus esfuerzos a llevar, con la efi-

caída del ejemplo, al ánimo de sus hijos, el convencimiento de que también en la paz debemos trabajar por el engrandecimiento de la Patria.

Hoy que Europa tiene la vista puesta en V. M.; que los que conseruamos el culto de vuestra gloriosa tradición vemos que, debido principalmente al esfuerzo de nuestro Rey, España resurge como merece por su historia, ya puesta a los Reales pies de V. M., hago firme propósito de seguir el camino que con su alto ejemplo nos señala, ofreciendo mi vida y cuanto poseo por el engrandecimiento de España.

EL DEL MARQUES DE LA RAMBLA

Señor: Grandeza heredada la que hoy me permite, con vuestro Real y agradecido permiso, tener la honra preciadísima de cubrirme en la augusta presencia de V. M., y sin méritos mi juventud, duplícase la turbación que siento en este momento solemne, pues a un tiempo mismo me abruma la pesadumbre de la merced que recibo y la persuasión de la obligación en que estoy de consagrarme al servicio de V. M. en proporción misma de mis esclarecidos antecesores.

Hubo, señor, entre ellos, y en las ejecutorias de mi Casa consta, quien descendía de Martín Alfonso Antolínez, sobrino de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador; pero no bastó nunca a mis antepasados la satisfacción de glorias e hidalguías recibidas con la sangre, sino que cada cual procuró robustecerlas con los propios merecimientos.

Tal sucedió con D. José de Sanvitores de la Portilla, caballero que fué de la Orden de Alcántara, gentilhombre de boca y alcalde perpetuo de la ciudad de Burgos, a quien la Majestad de Felipe IV, en recompensa de haber acudido a sofocar el levantamiento de Cataluña al frente de un escuadrón, participando en la toma de Tarragona, hizo merced de la Superintendencia general de Rentas de la ciudad de Sevilla. Obligó más este galardón a Sanvitores para con su Rey, y ya en Andalucía, formó, armó y equipó a sus expensas un escuadrón de cien caballos, a cuyo mando dominó cierta molin de los de Jerez, en lucha con los cuales perdiera hasta la mitad de sus secuaces. Tornó a agraciarse entonces la Corona con el título de Vizconde de la Villa de Cabra del Santo Cristo, y tornó él a considerarse obligado con nuevos vínculos respecto de ella, levantando a seguida un tercio de 700 infantes, con los cuales sirvió tan denodadamente al Trono en otras campañas de Badajoz y Sevilla, que el Rey Carlos II—deseando premiar en él, además de sus personales méritos y los de su alcurnia, los de su hermano D. Diego Luís, de la Compañía de Jesús, que padeció martirio en las islas Marianas, después de haber bautizado 50.000 indígenas—canceló su título de vizconde, concediéndole, en 10 de Agosto de 1682, para mayor lauro, el que hoy ostenta de marqués de la Rambla.

A tan nobles cuarteles de mi escudo habian de unirse, andando el tiempo, otros de no menor valla, viniendo a abrillantarlo, al casarse D.^a Ana de Sanvitores con D. Martín de Orozco Dívalos (que fué quinto marqués de la Rambla), los del apellido Orozco; descendencia ilustre de los Señores de Vizcaya y de los de Molinas del Postigo, que se ufanaban a su vez de proceder de uno de los 12 caballeros cristianos que un día San Miguel, bajo las banderas de Fernando el Santo, vencieron a los 12 moros defensores de la plaza de Ubeda y reconquistaron para la Religión la ciudad fronteriza, cuya caída fué precursora del rendimiento de la Córdoba del Califato.

Digno sucesor de estirpes tales había de ser, por último — que me enoja retener con exceso la benévola atención de V. M. y renuncio a la detallada enumeración de otras hazañas —, D. Martín de Orozco y Argote de Molina, cuyo brío, bizarría y abnegado concurso en la guerra de la Independencia, señaladamente en la victoriosa batalla del día de San Eufrasio y en la defensa de la ciudad de Ubeda, fueron premiados por Don Fernando VII en 16 de Octubre de 1816, otorgando la Grandeza de España, para sí y sus sucesores, a aquel benemérito poseedor del marquesado de la Rambla.

Señor: Al pedir ahora vñia a V. M. para hacer punto, bien querría poder brindar esperanzas, ya que no de igualarme, de imitar siquiera proezas tales. Pero fuera, en todo caso, jactancia baldía, ya que las mudanzas de los tiempos y la paz interior, tan celosamente cuidada por V. M., hurtarían la ocasión de intentarlas. Ejemplo más a mi alcance, e igualmente honroso, me propongo seguir. Entendí mi padre, cuyas dignidades heredé, que resultaba poco menos que estéril, para la obra de la civilización, el esfuerso de sus antepasados rescatando tantas tierras a la morisma, si al menzo en cuanto al lote que a él le deparase su fortuna, la cultura y el progreso modernos no llevaban a la labranza de los campos la inteligente actividad de la raza conquistadora, y estimo, además, que era empresa adecuada a las clases directoras de la sociedad contemporánea ser efectivamente directoras (cada cual en su respectiva esfera de acción) de aquellas zonas sobre las cuales su derecho y su deber les asignan legítima influencia.

Y así, cerrando los ojos a sollicitaciones de la política (halagos de la vida aristocrática), y aun requerimientos de los afectos familiares, se retiró a la rusticidad de sus posesiones y al cuidado de sus haciendas, bendiciendo la providencia su decisión, no sólo con venturosas señales de mejoramiento en su caudal, sino — lo que a él satisfacía más aún — con notorio beneficio de la comarca, que halló en los ejemplos, en el trabajo y en los consejos que el último marqués de la Rambla le proporcionaba estímulos para su prosperidad y apoyo para el incremento de su riqueza.

Séame lícito, señor, honrar con esta mención ante V. M. la memoria de mi padre, que tan grato recuerdo dejó entre sus coterráneos. Y lo hago sin temor de excederme en la molestia que venga causándooos con mi discurso, porque sé que estas, mis últimas palabras, han de hallar ecos de simpatía, y animador acogimiento mis propósitos, en el inteligentísimo y progresivo espíritu de V. M., que entiendo enaltecerse aún más cuando se denomina con justicia, el primer agricultor de España.

EL DEL MARQUES DE BENDAÑA

Señor: Otra vez comparece ante su Rey un marqués de Bendaña para poner en ejercicio la insigne prerrogativa de cubrirse en su presencia. Es práctica, señor, que el que tal distinción alcanza, la justifique haciendo mención de los méritos de sus antepasados, y así lo haré, con la venia de Vuestra Majestad, recordándole a grandes rasgos la historia de mi casa, íntimamente ligada a la de nuestra Patria.

Fundada en 1037 por D. Rodrigo Fernández de Ulloa, hijo del sexto conde de Traba, y por D.^a Gontruda de Trastámara, su mujer, realzó aquí la gloria de su linaje, dando su vida a cambio de salvar la del Rey Don García, y exclamando al morir que otra vida quisiera tener aún para dorta

en rescate del cautiverio en que su Rey quedaba. D. Fernando Sánchez de Ulloa asistió a los Reyes Don Fernando II y Don Alfonso IX de León en sus batallas, y alcanzó glorioso renombre en 1212, en las Navas de Tolosa.

D. Sancho López de Ulloa acudió con sus lanzas, bajo la gloriosa enseña del santo Rey Fernando III, en 1235, a la conquista de Andalucía, y sus descendientes, continuadores de la Casa, aparecen sin cesar en las empresas todas de esa gloriosa epopeya, que es la Reconquista, como luego en Italia y Flandes.

En 27 de Octubre de 1692, el Rey Don Carlos II se sirvió conceder el título que hoy ostento a D. Rodrigo Ulloa, Falcón y Rivadeneyra, no sólo por los servicios prestados durante tantos siglos por sus ilustres antepasados, y después por él mismo, sino por haber sacrificado todos sus vasallos, Casa y estados para sostener con ellos la última guerra de Portugal.

Por extinción de la línea masculina, se trocó en la Casa de Bendaña el apellido Ulloa por el de Piñeiro, en el siglo XVII, por entronque con este antiquísimo linaje de Galicia; a él perteneció aquel esforzado guerrero, cuyo sepulcro está en Malta con los de otros varios varones del mismo apellido que, en combate contra los infieles, salvó, a costa de su vida, la Sagrada Custodia, que desde entonces figura en jefe en las armas de los Piñeiros.

D. Gregorio María Piñeiro, marqués de Bendaña, sirvió como cadete de Guardias al Rey Don Carlos III, y halló gloriosa muerte en 1792, en campos de Viória, al frente del regimiento de Milicias de Santiago, del que era coronel.

V. M., finalmente, ha tenido ocasión de apreciar en mi inolvidable padre las virtudes de lealtad y amor a su Rey y a su Patria, cumplidamente probadas durante una larga existencia, harto corta para mí, a lo largo de la cual puso toda su alma en el desempeño de cuantos cargos ocupó al servicio de España; murió pensando en ella y en su Rey.

Me hallo, señor, también, en posesión, por cesión de mi madre, del marquesado de la Mesa de Asta, que proviene de la Casa ducal de San Lorenzo, que es la de mi ascendencia por línea materna, y cuyo origen se encuentra directamente en los condes soberanos de Castilla, tronco de los Fernández de Villavicencio.

Son apellidos míos, señor, Castilla, Portugal, Aguilar, Manuel de Villena, Fernández de Córdoba, Ponce de León, Sotomayor, Maldonado, Dávila y Pimentel. Lo son también Beaumont, Manrique de Lara, Guzmán, Silva, Portocarrero, La Cerda, Doria, Mendoza, Zúñiga y tantos otros que hicieron la Historia de España.

Mi linaje, señor, me hace digno de la honra que hoy recibo, y esa es suerte para mí, pues carezco de propios y personales merecimientos, no obstante lo cual, la fortuna, pródigo conmigo, me llevó a prestar con este uniforme, que es mi único orgullo, mis servicios al lado de ese modelo de Príncipes que se llama el Infante Don Carlos.

Ya que no me es posible acrecer los blasones que heredé de mis antepasados, sé que podré transmitirlos a mis hijos, sin que hayan sufrido desdoro en mis manos, y eso es porque la sangre de buen español que corre por mis venas me hace fervoroso creyente en Dios y en la católica Religión, amante de mi Patria y leal a mi Rey.

EL DEL DUQUE DE LA UNION DE CUBA

Señor: Al tener la honra de cubrirme hoy ante V. M., no ciertamente por mis méritos, y si únicamente por los de mis ascendientes en línea recta, que desde el siglo XIII hasta la fecha supieron, en más de una ocasión, derramar su sangre en servicio de su Patria y de su Rey, quiera hacer una vez más pública profesión de mi inquebrantable amor y lealtad a V. M. y a vuestra augusta familia.

EL DEL MARQUES DE GUAD-EL-JELU

Señor: En la historia de los Reinos de Aragón y de Nápoles se halla la noble cuna de la ascendencia de los Sangro, mi primer apellido. Enlazados con los Bermúdez de Castro, traigo por éstos origen del conde Fruela Bermúdez, nieto del conde D. Mendo, de alta estirpe de los godos.

Brillaron siempre los Sangro en las lides militares. En el siglo XIII, mi décimo abuelo, el capitán D. Carlos de Sangro, hijo del Príncipe Raymundo de San Severo, sirvió valerosamente en los tercios de Flandes al Emperador y Rey, y en 1808, el capitán D. Francisco Sangro, por el prestigio de su noble Casa y persona, fué el embajador que el Reino de Galicia envió a la Corte de Jorge III de Inglaterra en demanda de apoyo contra el invasor, obteniendo, entre otros importantes auxilios, el envío de la expedición de Wellington.

A estos títulos de honor uno, por mi segundo apellido, Ros de Olano, los que merecieron ser premiados con el marquesado de Guad-el-Jelú, por ostentar el cual tengo la honra altísima de cubrirme ante V. M. Procede la Casa Ros del capitán D. Félix Ros de los Ursinos, enviado por Su Santidad Gregorio IX al auxilio del invicto D. Jaime I, y los descendientes de éste eran, por Regia merced, caballeros del Principado de Cataluña.

Fué mi abuelo el general D. Antonio Ros de Olano, primer marqués de Guad-el-Jelú, figura preeminente, documento humano de un período de nuestra Historia contemporánea: el que se vió regido por la Majestad de la Reina Doña Isabel II. Ejemplo de vida intensa que deja huella indeleble en la política y en la cultura patrias, fueron sus grandes amores las armas y las letras, y de él se dijo que el soldado igualaba al poeta. Larga fué su carrera militar, y muchos los servicios prestados a su Patria y a su Reina en las guerras civiles, y principalmente en la campaña de Africa de 1859. Comandante en jefe del tercer Cuerpo de ejército, unido en alma, aún más que por disciplina, al ilustre caudillo D. Leopoldo O'Donnell, cubrióse de gloria en los 17 hechos de armas en que tomó parte, siendo por ello agraciado, al finalizar la campaña, con el título de marqués de Guad-el-Jelú, con Grandeza de España.

Guad-el-Jelú, señor, significa algo transcendental en nuestra Historia, pues, como afirma un ilustre historiador — el general Martín Arrué —, son las glorias militares de la guerra de Africa y las de la Independencia las únicas del pasado siglo en que los laureles de la victoria no están empapados en sangre de hermanos. En las riberas de Guad-el-Jelú contribuyó mi abuelo, el general Ros de Olano, a las victorias de Tetuán y Wad-Ras, últimas y principales batallas de la gloriosa campaña que hoy nos sirve de título histórico indiscutible para recabar el dominio de ambas márgenes del Estrecho de Gibraltar.

Para quien, como yo, viste el uniforme militar, y cree en los grandes destinos históricos de la Patria, es la que Guad-el-Jelá representa un estimo y un orgullo. Al tener el altísimo honor de cubrirme ante V. M., como descendiente del general Ros de Olano, no necesito renovar el juramento de fidelidad al Trono que tengo hecho desde que visto el uniforme del Cuerpo de Artillería. Para responder a los ejemplos de acrisolada fe en la Patria y la Monarquía que me dieron mis mayores, y á la estima de mi Rey, he renovado ese juramento, cumpliendo con mi deber en la campaña de Cuba y por dos veces en las sostenidas en Africa, y dispuesto estoy, señor, á ofrecerlos siempre, con mi lealtad, la vida.

EL DEL CONDE DE CASA-VALENCIA

Señor: Al presentarme ante V. M., que me permite hoy usar del antiguo privilegio que tienen los grandes de España de cubrirse en presencia del Monarca, mis primeras palabras han de ser de agradecimiento al augusto padre de V. M., que premió con la Grandeza los servicios de mi buen padre y los de mis progenitores.

Desde 1206 probaron éstos su lealtad, nunca desmentida, al Trono y a las Instituciones, siendo dignos de su hidalguía, pues fueron los Alcaides ricos-hombres de Aragón y villas importantes.

En esa fecha, D. Guillén de Alcalá, camarero mayor del Rey Pedro II, arriesgó el favor Real, con estratagemá ingeniosa, que dió por resultado el nacimiento de D. Jaime I.

A este Rey asistió D. Pedro de Alcalá en la conquista de Valencia, y habiendo caído en poder del alcaide moro de Játiba, el Rey Conquistador puso cerco á aquella ciudad, hasta que consiguió la libertad de su fiel servidor.

D. Sancho de Alcalá acompañó a D. Pedro III, el Grande, para que el Rey ciñera la Corona de aquel Reino.

D. Fernando de Alcalá se halló como capitán de caballos ligeros en la rendición de Granada, cuando regían los destinos de España, con gloria imperecedera, los Reyes Católicos Fernando e Isabel.

D. Juan de Alcalá peleó en Lepanto y en La Alpujarra donde sucumbió a causa de las heridas recibidas defendiendo a su Patria y a su Rey.

Por el matrimonio de su hijo con la ilustre dama D.^a Violante Galiano, desde principios del siglo XVII llevan sus descendientes el nombre de Alcalá Galiano, que han sabido honrar en las armas, las letras y la política.

Si los ejemplos de los antepasados pueden a veces ser abrumadores, reconociendo la propia insignificancia, son, a mi ver, muy alentadores marcando claramente el camino del deber.

Los Alcalá Galiano, los Osma, los Valencia y los Zavala se han distinguido mil veces y derramado su sangre, sacrificando asimismo sus haciendas, ora brillantemente y recompensados, ora olvidados ó ignorados por las revueltas y contiendas que separaron de la madre Patria una parte del Continente americano.

D. Vicente Alcalá Galiano luchó por la independencia de la Nación, y siguió al Gobierno de la Regencia de Cádiz, como tesorero del Reino, equivalente al puesto de ministro de Hacienda. Su hermano D. Dionisio murió heroicamente en Trafalgar, mandando el navío «Bahamas».

Mi tío bisabuelo, D. Joaquín de Osma, general de Artillería, luchó valerosamente en la guerra de la Independencia, y luego contra los carlistas, defendiendo la ciudad de Vitoria, donde rechazó a las huestes acuchilladas por Zumalacárregui, mereciendo la cruz laureada de San Fernando.

Osma y Zavala, en el Perú, como Valencia en Nueva Granada, bajo la dominación española, sirvieron en altos puestos, y regresaron a la Península cuando dejaron de pertenecer a España esas colonias. Siendo consejero supremo de Indias D. Francisco Valencia, vió premiados sus servicios con el título de conde de Casa-Valencia.

En épocas más recientes trabajaron otros con ahínco para cooperar a la Restauración de la dinastía que representa la augusta persona de V. M.

Ved pues, señor, que los míos han sido siempre leales, de antigua como hasta ahora, en tiempos azarosos como en tiempos felices de la Monarquía. ¡Quiera Dios que no conozcamos épocas azarosas, y que se deslice venturoso el reinado de V. M. De mí sé decir que, siendo como soy de la familia que ha hecho de su adhesión al Trono un culto sólo superado por la Religión, pongo a los pies de V. M. mi inquebrantable adhesión, en la cual no dudo me igualen muchos, pero aseguro no me aventajará ninguno.

EL DEL MARQUES DE SQUILACHE

Señor: Al agradecer a V. M. el honor que me dispensa en este acto de cubrirme como Grande de España, cumplo con la tradicional costumbre de exponer brevemente la genealogía de mis antepasados.

«Casa de Borbón y de Castellví. — Mi padre, el Excmo. Sr. D. Francisco María de Borbón y de Castellví de Borbón y Fernández de Córdoba, desciende en línea recta y por su padre, S. A. R. el Infante de España Don Enrique de Borbón y de Borbón, del primer Borbón, cuyos historiadores remontan a los tiempos de Clovis, Rey de Francia (año 509).

Pero, en realidad, el primer Borbón de que se tiene noticia fué Aymar, descendiente de Childebrando, hermano de Carlos Martel, en 913.

De heredero en heredero legítimo, y por no fatigar la atención de Vuestra Majestad con reseñas históricas conocidas del mundo entero, llegaré al gran Rey y popular Monarca Enrique IV, verdadero Jefe de toda la rama de la Casa Real de Borbón.

A este Rey siguen Luis VIII y el gran Rey Luis XIV, conocida en la Historia por *le Roi Soleil*, cuyo nieto, Felipe de Borbón, Duque de Anjou, fué el primer Borbón que reinó en España, bajo el nombre de Felipe V.

De este Rey descienden Carlos III y Carlos IV, que tuvo tres hijos varones: el Rey Don Fernando VII, Don Carlos y Don Francisco de Paula, padre este último de SS. AA. RR. D. Francisco de Asís y D. Enrique, padre el primero del Rey Don Alfonso XII, padre de V. M., y el segundo, padre de mi padre.

Quiere decir, señor, que el padre de V. M. y el mío eran primos hermanos; que vuestros abuelos son los míos, y que la misma sangre real borbónica corre por las venas de V. M. que por las mías.

Mi abuela paterna, la egregia Sra. D.^a Elena de Castellví, duquesa de Sevilla, desciende, de una parte, del Rey Don Ramiro II de Aragón (1360), que casó con D.^a Ana de Poitiers, hermana del conde de Aquitaine, y de

otra, los Castellví tienen su cuna con el Rey Amet de Carlet, de la Real Casa de los Pintarrases, que hizo sufrir el martirio a su hijo por haberse convertido al Cristianismo, y tomó a su muerte el nombre de San Bernardo de Carlet, y sus descendientes, dueños y señores de la Real Casa de Pintarrases, llevan además los títulos de condes de Carlet de la Villanueva y del Castellá.

«Casa de León y de Balboa». — Mi abuelo materno, D. Carlos de León, que desciende de esta familia, que ilustraron nobilísimos próceres, era caballero profeso de la Real y militar Orden de Calatrava, maestrante de Granada, y como coronel de caballería poseía dos cruces de San Fernando, y por tercera vez, al ganar la cruz laureada, en juicio contradictorio, por su heroico comportamiento en la célebre batalla y toma de Belascoain, en 29 de Enero de 1838, quedó inutilizado de las heridas que recibió defendiendo a su Reino.

Tío de éste fué el otro héroe, teniente general D. Diego de León, conde de Belascoain — nombre del pueblo que presencié su heroísmo —, en cuyo pecho brilló la cruz laureada, en términos tales, que el general en jefe lo hizo desfilár ante todo el Ejército, que le saludó como a la primera lanza del Reino; y este general, que respetaron las balas enemigas, murió en 1841, herido por las balas políticas, por defender la causa de la Reina Doña María Cristina de Borbón.

La Patria, para recompensar su glorioso servicio, y el Ejército, para venerar su memoria, le hacen pasar, aunque muerto, lista de presente en el regimiento de Húsares en que sirvió.

Mi abuela materna, D.^a Felisa de Balboa y Sánchez Yebra, marquesa de Balboa, desciende de la familia de aquel inmortal caudillo Núñez de Balboa, que descubrió el Gran Océano, y que tanta gloria conquistó para España, y por parte de madre, de los Sánchez Yebra, que enlazaron sus ascendientes con las más altas Casas, y según certificación de D. Juan Félix Rújula, cronista y rey de armas de S. M. Católica Don Carlos III, con la hija del Rey Teodorico de Italia, y de la Infanta de Francia Anafleda, y con varios Reyes de Galicia.

De este matrimonio es hija mi madre, D.^a Felisa de León y de Balboa.

Mi abuelo materno, ya citado, casó en primeras nupcias con D.^a María del Pilar de Gregorio, hija del marqués de Vallesantoro, y de este matrimonio, entre otros hijos, nació D.^a María del Pilar, marquesa de Squilache, cuyo título de familia proviene de la Casa de los Príncipes de Squilache, y a quien V. M. le concedió la facultad de legar su título, con la Grandeza de España, al soldado de la Patria y del Rey que en este momento, respetuosamente, saluda a V. M. y a su augusta esposa, la Reina D.^a Victoria Eugenia, agradeciendo el honor que V. M. le dispensa.

En la legación de China.--En la Embajada de Italia.

A la proyección cinematográfica de la Embajada de Inglaterra, a la comida en la Legación de los Países Bajos, al té de los señores de Camperio, unos diplomáticos muy distinguidos que han llegado a Madrid recientemente y a las pequeñas reuniones de la Embajada de Francia, hemos de sumar dos comidas diplomáticas celebradas anoche en la Legación de China y en la Embajada de Italia. La vida, pues, en las residencias diplomáticas es más animada que en los salones particulares, dentro, claro es, de los naturales comedimientos que las circunstancias imponen.

Pero hemos dicho que anoche hubo comidas en la Embajada de Italia y en la Legación de China, y vamos a detallarlas. ¿Quiénes fueron los comensales de M. y Mme. Tai, este ilustre matrimonio chino que tanto quiere a España, y que es brillante representación diplomática del Celeste Imperio? Seguramente recordamos a cuantos tomaron asiento en aquel comedor de las oscuras tonalidades y de los áureos bordados. Y eran: el ministro de Estado y la señora de Gimeno; el embajador de los Estados Unidos y mistress Willard; el de Inglaterra y lady Hardinge; el ministro de los Países Bajos y Mme. Van Royen; la señorita de Willard, hija de los embajadores norteamericanos; el encargado de Negocios del Japón y Mme. Ho. rigoutchi; el consejero de la Embajada de Francia y Mme. Vieugué; los ministros de Bélgica y Portugal, señores barón Grennier y

Vasconcellos; el consejero de la Embajada de Rusia y Mme. y mademoiselle Solowieff; el jefe del Gabinete diplomático del ministerio de Estado, Sr. Figuerola, y el secretario de la Legación, M. Ho,

Luego de la comida acudieron algunas personas a la nueva residencia diplomática, que trajo a nuestra memoria unos cuantos recuerdos, porque la Legación de China está instalada en el palacio que en la calle de Núñez de Balboa ocupó hasta fecha reciente la Sociedad de Autores. Sólo que ya no hay quien conozca aquellos salones, ahora tan limpios, tan adornados, tan alhajados, en los que domina el buen gusto de quienes los ocupan y en los que lució anoche la amable esposa del ilustre representante de China una de esas «toilettes», uno de esos trajes recamados de oro, bordados en piedras preciosas, que son típicos del país que representan.

¿Quiénes acudieron después de la comida? Algunos diplomáticos más y algunas personas de la sociedad madrileña, como el secretario del Brasil y Mme. Fonseca, el segundo secretario y Mme. Taylor, el secretario de Portugal, Sr. Vázquez de Quevedo; los señores Santa María y López-Montenegro, entre otros, que escucharon un selecto concierto. El admirable violinista Galindo, primer premio del Conservatorio de París; el brillante violoncellista Taltavull y el notable pianista Rosillo deleitaron al selecto auditorio. Primero, los tres, entonaron la fantasía del «Tannhäuser»; después, Galindo interpretó una «Sonata», de Grieg, un «Capricho» de Kreissler; luego, Rosillo ejecutó unas «Danzas», de Granados, y, por último, Taltavull nos dejó escuchar una «Elegía», de Fauré, y un «Capricho eslavo».

Los jóvenes maestros fueron calurosamente aplaudidos. Y bien lo merecían, porque poseen un arte sincero, limpio, inspirado, brioso y sentimental a un mismo tiempo.

—¿Un cigarrillo?—nos ofrece, amablemente, M. Tai.

—Con mucho gusto, señor ministro—respondemos.

Y desde el saloncito de fumar, en el que se respira el aroma suave del tabaco turco, oímos cantar. ¿Quién canta? ¡Ah! No sabemos... Es una voz admirable, bien timbrada, perfectamente emitida. ¿Qué escuchamos? ¡Ah, sí, es una romanza del «Louis», de Charpentier. Y cuando cesa la voz nos dan deseos de aplaudir, y aplau-

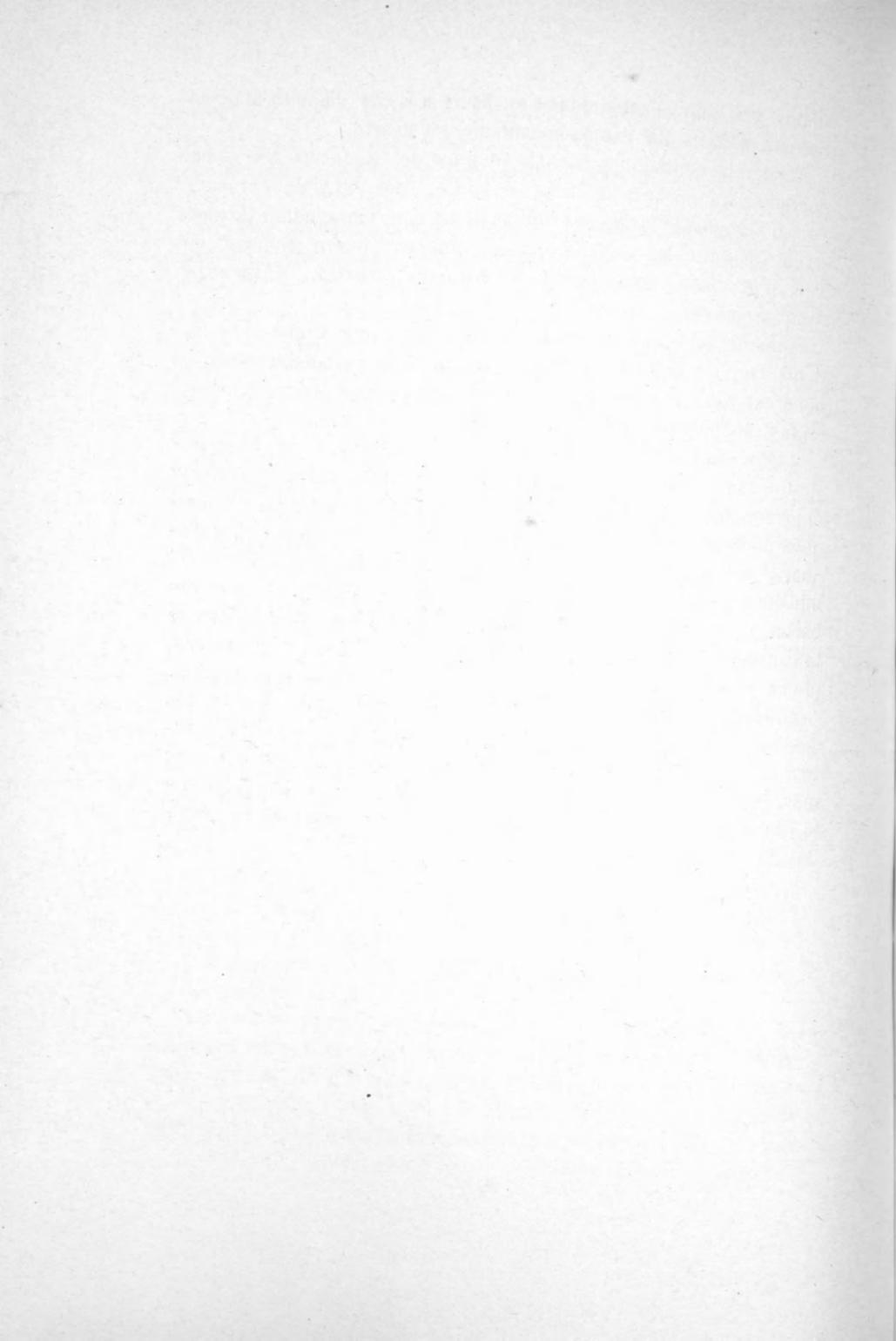
dimos; y al salir al salón donde se «hacía música», ya junto al piano, no está la dama que nos ha encantado con su arte.

Quien ha cantado no ha sido ninguna de las damas que se han sentado esta noche a la mesa de la Legación. ¿Quién entonces? Acaso algunas de las damas diplomáticas que han acudido después de la comida; acaso aquella linda damita cuya negra «toilette» envuelve graciosa y gentilmente su figura aristocrática... ¿Habrá sido Mme. Fonseca?

Mas digamos que la velada fué muy agradable, y que M. y madame Tai, con el personal de la Legación, hicieron amablemente los honores, y detallemos algo de la comida celebrada, anoche también, en la Embajada de Italia.

¿Quiénes fueron los invitados de los condes de Bonin-Longare? A su mesa se sentaron: el embajador de Francia y Mme. Geoffray; el embajador de Rusia, Príncipe Koudacheff; la marquesa y el marqués de Ivanrey, la condesa de San Félix y su hija «Nini» Castellanos, el señor y la señora de Beistegui, Mme. Botkine, esposa del ministro de Rusia en Lisboa; el secretario de la Embajada rusa y la baronesa de Meyendorff, el ex ministro Sr. Osma, el consejero de la Embajada argentina Sr. Moreno, el diplomático D. Alonso Caro, el conde de la Cimera y el secretario de la Embajada, Sr. Sapuppo.

La comida fué elegantemente servida, y, después de ella, los salones diplomáticos, aquellos salones del antiguo palacio de Abrantes, se vieron más animados porque acudieron algunas personas más. Muchas de ellas, desde la Legación de China se trasladaron a la Embajada de Italia, en donde se organizaron interesantes partidas de «bridge».





Srta. Menene Somosancho.

(Cuadro de Anselmo Miguel Nieto.)

En casa de los señores de López-Roberts.
En la de los señores de Fonseca.--La condesa viuda de Torrejón.

VAMOS a ver, mi amable lector, si recordamos algo del día de ayer. El día de ayer tuvo en la vida madrileña alguna animación. Por la tarde hubo en el Real gran función a beneficio de la Asociación de la Prensa y dos té en dos moradas de diplomáticos; por la noche, como lunes, el Ritz se vió muy concurrido.

De la función de la Prensa no detallamos aquí nada, porque en otro lugar de este número—decíamos en el *Heraldo*—se os habla con extensión. Vamos, pues, a atenernos, primeramente, a las dos reuniones diplomáticas.

En casa de los señores de López-Roberts—una casa que tiene mucho de museo, porque son muchas las obras de arte que allí lucen—fué una de ellas. El ilustre diplomático y brillante escritor y su distinguida esposa—una Muguero, hija de aquella condesa de Muguero de tan feliz recordación—invitaron a algunos de sus amigos a tomar el té, y claro que luego no faltaron algunas mesas de «bridge». Las horas pasaron muy agradables; que no podía suceder de otro modo, toda vez que entre los reunidos figuraban el embajador de Italia y la condesa de Bonin-Longare, la embajadora de los Estados Unidos y miss Willard, el presidente del Congreso, señor Villanueva; la marquesa del Salar y su hija, que este año iluminará con su belleza—patrimonio de los de esta familia—los salones aristocráticos; la duquesa viuda de Sotomayor y su hija la señorita de

Guillamas, el ex embajador Sr. Piña, la condesa de Velle, madame Vieugué, esposa del consejero de Francia; las marquesas de Rocamora, Santo Domingo, Atarfe y Moret; las condesas de San Luis, Casal y Finat; Mrs. Baring, las señoras de Campuzano, Puncel y Muñoz Vargas y las señoritas de Pérez del Pulgar, Roca de Togados y Maroto, además de Mme. Botkine, la esposa del ministro de Rusia en Lisboa, en cuyo honor era principalmente el agasajo.

La concurrencia era, pues, distinguidísima.

El otro «té-bridge», muy en «petit comité», fué en casa del simpático primer secretario de la Legación del Brasil y de la bellísima señora de Fonseca. En sus saloncitos de la calle de Juan de Mena se formaron unas cuantas mesas y se pasaron muy agradablemente un par de horas.

—¿Una taza de té?—nos ofrecía gentilmente la bellísima diplomática.

Y después de prepararlo ella misma con una encantadora gentileza... al «bridge» o a hacer música.

¿Los reunidos? Ya hemos dicho que fué «en íntimo»; por consiguiente no fueron muchos: la marquesa de Medina, el ministro de China y Mme. Tai Chenne Linne, el del Japón y madame Horigoutchi, el vicepresidente del Senado, almirante marqués de Pílares, la señora de Michel de Champourcin, la señora de Camperio, esposa del nuevo secretario italiano; el ministro de Bélgica, barón Grennier; el agregado militar de Francia, M. Denvigne; el consejero y el secretario de la Argentina, Sres. Moreno y Chiappe; el consejero de la Embajada de los Estados Unidos, Mr. Wilson; el secretario de la Legación del Brasil, Sr. Quirós-Mattaso; el de la de Portugal, Sr. Quevedo; el de la Embajada de Italia, Sr. Sapuppo, y los Sres. Santa María y Sierra Valle.



Y para terminar, la nota triste de la muerte de la condesa viuda de Torrejón, una ilustre dama que deja en esta vida el grato recuerdo de su paso por ella. Era caritativa, y su caridad la llevó a figurar al frente de muchas Asociaciones benéficas; era ilustre—como que fueron sus padres aquel general Concha y aquella mar-

quesa de la Habana—, y su cuna la hizo frecuentar lo mejor de España; era bondadosa, y su bondad la hizo ser querida de todos. Por eso su muerte la han sentido, la hemos sentido, cuantos un día tuvimos el encanto de conocerla.

Entre la gran familia aristocrática, la muerte de la condesa viuda de Torrejón ha producido vivo sentimiento; entre la familia Real, también. Y ayer mismo se apresuraron las augustas personas a enviar su pésame a todos los familiares de la dama muerta.

La distinguida señora, que recientemente sufrió un grave ataque, que puso en peligro su vida, se había repuesto, volviendo a hacer su vida acostumbrada. Hace pocos días enfermó de nuevo, y su quebrantada naturaleza no pudo resistir la dolencia.

Estuvo casada con D. Adolfo Samaniego, conde de Torrejón y marqués de Monte-Real y de Valverde.

Era hermana de la finada marquesa de la Habana, marquesa viuda de Távara y de la condesa viuda de Xiquena.

Sobrinos suyos son los marqueses de la Mina, el duque de Bivona, los marqueses de Távara y Nájera, los vizcondes de Cuba y la señorita Inés Arteaga.

Por la casa mortuoria han desfilado numerosas personas de la sociedad para expresar su sentimiento.

Reciban todos por esta desgracia nuestro sentido pésame.





Srta. Eva González Alvarez.

(Fot. Franzen.)

La señorita de González Alvarez y D. Ramón Argota.

EN el palacio de los señores de González Alvarez (D. Francisco), elegante residencia en la que toda amabilidad tiene su asiento; en ese palacio donde el arte tiene manifestaciones espléndidas con hermosos lienzos y valiosas antigüedades; en ese palacio, centro un día de fiestas brillantes y de lucidas representaciones artísticas, se ha celebrado ayer la boda de la encantadora señorita Eva González Alvarez con el señor D. Ramón Argota Robledo.

Se adornó el palacio como para fiesta de gala. ¿Qué más fiesta que la de una boda y qué más gala que la del amor? En el amplio zaguán ya se alzaban gallardas las palmeras; la hermosa escalera se sembraba de flores; la rica balaustrada de bronce desaparecía bajo los enrejados de azahar, y allá, en el salón principal, donde tantas veces se ha bailado, alzóse un elegante altar, presidido por la imagen de Nuestra Señora del Carmen, orlado de simbólicas florecillas de olorosos azahares, de blancos claveles, de albas rosas, de nítidos jazmines, que ofrendaban a la Santa Patrona de los marineros y de los novios sus fragancias y sus aromas.

—¡La novia!

Y por entre el conjunto de invitados apareció la gentilísima desposada. ¡Qué linda estaba! Era de raso blanco, adornado con encajes Duquesa, su vestido nupcial. De tisú de plata era su manto. Y

en su garganta lucía un hermoso collar de perlas. Cruzaba del brazo de su padrino, D. José Argota Robledo, hermano del novio.

Este que vestía de chaquet, daba el brazo a la señora de González Alvarez, madre de la novia, que era la madrina.

Bendijo la unión el capellán de la casa, D. Silvestre Alonso, y fueron testigos, por parte de ella, D. Juan y D. Fernando Coghén y D. José Bermúdez y Varela, y por la de él, D. Luis Lorente, don Gonzalo Valcárcel y D. Ramiro Lezcano.

Después de la ceremonia, los jóvenes esposos, que reúnen todo para ser felices—y quiera Dios que lo sean—, recibieron muy cariñosas felicitaciones.

¿Nos acordaremos de cuantos asistieron ayer tarde al palacio de la calle de Prim? Haremos memoria. Allí estuvieron los ministros de la Guerra y de Gracia y Justicia; las marquesas de Villamantilla de Perales, Argüelles, Atalayuelas, Prado Ameno, Garcillán, Montroig, Urrea, San Miguel de Híjar, Amboage, Seijas, Vista-Alegre, Hinojosa, y Casa-Laiglesia; las condesas de Pardo Bazán, Saceda, Torre de Cella, Sierra-Bella, Polentinos, Algaida, Baynoa, Buena-Esperanza y Villamonte; baronesa de Covadonga; vizcondesa de Amaya; señoras y señoritas de Nárdiz (D. Juan y D. Enrique), Lorente, Ochando, Valdes-Fauli, Díaz Ordóñez, Bayo, Grases, Rosillo, Canthal, Aguirre, Manella, Ceballos, Luque, Sánchez de Toledo, Bargés, Montero, Barrera, Salazar, Moreu, Michel de Champourcin, Pidal, Orozco, Linares Rivas, Ventosa, Rábago, Zumalacárregui, Díaz de Tuesta, Romea, Otero, viuda de Despuijol, Reynoso, Oruña, Orfilla, viuda de Santana, Díez-Martelín, Coghén, Alcalá Galiano, Argota, González Conde, Crespo, Eznarriaga, Calleja, Ericés, Fort, Cejuela, Ballesteros, López Igual, Ortega, Suárez Inclán, Frontera, Salamanca, Mochales, Varona, Vivanco, Costi, Maycas y la señora de Cuesta y su bella hija Carmen.

Muy agradablemente se pasó la tarde en la elegante morada de los señores de González Alvarez, que hicieron los honores con delicada amabilidad, secundados por sus hijos los señores de Coghén, los de Bermúdez y Varela, la señora viuda de Hortsman y las juveniles Elena y Carmen González Alvarez, y por sus hermanas la señora de Otero y la señora viuda de Sterling.

Y con nuestro deseo de que los nuevos esposos—que habitarán

uno de los pisos bajos del palacio—sean muy felices, nos dispusimos a abandonar la elegante residencia; pero nos detuvo una voz dulce, encantadora, deliciosa, que entonaba en la intimidad de un saloncito, unas canciones asturianas. Escuchamos y aplaudimos.

¿Sería acaso la bellísima Julia-Rosa González Alvarez de Coghen la que nos encantaba con la dulzura de su voz, la exquisitez de su arte y el encanto de sus canciones?

Y cuando descendimos por la suntuosa escalera, entre las flores de azahar que la adornaban, íbamos escuchando los misteriosos ecos de unos versos que parecían decir:

Asturiana, asturianita,
por ti suspira el molinero.
Molinera, molinerita,
óyeme tú lo que te quiero.

Y salimos a la calle, que, como casi todas las de Madrid, estaba intransitable.

Los novios se han instalado en un elegante cuarto, en el cual se adivina por ciertos detalles del adorno el gusto de la casa R. Rodríguez Hermanos, una de las primeras firmas en su especialidad. Sus salones de la calle del Clavel demuestran bien claro su elegancia.

En el palacio de los marqueses de Argüelles.

No fué el día de ayer—festividad de San José—tan animado en los salones como lo fué otros años. La vida de 'sociedad no mostró vivos esplendores. Los Pepes y Pepitas aristocráticos apenas recibieron. Y es que muchas casas están cerradas por la Muerte y otras por dolencias.

Sin embargo, en unos salones elegantes de la calle de Serrano, unos salones que nos hablan con las elegancias del presente de otros recuerdos del pasado, se reunió ayer tarde buena parte de la sociedad aristocrática para festejar a una dama (que celebraba su santo) muy popular y muy querida.

—¿Alude usted a la marquesa de Argüelles?

—Aludo a la marquesa de Argüelles, que ayer recibió no sé cuántas pruebas de simpatía y de amistad.

Su casa era un encanto; los salones se convirtieron en jardín; aquella «logia» o galería, con aquella misteriosa iluminación, con aquellas palmeras altivas, con aquellos sillones de alto y tallado respaldar, con aquella mesa sobre la que reposaron, en tiempos del gran Cánovas del Castillo, cien y cien proyectos en los que se trataría, con la clarividencia de aquel insigne estadista, del porvenir de España, nos ofrecía pruebas elocuentes de lo que se quiere a la ilustre marquesa de Argüelles.

Con los claveles rojos como el rubí o blancos como la nieve;

con los crisantemos, albos también; con las violetas o las rosas, alternaban las joyas que le fueron ofrecidas, los objetos de plata cincelada, las finas porcelanas...

—Marquesa, mil felicidades.

La concurrencia fué muy numerosa, aunque nosotros no podamos señalar sino a la que saludamos en los momentos en que estuvimos en la «Huerta». La señora de Gimeno, esposa del ministro de Estado; marquesas de Atalayuelas, Conquista, Hinojosa, Villamantilla de Perales, Seijas, Vista-Alegre; condesas de Pardo Bazán, Villamonte, Bilbao; baronesa de Covadonga; señoras y señoritas de González Alvarez, Bayo, Despujol, López de Ceballos, Oruña, Reynoso, Nárdiz, Figuera, Salazar, Seijas, Cuesta, con su hija Carmen; Bermúdez de Castro, Calderón, Quiroga y Nava Ossorio, Igual, Saro, Canillejas, Quiroga, González Bravo, Ezpeleta, Linares Rivas, Canthal, Orfila y muchas más.

El general Casanova, conde de la Algaida; el marqués de Canillejas, el barón de Covadonga, el conde de Villamonte, el marqués de Vista-Alegre, Linares Rivas, Martínez Abades, Canthal, Hoyos y Vinent, Prast, el marqués de Valdeiglesias, el barón de la Vega de Hoz, Seijas, Almagro, Baeza, Fernando Flores Dávila, Nárdiz, Oruña, el marqués de Castillo de Jara, Ceballos, Calderón.

—Una petición de mano.

—¿Los nombres?

—Es la de una de las bellísimas hijas del marqués de los Altares, María—que ayer estaba también en casa de sus tíos los marqueses de Argüelles—para el primogénito de estos ilustres aristócratas, D. Ramón Bernaldo de Quirós. Será pedida en breve.

En la gran casa de los marqueses de Argüelles se pasó la tarde muy bien.

Bien es verdad que los marqueses y todos sus hijos hicieron los honores con delicada amabilidad.

Por la noche, la bella dama reunió en su mesa a sus más íntimos.

Las señoras Grandes de España.--Toma de almohada en Palacio.

CON la solemnidad de costumbre se ha celebrado en el Regio Alcázar el acto de tomar la almohada, ante S. M. la Reina, varias de las distinguidas señoras que por sí, o por su matrimonio, poseen la Grandeza de España.

A la ceremonia asistieron, invitadas oficialmente, todas las damas que anteriormente la habían tomado. Es este acto uno de los que con menos frecuencia se celebran en Palacio. Durante el reinado de Doña Isabel II, se verificó el 20 de Enero de 1861, el 14 de Diciembre de 1864, el 15 de Abril de 1866 y el 26 de Diciembre de 1867; durante el interregno de diez años, que abrió la Revolución del 68, no se efectuó ninguna toma de almohada; el 8 de Marzo de 1878 se celebró de nuevo la ceremonia, ante la Reina Doña María de las Mercedes, y durante el reinado de Don Alfonso XII y la Regencia de Doña María Cristina, se celebró el acto siete veces, la última el 11 de Abril de 1902.

Hoy ha sido la cuarta vez que la Reina Doña Victoria ha dispensado este honor a las señoras Grandes de España. La primera se efectuó el 15 de Enero de 1908, la segunda el 29 de Enero de 1911, y la tercera el 17 de Abril de 1914. En esta última tomaron la almohada 10 damas.

Las señoras que han tomado la almohada, por orden de antigüedad de las Grandezas que llevan, son las siguientes:

Duquesa de Alburquerque.—D.^a Inés Díez de Rivera y Figueroa, hija de los condes de Almodóvar y sobrina del presidente del Consejo, conde de Romanones. Está casada con D. Miguel Ossorio y Martes, poseedor de aquél título, creado en 1974, y marqués de los Balbases, hijo de los condes de la Corzana y sobrino de los de Heredia-Spinola.

Duquesa del Infantado.—Esta distinguida dama es D.^a Isabel Falguera y Moreno, hija de los difuntos condes de Santiago. Lleva el histórico título, que data de 1495, por su enlace con D. Joaquín Ignacio de Arteaga y Echagüe, marqués de Santillana y de Valmediano, almirante de Aragón y Señor de la Casa de Lazcano, que tan justas simpatías se ha conquistado por sus empresas industriales.

Marquesa de Santa Cruz.—Pertenece por su padre a la ilustre familia de los Fernández de Henestrosa, y por su madre, a la noble Casa de los marqueses de la Torreçilla. Es la hija mayor del duque de Santo Mauro, mayordomo mayor de la Reina Doña Victoria; hermana de madre del duque de Medinaceli, y sobrina de los marqueses de Camarasa. Es dama de la Reina. Su esposo, el marqués de Santa Cruz, es D. Mariano de Silva Carvajal, primogénito de la duquesa de San Carlos, ex subsecretario de la Presidencia del Consejo y actual diputado a Cortes por Cuéllar, persona que goza generales simpatías en el partido conservador y en sociedad. La Grandeza de España fué unida a su título en 1569.

Condesa de Pareides de Nava.—Posee este título (al que se unió la Grandeza desde 1692) D.^a Trinidad García Sancho y Zavala, hija de los ilustres marqueses de Aguilar de Campóo, de tan grata memoria. Pertenece a la noble Casa de Oñate por su madre, y es dama de la Orden de María de Luisa. Está casada con D. Juan Díaz Bustamante y Campuzano, marqués de Herrera, distinguido diplomático, que ha desempeñado los cargos de subsecretario de Estado y embajador de España en Viena.

Marquesa de Castellósrius.—Pertenece a una distinguida familia catalana, y es dama muy querida en aquella sociedad por sus sentimientos caritativos. La Grandeza de aquel marquesado data del año 1703, y la lleva D. Carlos de Sentmenat y Sentmenat, de la noble Casa del Principado, gentilhombre de S. M. el Rey.

Duquesa de Parcent.—Con motivo de haber sido honrada recientemente con el lazo rojo de dama de la Reina, recordamos los merecimientos de esta distinguida señora, cuyas empresas de caridad y cultura, y cuyas fiestas artísticas, son bien conocidas. D.^a Trinidad Scholtz Hermendoff, perteneciente a ilustre familia alemana, de antiguo origen, es hija del marqués de Belvis de las Navas, y hermana de la marquesa de Ivanrey, y está casada con D. Fernando de la Cerda y Carvajal, duque de Parcent, antes conde, con Grandeza desde 1709, y conde de Contamina, descendiente de una de las más ilustres Casas de la Nobleza española.

Condesa de Atarés.—Es D.^a Victoria Díaz, hija del conocido hombre de negocios. Lleva este título y el de marquesa de Perijáa por su matrimonio con D. José López Niculant, de la Casa de Villamagna. La Grandeza del condado de Atarés procede de 1725.

Duquesa de Algete.—Este título, creado en 1734, ha venido a ser un nuevo ornamento para su gentil poseedora, una de las señoritas más lindas de la sociedad

de Madrid. La señorita María Cristina Ossorio y Martos es hija de los condes de la Corzana, y hermana del duque de Albuquerque y del marqués de Marín.

Señora de Rubianes.—Con este título, cuya Grandeza procede de 1761, lleva también el de marquesa de Aranda, por su enlace con D. Gonzalo de Ozores y Ramírez de Saavedra, D.^a Angeles Santa Marina, dama de gran simpatía y belleza.

Marquesa de Benamejí.—Es D.^a María de la Concepción Castrillo y Sanjuán, marquesa también de las Cuevas del Becerro y vizcondesa de Benaoján. Está casada con D. Manuel de la Lastra y de Liendo, hijo primogénito del marqués de Torre-Nueva. La Grandeza fué unida a aquel título en 1815. Es hermana de doble vínculo de la marquesa de Villaverde de San Isidro, y de un solo vínculo, de D. Alberto Mencos y San Juan, conde del Fresno de la Fuente, y de D.^a María del Rosario, marquesa viuda del Valle de la Reina, y sobrina carnal de la duquesa de T'Serclaes.

Marquesa de la Romana.—Es una de las más jóvenes y bellas damas de la Reina. El lazo rojo, que le fué otorgado recientemente, ha sido como un Regio presente, depositado en su canastilla de boda. D.^a María Falcó y de la Gándara, que de soltera llevó el título de marquesa de Almonacid de los Oteros, es hija de los marqueses de Castel-Rodrigo, Príncipes Pío de Saboya, y esposa de D. Pedro Caro y Martínez de Irujo, poseedor de aquel marquesado, con Grandeza desde 1817.

Marquesa de Bendaña.—Hasta hace poco fué más conocida esta distinguida dama por el título de marquesa de la Mesa de Asta. Pertenece D.^a Dominga Queralt a la Casa de los condes de Santa Coloma. Su esposo, D. Lorenzo Piñeyro y Fernández de Villavicencio, poseedor de aquellos títulos, es teniente coronel de Estado Mayor, ayudante de campo de S. A. el Infante Don Carlos, que recientemente se cubrió ante el Rey. La Grandeza del marquesado de Bendaña data de 1843.

Duquesa de la Unión de Cuba.—Es D.^a María del Rosario Rodríguez de Rivas y de la Gándara, hija de la condesa viuda de Castilleja de Guzmán. Está casada con el primer caballerizo de S. M., D. Miguel Tacón y Calderón, poseedor de aquel título, creado en 1847, y marqués de Bayamo.

Marquesa de Guad-el-Jelú.—Pertenece a la familia de los marqueses de Aca-pulco, y llevó de soltera el nombre de María Luisa del Prado y Lisboa. Su esposo, D. Gonzalo Sangro y Ros de Olano, poseedor de aquel título, otorgado con la Grandeza en 1850, es un bizarro militar, comandante de Artillería, nieto del general que fué primer marqués de Guad-el-Jelú.

Marquesa de la Guardia.—La Grandeza que ostenta esta dama es la otorgada en 1903 al ilustre ex ministro conde de San Bernardo, y que por fallecimiento de éste lleva desde 1906 D. Jaime de Mariátegui y Pérez de Barradas, hijo de aquél y de la duquesa de Monteleón. D.^a María Josefa de Arteaga y Echagüe, marquesa de la Guardia, es hermana del duque del Infantado y de la marquesa de Argüeso.

Duquesa de las Torres.—Lleva también por su matrimonio los títulos de marquesa de Villamejor y condesa de Mejorada del Campo. D.^a Manuela O'Neill, perteneciente a la familia de los marqueses de la Granja, es una de las damas que gozan más justas simpatías en la sociedad de Madrid. Está casada con el senador y ex

alcalde de Madrid D. Gonzalo Figueroa y Torres, poseedor de aquellos títulos, el primero de los cuales fué creado en 1909, hermano del presidente del Consejo.

Condesa de la Viñosa.—Dama muy querida en la sociedad de Madrid, que reside ahora casi constantemente en Biarritz. En su *villa* Trois Fontaines se celebran muy agradables fiestas. D.^a María de la Concepción Rocatalada lleva aquel título como esposa del ilustre académico D. Cipriano Muñoz y Manzano, senador del Reino y ex embajador de España en San Petersburgo.

Marquesa de Silvela.—Para perpetuar en un título de Castilla el apellido del ilustre hombre público D. Francisco Silvela y de Le-Vielleuze, jefe que fué del partido conservador, y que tan eminentes servicios prestó a la Patria y a la Monarquía, fué otorgado en 1915 el marquesado de Silvela, con Grandeza, a la respetable viuda de aquél, D.^a Amalia Loring y Heredia, de la distinguida familia malagueña de los marqueses de Casa-Loring. Con este título se premiaban al mismo tiempo los merecimientos de una dama ilustre y caritativa, que en muchas instituciones benéficas, como la Casa-Cuna y el Asilo de Inválidos del Trabajo, ha dado elocuentes muestras de su bondad, de su inteligencia y de su celo.

La ceremonia.

Se celebró a las siete de la tarde, en la antecámara.

En el centro de la estancia aparecía un sillón, destinado a la Reina, y a su derecha una mesa pequeña. Detrás, la almohada destinada a la camarera mayor de Palacio, y a uno y otro lado, en dos filas, las demás, para las damas.

Estas almohadas consisten, como es sabido, en taburetes rectangulares, cubiertos por paños de terciopelo rojo, sobre cada uno de los cuales hay un cojín de la misma forma del taburete, que da tradicionalmente nombre a esta ceremonia.

A las seis comenzaron a llegar a Palacio las damas que habían de asistir al acto; las que habían de tomar la almohada se fueron congregando en la antecámara, y las demás en la saleta inmediata.

Todas ellas vestían elegantes trajes de Corté, escotados, con manga corta, y lucían magníficas joyas.

A las siete en punto la Reina Doña Victoria—que vestía de blanco, con la banda de María Luisa—se trasladó desde sus habitaciones a la antecámara, acompañada de la duquesa de San Carlos, del marqués de la Torreçilla y del mayordomo de semana.

S. M., al entrar en la estancia, pasó por delante de las damas,

que se hallaban colocadas, por orden de antigüedad, a uno y otro lado.

La Soberana tomó asiento en su sillón, y dirigiéndose a las señoras, dijo:

—Sentáos.

Cumplida esta orden, la duquesa de San Carlos tomó asiento en su almohada, detrás de la Reina, y el marqués de la Torrecilia y el mayordomo de semana, barón de Covadonga, quedaron de pie, tras el sillón de la Soberana.

El secretario de la camarería mayor de Palacio, D. Antonio San Gil, colocado a la derecha de la puerta que conduce a la saleta, anunció, obtenida la venia de S. M., a la primera dama que había de tomar la almohada, por orden de la antigüedad de su Grandeza:

—Señora: la duquesa de Albuquerque.

La joven duquesa se presentó llevada de la mano por su madre y madrina, la condesa de Almodóvar, que había salido a buscarla.

Hicieron ambas, al entrar, una reverencia ante S. M.; adelantaron unos pasos, e hicieron la segunda; saludaron después a las señoras, que, a su vez, se levantaron para contestar, y continuaron, por último, hacia la Reina, ante la que hicieron una nueva reverencia, retirándose la madrina después a su asiento.

La Soberana dijo entonces a la duquesa de Albuquerque:

—Sentáos.

Esta lo hizo así, en la almohada que se hallaba ante S. M., dignándose la Reina conversar con ella brevemente.

Alzóse luego la dama; besó la regia mano, y con su madrina, que de nuevo había ido a buscarla, saludó a la Soberana y a las señoras, y se retiró a tomar asiento en el primero de los taburetes que no se hallaban ocupados.

La misma ceremonia se repitió con las demás señoras antes citadas, de las cuales fueron madrinas las siguientes damas: de la duquesa del Infantado, la condesa del Serrallo; de la marquesa de Santa Cruz, la duquesa de Santo Mauro; de la condesa de Paredes de Nava, la condesa viuda de Casa-Valencia; de la marquesa de Castellidosrius, la marquesa de Comillas; de la duquesa de Parcent, la duquesa de San Carlos; de la condesa de Atarés, la marquesa de Villamagna; de la duquesa de Algete, la condesa de la Corzana;

de la señora de Rubianes, la condesa de Maceda; de la marquesa de Benamejí, la duquesa de T'Serclaes; de la marquesa de la Romana, la marquesa de Castel-Rodrigo; de la marquesa de Bendaña, la condesa viuda de los Llanos; de la duquesa de la Unión de Cuba, la duquesa de Arión; de la marquesa de Guad-el-Jelú, la condesa de Almodóvar; de la marquesa de la Guardia, la condesa viuda de los Llanos; de la duquesa de las Torres, la condesa de Almodóvar; de la condesa de la Viñaza, la condesa viuda de Casa-Valencia, y de la marquesa de Silvela, la condesa viuda de los Llanos.

Además de las señoras mencionadas, concurrieron al acto las duquesas de Sessa, viuda de Sotomayor, Aliaga, Ahumada, Victoria, Plasencia, Montemar, Vistahermosa, Pastrana, Sotomayor y Canalejas.

Marquesas de Valdeolmos, Castelar, Santa Cristina, Salar, Rafal, Atarfe, Portago, Pozo-Rubio y Quirós, y

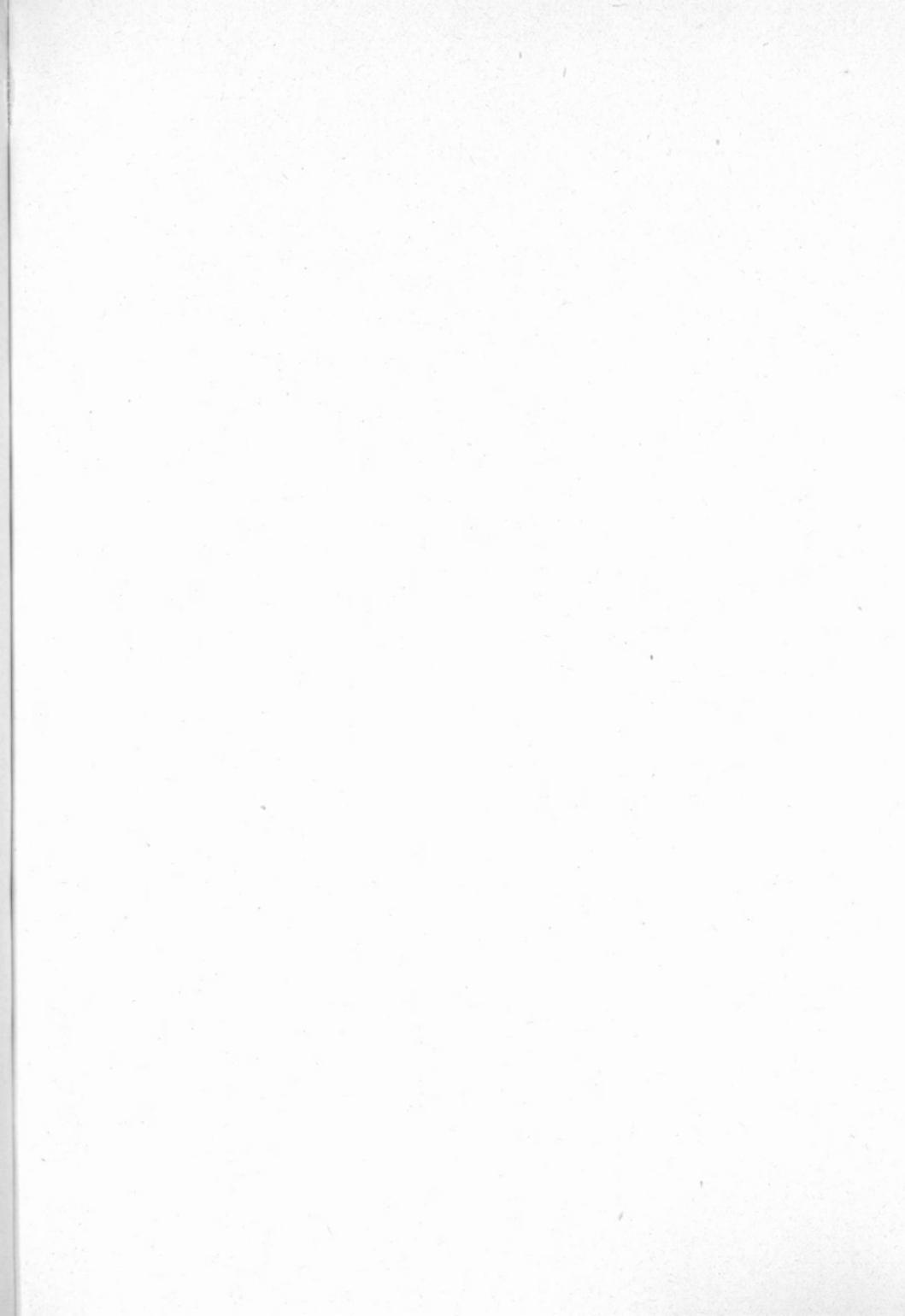
Condesas de Heredia-Spínola, Vía-Manuel, Romanones, Torre-Arias y Sástago.

Terminada la última ceremonia, todas las damas se pusieron de pie, y la Reina recorrió el círculo saludándolas.

La Soberana se retiró acto seguido a sus habitaciones, y las señoras que acababan de tomar la almohada se dirigieron, con la duquesa de San Carlos y las demás madrinas, a la regia cámara, donde fueron recibidas por el Rey, al que acompañaban los jefes de Palacio.

Después pasaron a complimentar a la Reina Doña Cristina.

Desde la pieza llamada *furriera* fué presenciado el acto por la Infanta Doña Isabel, los Infantes Don Carlos y Doña Luisa, muchos Grandes de España y distinguidas familias de la sociedad de Madrid.





Srta. Carmen Silvela y Castelló.

La señorita Carmen Silvela y D. Juan Gómez Acebo.

EN la capilla del Sagrado Corazón de Jesús se ha celebrado la boda de la bella señorita Carmen Silvela y Castelló, hija del diputado a Cortes D. Luis, con el joven y distinguido abogado D. Juan Gómez Acebo, hijo de los marqueses de Cortina.

La iglesia, que tan admirablemente se presta para estas ceremonias, estaba elegantemente adornada con plantas y flores.

Estas formaban guirnaldas, que pendiendo del techo se extendían hasta el altar mayor.

Numerosa concurrencia, en la que figuraban muchas distinguidas personas de la sociedad de Madrid, se reunió en el templo. En la calle se congregó el público para presenciar la entrada de los novios.

Llegaron éstos a las doce, y a los acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendelssohn, entraron en la iglesia.

Iba ella del brazo de su padre y padrino, que vestía el uniforme de jefe de Administración, y el Sr. Gómez Acebo, con uniforme de diplomático, daba el suyo a su madre y madrina, la marquesa de Cortina.

La novia estaba encantadora, vistiendo elegante traje de raso blanco, adornado de encajes. El velo, era magnífico, de encaje también. Lucía collar y pendientes de perlas.

La marquesa de Cortina llevaba traje negro, de raso, luciendo una diadema de brillantes.

Comenzó inmediatamente la ceremonia, colocándose a los lados de los novios, los padrinos y los testigos.

Eran éstos, por parte de la señorita de Silvela, el presidente del Senado, marqués de Alhucemas; el duque de San Fernando de Quiroga, el conde de Maluque y D. Mateo Silvela, y por la del novio, el presidente del Consejo de ministros, conde de Romanones; el secretario de S. M. la Reina Doña Cristina, conde de Aguilar, y D. Manuel y D. Miguel Gómez Acebo.

Bendijo la unión el obispo preconizado de Sigüenza, D. Eustaquio Nieto, que pronunció una sentida plática, y ofició en la misa el capellán del Sagrado Corazón, D. Manuel Horcajada.

Terminado el acto, los novios y sus padres recibieron cariñosas felicitaciones de la concurrencia.

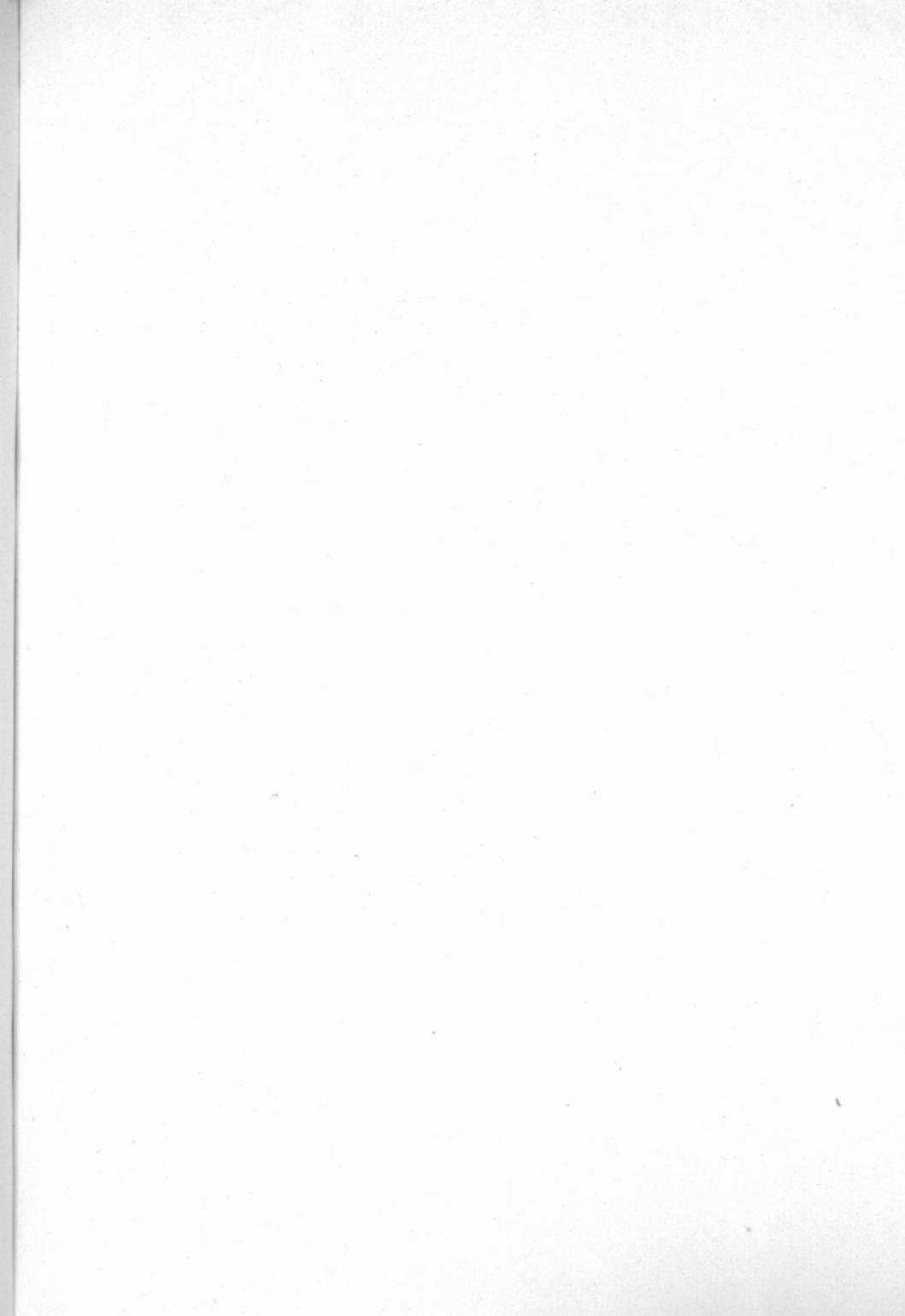
De ésta formaban parte, entre otras muchas señoras, las marquesas de Alhucemas, Ribera, Peñafiel y Valdeiglesias; condesas de Romanones, Aguilar y Maluque, y señoras y señoritas de Sáinz de Vicuña, García Prieto, Aguilar, López Dóriga, Escrivá de Romani, Portago, Travesedo, Gómez Acebo, Piñán, Cortezo, Topete y Escobar y Kirkpatrick.

Entre los caballeros figuraban los ex ministros conde de Esteban Collantes y doctor Cortezo, y los Sres. Vadillo (D. Javier), López Dóriga, Aguilar (D. Alberto) y Escobar y Kirkpatrick (D. José Ignacio).

Los invitados se trasladaron a casa del padre de la novia, donde fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.

Los nuevos señores de Gómez Acebo salieron esta tarde para Toledo y Andalucía.

Sea muy feliz el nuevo matrimonio.





Vizcondesa del Castillo de Genovés.

(Fot. Kaulak.)

En casa de los vizcondes del Castillo de Genovés.--D. Max Propper.

Los vizcondes del Castillo de Genovés, que acaban de llegar de Sevilla—el vizconde es el segundo jefe de Estado Mayor de aquella región—, celebraron ayer, rodeados de un grupo de parientes y amigos íntimos la ceremonia de consagrar su hogar al Sagrado Corazón de Jesús. Y aunque no puede calificarse de fiesta el acto de ayer, porque todo fué absolutamente en «petit comité», fiesta fué, y fiesta grande, ya que de fiesta ha de ser en una morada cristiana el día en que toda ella se consagra a la imagen divina del Redentor.

El padre Entrerría pronunció una oración sagrada muy elocuente y muy sentida; y después el vizconde tomó en sus manos la imagen del Corazón de Jesús, y seguido de todos los concurrentes—que cantaban el himno del Congreso Eucarístico—fué a depositarla en aquel saloncito de las blancas tonalidades en el que suele hacerse la tertulia. Y allí quedó la sagrada figura alzada sobre rojas y blancas florecillas y profusamente iluminada.

Figuraban entre los reunidos la baronesa de Cortes y sus hijas—por fortuna, su hija, la señora de Sánchez Guerra, que se halla en Alicante, se encuentra más aliviada—; la baronesa viuda y los barones del Castillo de Chirel y la señorita de Frigola; los marqueses de Zugasti, la marquesa del Salar, los marqueses de Almunia y su hija; los condes de Coello de Portugal y dos de sus hijas; los mar-

queses de la Ribera y sus hijos los señores de Piñán; la señora de Bermúdez de Castro y la señorita de Quiroga y Nava Ossorio, la señora de La Cierva, las señoras viudas de Dupuy de Lome y de Díez-Martain, los barones de Covadonga, la señorita de Rábago, el coronel Brull y el Sr. Escrivá.

Y como la vizcondesa del Castillo de Genovés y la señorita de Frígola y Muguero celebraban hoy su santo, recibieron de los reunidos anticipadas felicitaciones.

En el comedor se sirvió un espléndido té.



El día 26 falleció otro querido amigo nuestro, hombre de sociedad y hombre de negocios, muy trabajador, muy amable, muy bueno, muy simpático: D. Max Propper.

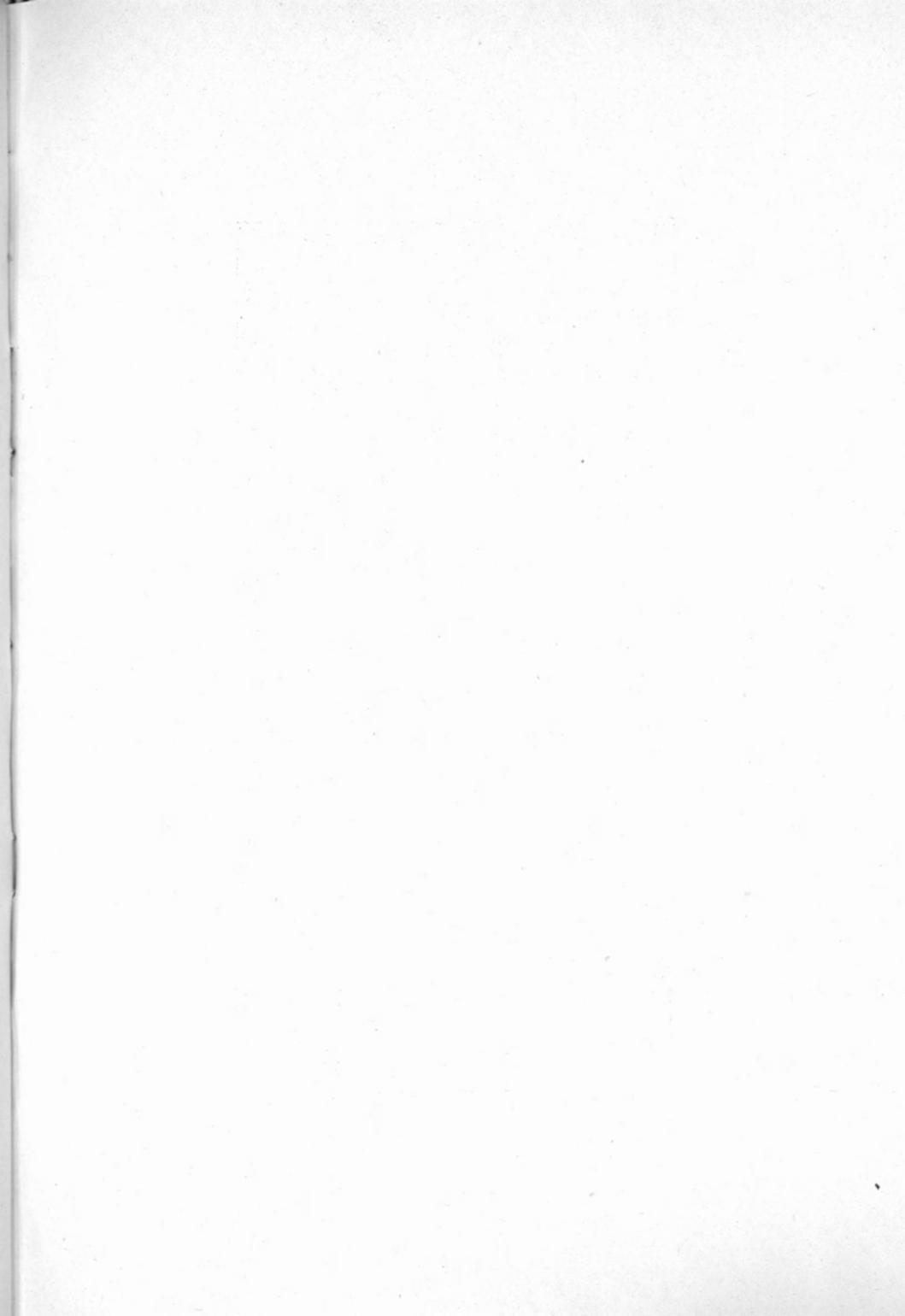
La grave dolencia que padecía... le venció al fin. ¡Pícara Muerte que siempre ha de triunfar!

Max Propper nació en Praga (Bohemia), se educó en París con los hermanos de su madre y más tarde vino a España, en donde se naturalizó el año 90.

Estaba casado con D.^a Juana Callejón y deja tres hijos: Juan, Armando y Eduardo.

La muerte del Sr. Propper ha sido muy sentida en los círculos madrileños aristocráticos y financieros.

Y nosotros enviamos nuestro pésame muy sentido a cuantos lloran la desaparición del cumplido caballero.





Don Max Propper.

Nuevos caballeros de Calatrava y de Alcántara.

EN la Iglesia de las Calatravas se reunieron esta tarde, a las cuatro y media, los Capítulos de las Ordenes militares de Calatrava y Alcántara, con asistencia del de Montesa, para armar caballeros y vestir los hábitos de la primera de dichas Ordenes a don José Joaquín y D. Joaquín de Béthencourt Domínguez Ginori y Caro, y de la segunda al duque de Medina de las Torres.

Presidió el Capítulo de Calatrava el comendador mayor de Aragón, marqués de la Mina, y fué padrino de los Sres. Béthencourt, su hermano D. Juan. A D. José Joaquín de Béthencourt le calzaron las espuelas el marqués de Acha y el conde de Torrejón, y a don Joaquín, los Sres. D. José Urbina y Moreno y D. Luis Pérez de Guzmán.

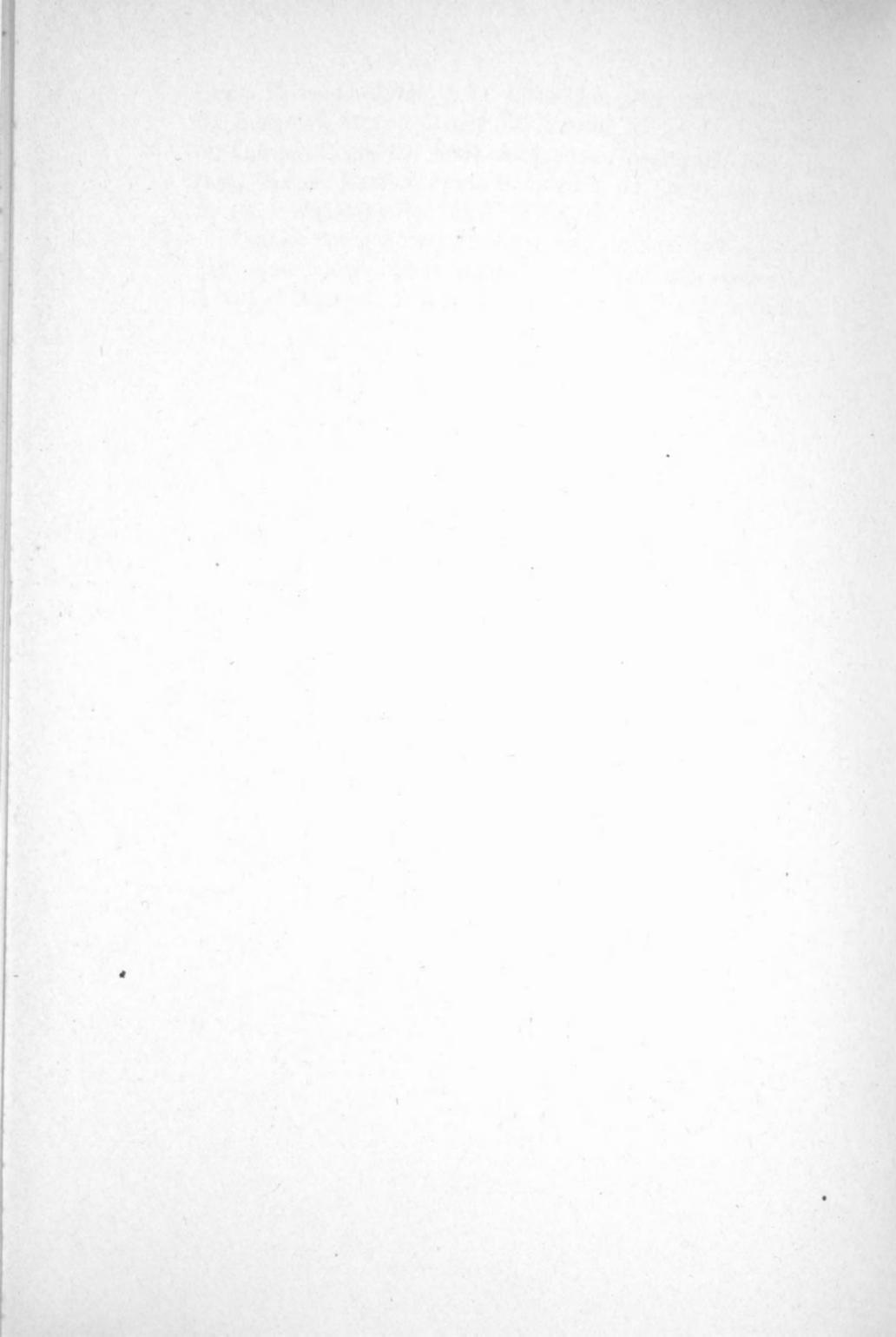
El Capítulo de Alcántara lo presidió el clavero de la Orden, duque de Sessa. Padrino del duque de Medina de las Torres fué el marqués de Velada, y calzaron a aquél las espuelas el marqués de Portago y el conde de Ardales del Río. Bendijo los hábitos el capellán de honor D. Gonzalo Morales de Setién.

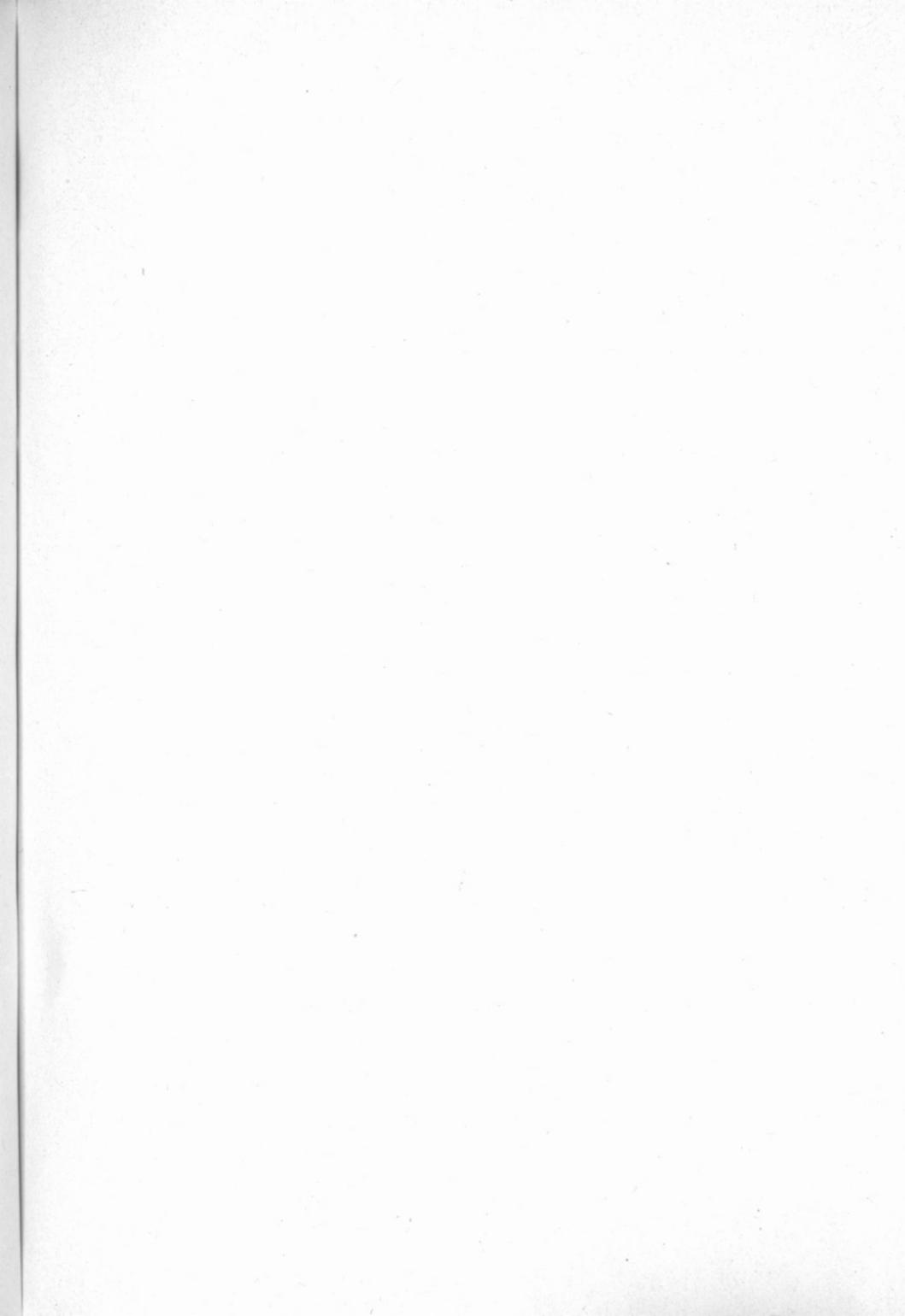
Concurrieron, además, al acto, entre otros caballeros de las tres Ordenes, los marqueses de Casa-Pizarro, San Vicente, Quirós, Melgarejo, Laurencín, Hermida, Huerto de Santillán, Marbais y González Castejón; los condes de Pozo Ancho del Rey, Cabra y Creixel; el vizconde de Roda, y los Sres. Falcó (D. Manuel y don

José), Barón (D. Alvaro y D. Leopoldo), Díez de Rivera, Acha (D. Eduardo), Alcázar, Acuña (D. Antonio María y D. José), Suárez Guanes, Coello (D. José), Alcántara, Márquez (D. José y don Juan), Muñoz, Morales, Pérez de Guzmán (D. Juan), Allendesalazar (D. Francisco) y Sanchiz (D. Tomás).

También concurrió al acto numerosa y distinguida concurrencia que fué obsequiada con artísticos sortijeros—diremos «creación» de la casa Hidalgo—de tisú, cristal y piel, con la Cruz de la Orden.

ABRIL - 1917







Isabel de Bourbon

(Fot. Kaulak)

El baile de la Cruz Roja.

VIVA la Infanta!

Así debemos comenzar esta crónica de hoy, que ha de reseñar el baile celebrado anoche en los salones del Hotel Ritz, a beneficio de la Cruz Roja del distrito de Palacio. Y aún hemos de repetirla otra vez, porque bien merece la repetición del viva la augusta señora.

—¡Viva la Infanta!

No hace falta decir—¿verdad que no?—de qué Infanta se trata. La Infanta... es la Infanta Isabel, española entre las españolas y madrileña entre las que más lo sean.

Al pie de un retrato de la Infanta Doña Isabel, con que honro y una de las páginas de mi libro «Fiestas aristocráticas», aparece: «S. A. R. la Infanta Doña Isabel, que es como decir un gran pedazo del corazón de España y el corazón entero de Madrid». Y eso repito ahora. Porque la Infanta, nuestra Infanta, es adorada por todos, admirada por todos, por eso, por eso que dice el pie del retrato de mi libro, porque es España, con toda la generosa hidalguía de los españoles, con toda su sencilla amabilidad, con todas las bondades de su alma.

La fiesta de anoche, presidida y organizada por la Infanta, fué un éxito, un gran éxito, un éxito brillantísimo y extraordinario.

La Infanta preside la Junta de damas de la Cruz Roja del distri-

to de Palacio, y a beneficio de esta Cruz Roja era la fiesta; por eso se adornaron ayer el comedor, el «hall» y el salón de fiestas del Ritz con cruces rojas formadas de claveles del color de la grana; por eso las damas que asistieron lucían sobre su pecho el distintivo honroso de la humanitaria institución.

¡La Cruz Roja! ¡Qué hermosa, qué noble, qué benemérita institución! ¿Hay alguien que no pertenece a la Cruz Roja? La Cruz Roja nos habla de amor a nuestros semejantes, de piedad para los que sufren, de caridad para los que lloran, de mitigar dolores, de aliviar pesadumbres, de cerrar heridas que abrieron los horrores de la guerra...: nos habla de amor—ya lo hemos dicho—, de un amor santo y puro que todos sentimos. ¿Hay alguien que no pertenezca a la Cruz Roja?

¡Cómo estaban anoche los salones del Ritz! Vamos a ver si detallamos algo de la fiesta.

Pero antes, lo primero de todo, queremos consignar aquí nuestro aplauso más entusiasta para la Infanta Doña Isabel, que personalmente se ha ocupado de la organización de la fiesta con un gran entusiasmo y que en algún momento llegó a pensar con cierto asomo de duda si sería éxito el baile. ¡Cómo no había de serlo organizado por S. A! Felicitación que queremos sea extensiva para la condesa de Vía-Manuel, vicepresidenta de la Junta; para la marquesa de Almaguer, tesorera; para la Srta. Juana Bertrán de Lis, secretaria; para todas las damas vocales y que se llaman: condesa viuda de Aguilar de Inestrillas, señora de Luque, esposa del ministro de la Guerra; señora de Ruiz Jiménez, esposa del ministro de la Gobernación; marquesa de Alhucemas, esposa del presidente del Senado; marquesas de Monteagudo, Atarfe, Castelar, Viana y viuda de Salas; condesas de Aybar, Grove y Villamarciel; señoras de Aznar, Marina, La Clerva, Rubio, Peinador, Torres, Chacón, Moreno y Ossorio, Gobart y Berenguer, y señoritas de García San Miguel, Coello y Pérez del Pulgar, Lóriga, Bascaran y Carrasco.



Muchas familias aristocráticas se habían dado cita para comer en el Ritz. Era muy agradable esperar allí la hora de la fiesta. Y se

organizaron con anticipación varias mesas. Figuraban entre los comensales el embajador de Alemania y las Princesitas de Ratibor y de Thurn et Taxis, el de Austria-Hungría y la Princesa de Furstenberg, el ministro de Holanda y Mme. Van-Royen, el encargado de Negocios de Turquía y Mme. Zia-Bey, el ministro de la Guerra y la señora de Luque, el de Hacienda y la bella marquesa de Alba y su encantadora hija, la Princesa y el Príncipe Pfo de Saboya, la duquesa y el duque de Arcos, la duquesa viuda de Sotomayor y sus hijas la condesa de Buenavista de la Victoria y señorita de Guillamas; el conde de la Mejorada, los Sres. Muguero y Sartorius, la marquesa de Portago y su hija, la marquesa y el marqués de Mohernando, los señores de Lombillo, la señora y el señor de Rubianes, condesa de Maceda y señorita de Santa Marina, los señores de Ibarra, D. Juan Antonio Beistegui, el conde de San Luis, la condesa viuda de Gomar, Mrs. Post, Mrs. Gilne, D. Eusebio Güel, los señores de Requejo y los de Iradier, la condesa d'Orsay, el marqués de Elduayen y su hija, la marquesa de Argüelles con sus hijos y los recién casados señores de Nárdiz y señores de Cuesta, duquesa y duque de Tarancón, duquesa y duque de la Victoria, señores de Merry del Val y de Aguilar, Silvela, Donadío y algunos más.

A las diez—hora anunciada—el «hall» comenzó a animarse; iban llegando los concurrentes al baile; los diversos tonos de «las toilettes» iban formando pintoresco conjunto; refulgían los brillantes de las diademas; destacábanse los lazos rojos de damas de la Reina. ¿Quién reunía allí tan aristocrático conjunto? Dos nombres fueron el poderoso talismán: el de la Cruz Roja y el de la Infanta Doña Isabel. Y los concurrentes iban llegando y los salones—menos el de baile, que no se abrió hasta la llegada de SS. MM.—se fueron abri-llantando. Una sección de la Cruz Roja del distrito de Palacio, con su presidente, Sr. Morales, formaba a la entrada del «hall».

El sexteto Malé y la música de Boldi entonaron la marcha de Infantes. ¿Quién llegaba? La Infanta, la Infanta que, como presidenta de la Junta, llegaba tempranito para recibir a las demás personas reales. Ella, a su vez, fué recibida por todas las damas de la sección, a quienes acompañaba, de uniforme y banda del Mérito Militar, el general Mille, comisario regio de la Cruz Roja Española, quien recibió muchas enhorabuenas por la franca mejoría de su es-

posa. Acompañaban a S. A. su dama, la señorita Juana Bertrán de Lis, y su lealísimo secretario, el conde de Pozo Ancho del-Rey.

Recorrió todo S. A., lo vió todo, lo inspeccionó todo.

Todo estaba muy bien.

Volvieron a sonar los acordes de la marcha de Infantes. Llegaban SS. AA. el Infante Don Fernando—de uniforme—y la duquesa de Talavera. Poco después fueron saludados con los mismos honores los Infantes Don Carlos—de húsar—y Doña Luisa.

Seguía llegando gente. Apenas si se podía transitar por el amplio jardín de invierno. Había un dulce rumor de conversaciones. Las personas reales saludaban a cuantos conocían.

Entró, acompañada de su hijo D. Antonio, la marquesa viuda de Hoyos. Fué la Infanta hacia ella, al tiempo que la dama iba hacia Su Alteza, y con gran cariño le dijo:

—Ya sabía yo que usted no faltaría. Se ha atrevido usted... Se lo agradezco mucho.

Porque la marquesa viuda de Hoyos, delicada todo el invierno, hacía anoche su primera salida. Por eso la Infanta, ofreciéndole un puesto a su lado, mientras esperaban la llegada de los Reyes, le agregó:

—La valiente. ¡Qué valiente!

¿Vienen los Reyes? ¿Tardan los Reyes? Hay un movimiento de curiosidad entre los reunidos. Todas las miradas van hacia la puerta de la calle de Felipe IV. La Infanta se levanta de su asiento, y con las señoras de la Junta y con el comisario regío van a recibirlos. Una mano, la de Montllor—que corre ágil y nervioso de un lado para otro, dictando órdenes, disponiendo detalles—se agita en lo alto. Aquella mano con aquel movimiento quiere decir:

—A ver, músicos, la Marcha Real.

Y Boldí y Malé, con sus huestes respectivas, entonan la Marcha Real. Se abren las puertas y el frío de la calle hiela por unos instantes nuestros cuerpos. Entran los Reyes, con la duquesa de San Carlos, el marqués de la Torrecilla y el duque de Santo Mauro. La Infanta, las damas de la Junta, Mille y Corradi—como inspector general de la Sociedad—, que viste de artillero, reciben a Sus Majestades. A la Reina le entregan un hermoso ramo de rojos claveles.

—A ver, señores, hagan el favor de abrir paso; a ver, señores,

hagan el favor de sembrar el suelo de flores... que va a pasar la Reina.

La Reina, sí. Reina de la hermosura, Reina de la bondad, Reina de España.

Y pasa la Reina, soberanamente elegante, con un soberbio vestido de tisú de oro, firmado por Worth, que lo estrenó en honor a la fiesta. Hemos puesto que soberanamente elegante, ¿no es eso? Pues ahora diremos que soberanamente bella. Y pasa el Rey—con uniforme de capitán general de diario y el Toisón de Oro—. Y se abre el salón de baile y a él pasan las personas reales, y cerca de ellas toman puesto las damas de la Reina, y los que pueden se sientan y otros quédanse en pie, y la juventud empieza a bailar, y aquel salón nos parece un jardín, y, en suma, que la fiesta está en todo su apogeo y en todo su esplendor.

En un descanso el Rey se levanta y sale del salón de baile. ¿Dónde va Su Majestad? Va al «hall». Allí se sienta y enciende un cigarrillo, mientras conversa con el presidente del Senado y el ministro de Hacienda. Y la juventud sigue bailando y siguen sonando los acordes de «S. M. el chotis» y de los más elegantes valsos.

El Rey vuelve de nuevo al salón, y a la una todas las personas reales se disponen a abandonar la fiesta. Salen.

—Enhorabuena—dice Su Majestad a las señoras de la Junta—. Ha sido un éxito.



¿Hemos dicho que fueron mil quinientos los concurrentes? Pues, entonces, amable lector, no puedes tú esperar de mí que yo te cite a todos, sino únicamente a los que recuerde. Y son los siguientes:

Duquesa del Infantado, duquesa de Aveiro, con sus hijas; condesa de Torre-Mata, esposa del ministro de Instrucción pública; duquesa de Santo Mauro, con la bellísima María Henestrosa y la encantadora señorita de Heredia, que está pasando una temporada en el palacio de los duques de Medinaceli; duquesa de Parcent y esa gentilísima hermosura que se llama Piedad Iturbe; baronesa Gudemos, condesa de Alcubierre y su hija la encantadora marquesita de Espinardo, y su sobrina la señorita de Sentmenat; vizcondesa de Portocarrero y su sobrina la linda Pomposa Villavieja; la

marquesa de Argüeso, la condesa de Torre-Arias, la condesa de Caudilla y las encantadoras señoritas de Chaves.

Entre las jóvenes que se presentaban por primera vez en sociedad figuraba una preciosa señorita de Díaz-Agero, nieta del conde de Malladas. Después de larga ausencia aparecía en los salones la marquesa de Prado-Ameno, con sus hijas.

Vimos también a la señora del general Borbón, con su hija Blanquita, una belleza, recién puesta de largo, que asistía a su primer baile; a las duquesas de Medina de Ríoseco y de Canalejas; a las marquesas de Bendaña, San Miguel de Híjar, Caicedo, Ivanrey, Atalayuelas, Vista-Alegre, Puebla de Rocamora, viuda de Hoyos, Salar, Benicarló, Valdeiglesias, Bóveda de Limia, Luque, Albaserrada, Tenorio, Aguila Real y Frontera; condesas de Aguilar, Fuente-Blanca, Artaza, Buena Esperanza, Torre de Cela, Saceda, Limpías, Villamonte, Benadito y Crecente; vizcondesa de los Antrines, vizcondesa del Castillo de Genovés; señoras y señoritas de Villanueva, Frigola, Collantes, San Juan de Piedras Albas, Amaya, Aisa (linda hija menor de los barones de la Torre), Muguíro, Despujol, Aguilar, Santos Suárez, Baquera, viuda de los Ríos, Alonso, Zavala, Zulueta, Bosch, Bertrán de Lis, Rózpide, Iburgüen, Ruata, Quiroga y Navia Osorio, Cavalcanti de Albuquerque, Cárcer, Antequera Orfila, Piñeiro, Vadillo, Finat, Scláfani, Canillejas, Semprún, Alonso Martínez y su preciosa hija, Travesedo, Saavedra, Pereira, Bermejillo, Reynoso, Mazorra, Meyendorff, con las encantadoras señoritas de Arce, de distinguida familia gallega; Bermúdez de Castro, Pidal, Tovar de Andreu, Fernández Laza, Figueras, Campuzano, Villar y Villate, Sánchez de Tirado, Zulueta, Elío, Alcázar y Mitjans, Núñez de Prado, Corradi, Liñán, Cueva, Zubiaurre, Gamboa, Lamarca, Fernández de Robles, Bernaldo de Quirós, Sanford, Finat y Rojas, Turnes, Cantos (D. Vicente), López de Ceballos, Collantes, Cristina Borbón, Canillejas, Argüelles, Oruña, Chacón, Cabeza de Vaca, Quiroga, Gordón Wardhousse y muchos más.

A las dos y media abandonó el Ritz S. A. la Infanta Doña Isabel, después de haber hecho los honores con singular encanto.

Aquel temor que le hacía preguntar: «¿Será éxito el baile?», le habrá desaparecido. Fué una gran fiesta. Y, además, vió nuevamente cómo Madrid entero la quiere y la respeta.

El marqués de Miraflores.

EN su palacio de la Carrera de San Jerónimo, cuya artística y característica portada parece fiel reflejo del culto a la tradición que en aquella casa se guarda, ha fallecido hoy el anciano e ilustre prócer D. Honorio de Samaniego y Pando, que ostentaba el título histórico, y popular a la vez, de marqués de Miraflores.

Desde hace muchos años encontrábase enfermo, y apenas salía de su palacio más que en contadas ocasiones. Pero no ha sido la enfermedad la causa de su pérdida: ha muerto más bien de vejez, pues contaba ya ochenta y cuatro años. Su vida se ha extinguido dulcemente por agotamiento de sus energías.

Pertenecía el ilustre finado, por su padre, a la familia de los Samaniego, de los marqueses de Valverde de la Sierra, y por su madre, a la del famoso político Moñino. Era hijo de D. Manuel María de Samaniego y Asprer, vizconde de la Armería, y de D.^a Carlota Ignacia Pando y Moñino, tercera marquesa de Miraflores y sexta de Casa-Pontejos.

El marqués de Miraflores, que llevó en su juventud el título de vizconde de la Armería, y luego el de conde de Villapaterna, nació el 3 de Septiembre de 1833. Era Grande de España, senador por derecho propio, gentilhombre de S. M., caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, gran cruz de Carlos III y de Isabel la

Católica y maestrante de Valencia. Fué también primer montero del Rey Don Alfonso XII, al que con tanta lealtad sirviera.

Estuvo casado con D.^a Filomena Fernández de Henestrosa y Montenegro, dama de la Reina y aya de las malogradas Princesa de Asturias e Infanta María Teresa, perteneciente a la ilustre familia de los marqueses de Villadarias y Casa-Henestrosa, príncipes de Santo Mauro. De este matrimonio no han quedado hijos.

Hermana del finado, con la que vivía, es la ilustre y bondadosa señora D.^a Genoveva de Samaniego, actual marquesa de Casa-Pontejos, viuda del marqués de Martorell, que durante muchos años ha sido dama particular de la Reina Doña Cristina, que tan sincero afecto la profesa.

Son sobrinos del difunto los hijos de esta dama, D. Pedro Alcántara Alvarez de Toledo, actual marqués de Martorell; D. Manuel, marqués de San Felices de Aragón; D. Alonso, marqués de Villanueva de Valdueza, y D. José, conde de la Ventosa.

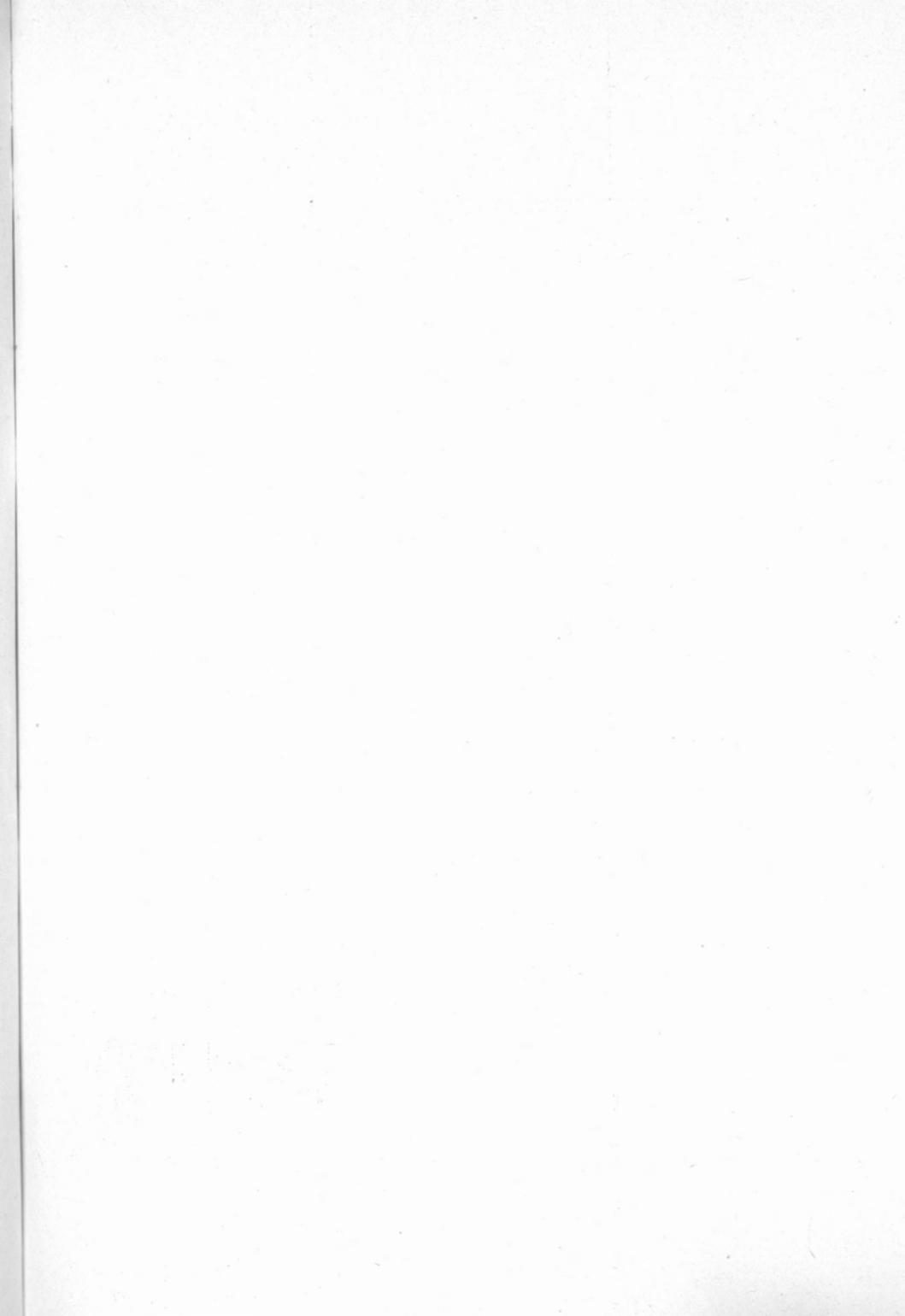


En esta ilustre y respetable familia se ha perpetuado la tradición de la lealtad monárquica más fervorosa. El palacio de los marqueses de Miraflores fué en la época de la Revolución uno de los pocos centros en que se reunían los partidarios de la Monarquía legítima.

A él concurrían Cánovas del Castillo y otros muchos hombres políticos. En aquel famoso salón, que ha de ocupar un lugar en la historia de la sociedad de Madrid, se trabajaba sin descanso por la Restauración.

Aún recordarán algunos a aquella bondadosa marquesa de Miraflores, anciana ya, pequeñita de cuerpo, pero de espíritu alentado, que presidía la famosa tertulia.

Esta tradición de lealtad y consecuencia fué mantenida honrosamente por el caballeroso marqués que acaba de fallecer. Servidor fidelísimo de sus Reyes, hubiera dado por ellos la vida, como los antiguos nobles. Así se captó el afecto de sus Soberanos, como conquistó el respeto y la simpatía de cuantos tuvieron el gusto de tratarle.





Bautizo de la hija de los condes de Revilla-Gigedo. Invitados saliendo de Palacio después de la ceremonia.

(Fot. *Marín y Ortiz.*)

La hija de los condes de Revilla-Gigedo. Bautizo en el Regio Alcázar.

EN Palacio se ha celebrado esta mañana el bautizo de la hija recién nacida de los condes de Revilla-Gigedo, a la que Sus Majestades,—como a todo primogénito de Grande de España—se han dignado apadrinar.

La ceremonia, que se verificó en la Regia cámara, revistió la brillantez de los actos de Corte.

La recién nacida, envuelta en ricas batistas y llevada en brazos de su nodriza, fué conducida a Palacio en un coche de la Real Casa, de los llamados «de París». Con ella se trasladaron al Alcázar su ilustre abuela, la condesa viuda de Revilla-Gigedo, y su padre, el conde del mismo título, que vestía el uniforme de maestrante de Valencia.

Ya en Palacio, subieron por la escalera del Príncipe y se trasladaron a la cámara, adonde ya se había trasladado procesionalmente, desde la capilla Real, el clero palatino, con cruz alzada, presidido por el obispo de Sión.

En el centro de la estancia había sido instalada la pila de la capilla.

No tardaron en llegar SS. MM. y AA. y las demás personas que habían de asistir. El Rey vestía uniforme de capitán general y cruzaba su pecho con la banda de la gran cruz roja del Mérito Militar. La Reina Doña Victoria lucía traje blanco. Tanto la Soberana,

como la Reina Doña Cristina y la Infanta Doña Isabel, llevaban mantillas negras.

Se hallaban presentes, además, las duquesas de San Carlos y Conquista, los marqueses de la Torrecilla y Viana, el duque de Santo Mauro, el príncipe Pío de Saboya, el general Aznar, el conde del Grove, los ayudantes de S. M., Sres. Losada y marqués de Bóveda de Limia, y el oficial mayor de Alabarderos, teniente coronel Merello.

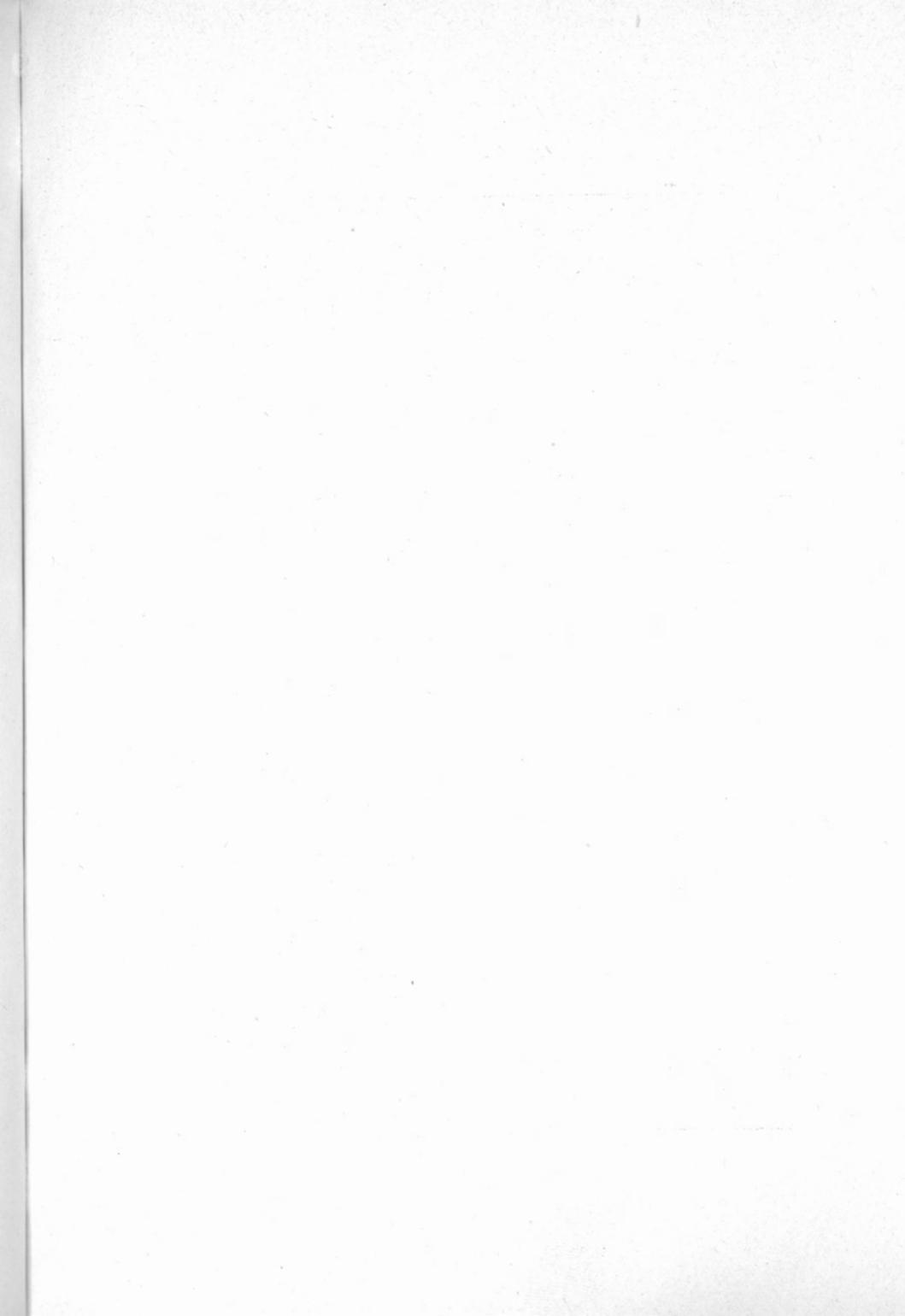
Entre otras damas de la Reina, asistían las duquesas de Pínohermoso y Unión de Cuba, las marquesas de Comillas, Castelar, Bendaña, Rafal y Quirós, y las condesas de Alcubierre, Romanones y Sástago. Como Grandes de España, de guardia con los Reyes y la Reina Doña Cristina, concurrieron los duques de Bivona y Arión.

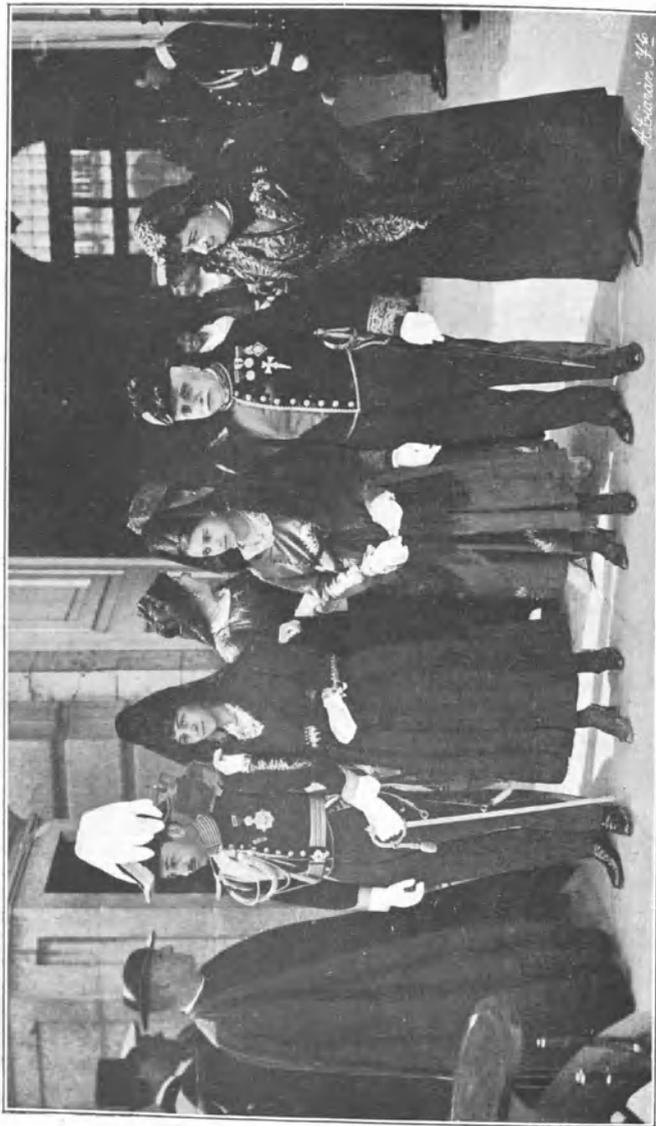
De damas particulares se hallaban las señoritas de Carvajal y Quesada, Heredia, Loygorri y Bertrán de Lis (Margot), y entre otros invitados particulares, los marqueses de Figueroa, el marqués viudo de Canillejas y sus hijas, la condesa viuda de Adanero, la condesa del mismo título, los marqueses de Oquendo, las señoritas de Perales, los señores de Argüelles y de Gil Delgado, y otras personas de la familia de los condes de Revilla-Gigedo.

Los Reyes, en persona, sostuvieron en brazos a la recién nacida, durante el acto. El obispo de Sión administró a la niña las aguas del Jordán, imponiéndole los nombres de Victoria Augusta Rafaela Blasa de los Sagrados Corazones y de Todos los Santos.

Terminada la ceremonia, los Reyes, la Reina Doña Cristina y la Infanta renovaron al conde de Revilla-Gigedo sus enhorabuenas, y entregaron para la recién nacida ricos presentes.

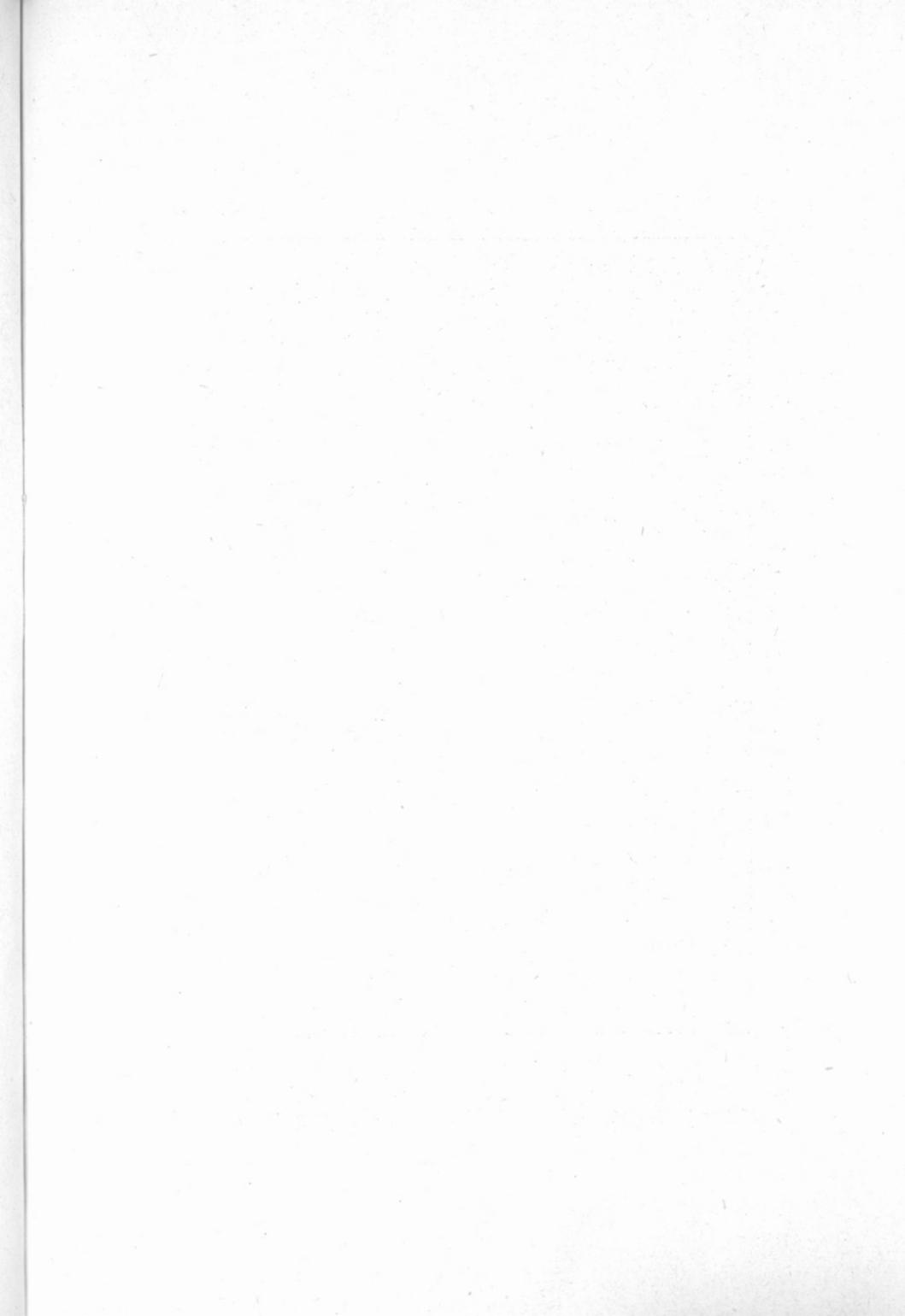
Por el domicilio de los condes de Revilla-Gigedo desfilaron hoy, felicitándolos, muchas personas de la sociedad de Madrid.

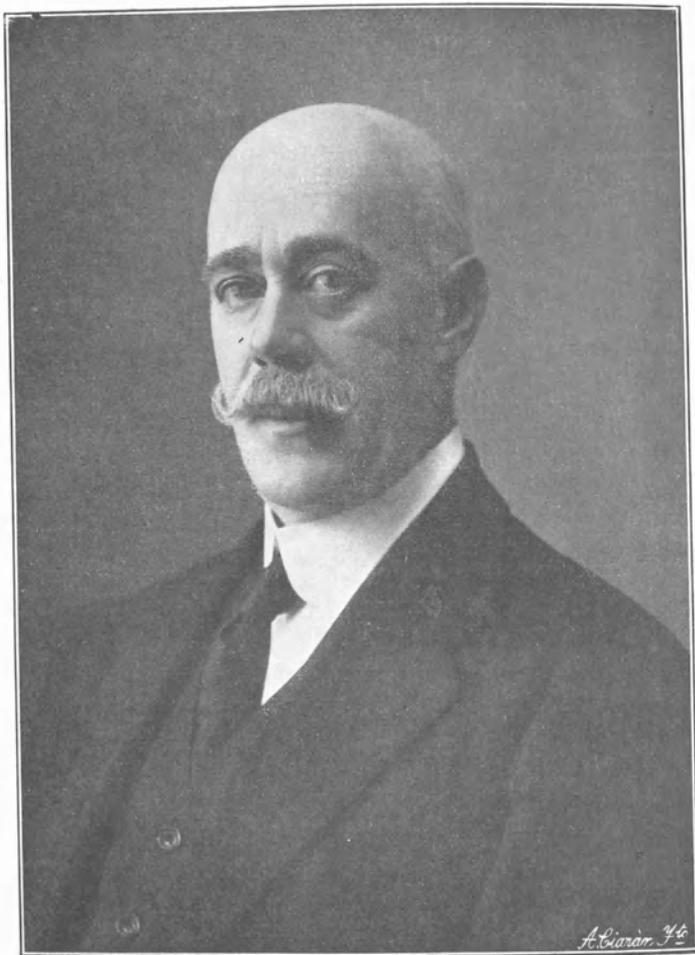




Bautizo de la hija de los condes de Revilla-Gigedo. Invitados saliendo de la ceremonia.

(Fot. *Marín y Ortiz.*)





D. Alfredo Ruiz del Castillo.

(Fot. Amaré.)

El coronel Ruiz del Castillo.

LA primera nota de nuestros «apuntes» de hoy es una nota triste. Decíamos anoche que se encontraban en Sevilla los marqueses de Amboage con su padre, el coronel Sr. Ruiz del Castillo, y que este ilustre militar se sintió enfermo desde el día mismo de su llegada a la capital andaluza.

—¿Cómo está?—preguntábamos.

—Se encuentra mejor, mucho mejor.

Pero hoy, antes de que preguntásemos nada, nos lo han dicho todo.

El Sr. Ruiz del Castillo ha muerto ayer tarde.

Le vimos hace cinco días; hace cinco días, le despedimos con sus hijos camino de Sevilla.

—¡A Sevilla!

—¡A la tierra de María Santísima!

—¡A la feria!

Pero toda aquella satisfacción que se vislumbraba ha sido tronchada por la muerte. Ha muerto un militar, ha muerto un caballero, hemos perdido un buen amigo.

¡Y esto es lo peor, lector! Que se van yendo no sé cuantos afectos, que vamos perdiendo no sé cuántos cariños y que nos vamos quedando un poco desamparados de antiguas amistades. ¡Designios de la vida! ¡Y qué hemos de hacerle!

Sentimos muy hondamente la muerte de D. Alfredo Ruiz del Castillo. Su porte era el de los antiguos españoles, leales, hidalgos; su carácter franco, sincero; su figura gallarda, apuesta, gentil; su aire distinguido, elegante; su corazón como el de un niño, a pesar de estar encerrado en aquel cuerpo de hombretón.

¡Adiós, mi coronel, adiós!

Hace un año y tres meses perdió a su madre; en su busca se ha ido él, sin duda. Pero, ¡ay!, que deja aquí unos hijos—los marqueses de Amboage—y unos nietos a los que les hacía mucha falta y a los que acompañamos en su duelo.

No le veremos más.

Entre sollozos ha sucumbido nuestro buen amigo en su habitación del Hotel París de la ciudad de la Giralda. ¡La Giralda!

Por verla una vez más tan bella y tan gentil fueron a Sevilla los marqueses de Amboage y su padre. Y ante ella, los hijos han cerrado sus ojos anegados en llanto y el padre los ha cerrado para siempre.

Mañana, a las siete de la misma, llegará el cadáver a Madrid.



¿Cuántos rasgos podríamos contar del coronel Ruiz del Castillo? Muchos, muchos. Pero relataremos sólo uno que le retrata de cuerpo entero.

Funcionaba el teatro Cervantes. La temporada no iba bien. La empresa no era fuerte. Los artistas temblaban ante un cierre próximo. ¿Qué iba a hacer tanta gente si se suspendían las funciones?

Un día el empresario... dejó de serlo. Los artistas se alarmaron. —Nos quedamos en la calle—decían.

El representante fué entonces a casa del ilustre coronel que se encontraba enfermo.

—Señor, ahí está el representante de la empresa.

—Que pase.

—Le hemos dicho que el señor está en cama.

—Que pase—replicó.

Y entró el Sr. I. y le contó no sé cuantas cosas, no sé cuantas lástimas. Ellos, los actores, no tenían la culpa.

Y contaban todavía con algunas obras y muchas esperanzas.

—Bueno, bueno—dijo el Sr. Ruiz del Castillo—. Sigán ustedes, no paguen alquiler. Si ganan ustedes, repártanse las utilidades y... a vivir. Si pierden...

Aquello fué la salvación. El representante fué acogido en el teatro con infinito regocijo.

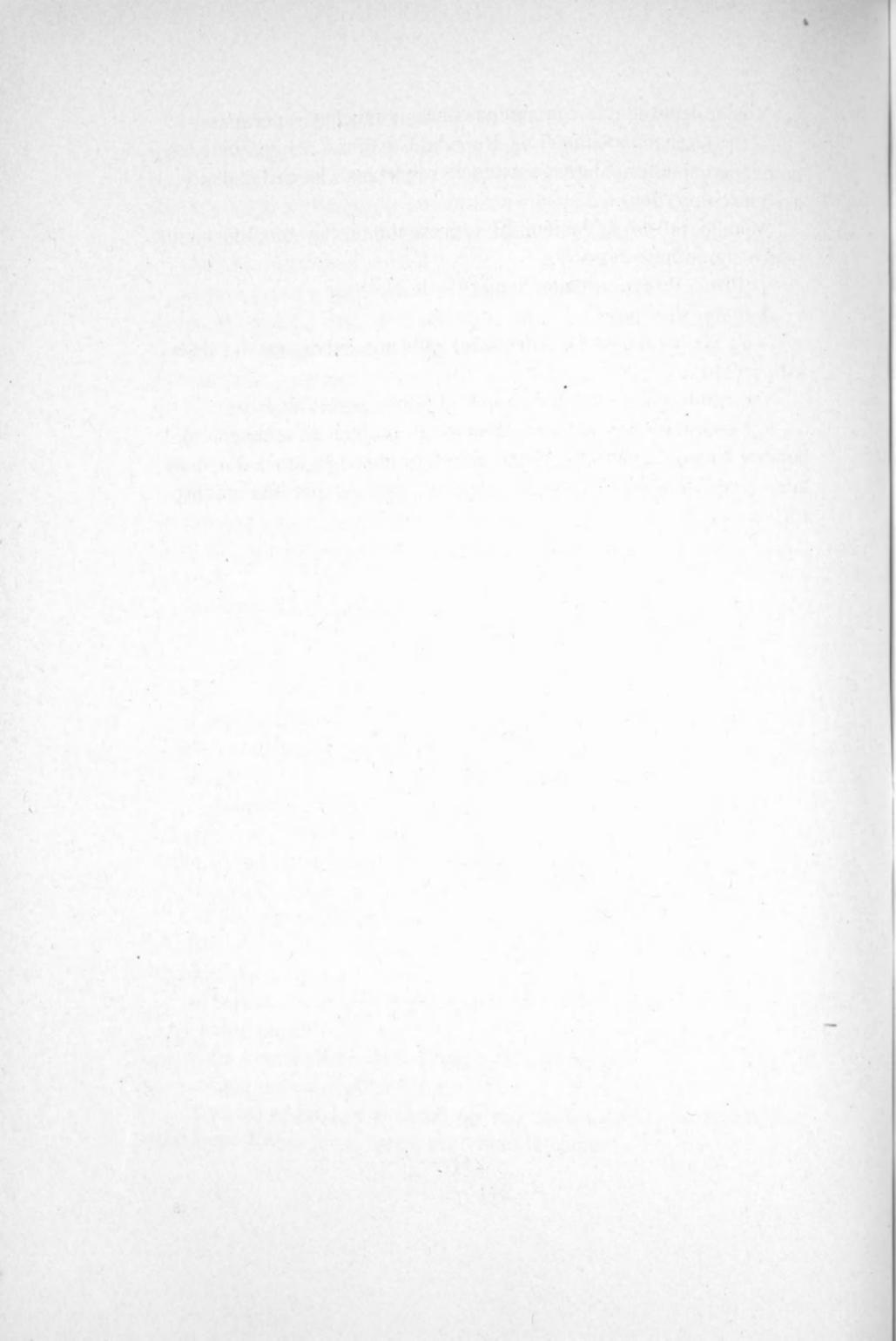
—¡Bravo, bravo, eres un hombre!—le dijeron.

A lo que él repuso:

—Yo no, yo no; es D. Alfredo el que nos salva; me ha dicho esto y esto...

Y contó lo que le había dicho. Y el teatro siguió abierto.

Por eso todos los actores, al saber la noticia de la muerte del hombre bueno, firmaron llorando un telegrama dirigido a los marqueses de Amboage, en el que decían: «Hemos perdido un protector.»





La condesa de los Corbos.

La condesa de los Corbos y D. Fernando Márquez de la Plata.

EN el histórico palacio de los Carvajales, que posee en Cáceres la marquesa viuda de Camarena, se celebró ayer la boda de la bella Srta. María Justa Carvajal y López-Montenegro, condesa de los Corbos, con D. Fernando Márquez de la Plata y Angioletti, maestrante de Zaragoza (de la Casa de los marqueses del Pedroso).

El oratorio de la casa, en cuyo altar se destacaba una magnífica talla antigua del Cristo llamado de los Carvajales, estaba preciosamente adornado con flores.

La novia vestía magnífico traje blanco, adornado de azahar, luciendo ricas joyas, entre ellas un hermoso collar de perlas, regalo de su madre, y un reloj antiguo con artísticas miniaturas, rodeado de perlas, uno de los regalos de la madre del novio.

Fueron padrinos la madre de la novia y el marqués de Casa-Real, hermano del novio, y actuaron de testigos: por ella, el marqués de Camarena, el conde de Trespalacios y D. José Gonzalo López-Montenegro, y por el novio, en representación del Hermano mayor de la Maestranza de Zaragoza, el conde de Monterrón, marqués de Monroy y el marqués de Castilleja del Campo.

La boda se celebró en familia por el reciente luto del novio.

Los recién casados marcharon al castillo de Herguijuela, que en las proximidades de Cáceres poseen los marqueses de Camarena. Sean muy felices.

Un té.

LOS señores de Márquez de la Plata (D. Florencio), que cuentan ya en la sociedad madrileña con muchas amistades, conquistadas por su amabilidad y su cultura, reunieron ayer tarde en su elegante piso del paseo de la Castellana a un número reducido de sus más íntimos amigos. Y con el pretexto de ofrecerles una taza de té, les brindaron un espléndido «buffet» y algo más que la juventud les agradeció muy de veras: unas horitas de baile.

Los señores de Márquez de la Plata, que son unos chilenos muy distinguidos y pertenecientes a aristocrática familia, han tomado ya en España carta de naturaleza, y en Madrid se quedan, y en Madrid se instalarán definitivamente en cuanto levanten su piso de París, para donde saldrá la amable dama dentro de tres días y de donde regresará dentro de veinte.

Ayer—ya lo decimos—su piso de la Castellana se vió, aunque íntimamente, muy animado; y en aquellos saloncitos decorados rindiendo culto al antiguo estilo español, y en los que no faltan antiguos damascos y algún cuadro notable, vimos a la duquesita de Rivas y a su hermana Elsa, a la vizcondesa de Roda y a sus hijas Carmen y Mercedes, y a su sobrina María Jordán de Urríes, hija de los marqueses de San Vicente; a la señora y señorita de García Lomas, a la señorita de Flores Estrada, una bella santanderina que pasa unos días en esta corte; a la condesa de la Cortina y a su hija

Asunción Alvear, a María Luisa Jordán de Urríes, hija del marqués de Novallas; a la señorita de Ramonet, hija de los condes de Venadito; a la señora de Villanueva y a su sobrina María Teresa Márquez de la Plata, que ha pasado el invierno en Madrid y que en breve saldrá para San Sebastián; a la marquesa de Velasco y su hija Pilar... además de al marqués de Aymerich y sus hermanos Nicolás y Ramón Jordán de Urríes, éste último restablecido de las fiebres de Malta que le han retenido en el lecho once meses seguidos; a su primo D. Antonio, hijo de los vizcondes de Roda; al barón de Adzaneta y a los Sres. Acuña, Abella y Velasco (D. Juan, don Manuel y D. Antonio).

Desde las cinco y media hasta las nueve de la noche no cesaron los bailes de moda, y en uno de los «descansos» se sirvió el té y, seguidamente, vuelta a bailar.

Y como los que no bailaron conversaron, y como la conversación fué muy entretenida, la tarde se pasó muy bien y la reunión fué muy agradable, aunque no hubo ninguna partida de «bridge».

Los honores muy amablemente hechos por los dueños de la casa y por su hijo el joven diplomático D. Fernando.

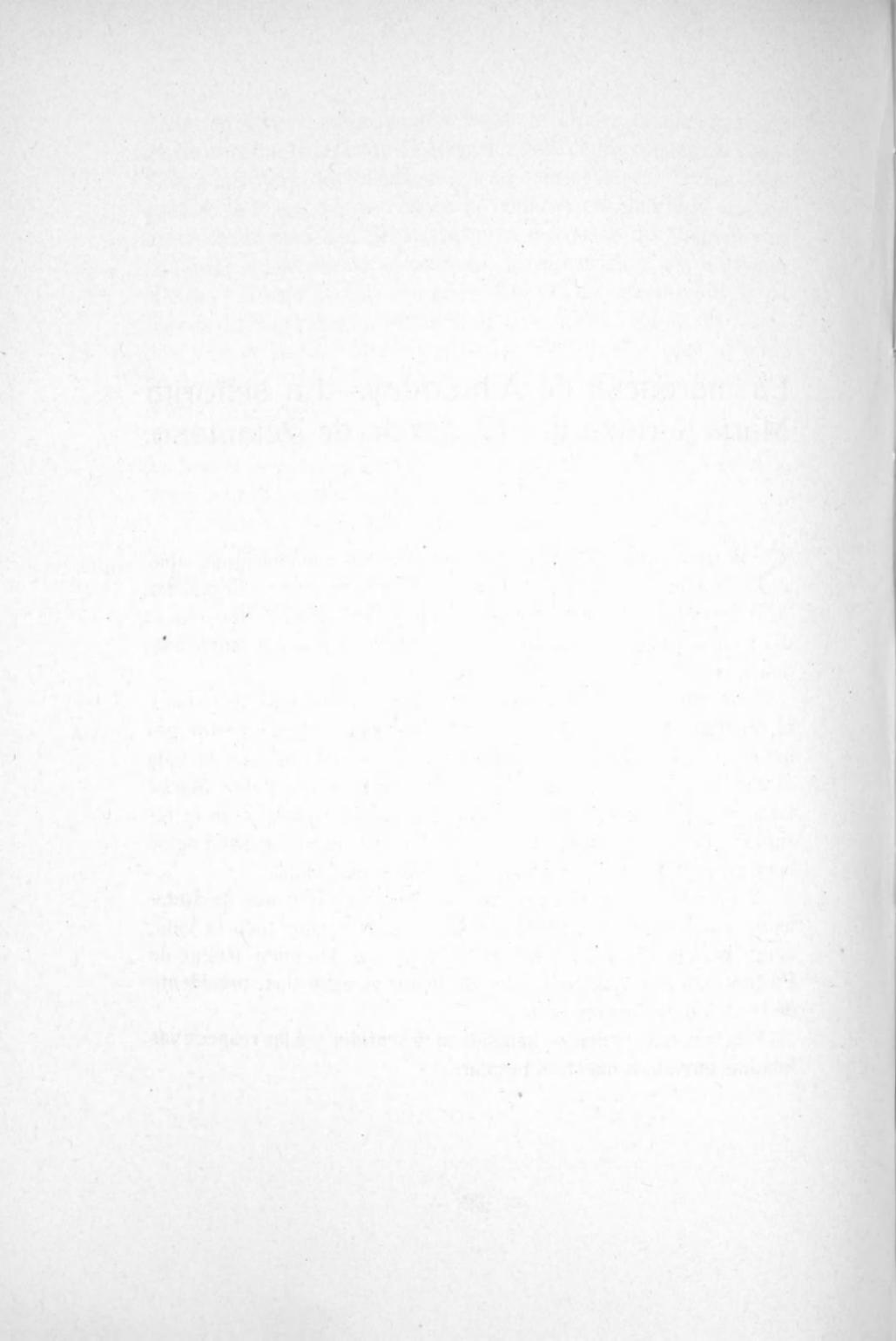
La marquesa de Alboloduy.—La señorita María Groizard.—El conde de Retamoso.

SON tres notas tristes que no queremos dejar de consignar aquí. La marquesa de Alboloduy—D.^a María Elvira Fernández de Córdoba y Alvarez de los Asturias Bohorques—falleció el día 8 en su casa de Jerez, donde se encontraba buscando alivio a su dolencia.

María Groizard, hija del ex presidente del Consejo de Estado, el venerable D. Alejandro Groizard y hermana del ex director general y magistrado del Supremo D. Carlos, dió su adiós a la vida el día 18. ¡Cuánto sufrió en estos últimos meses la pobre María! Gracias a que Dios Todopoderoso puso en su espíritu toda la resignación necesaria para sobrellevar su enfermedad, no salió de su boca un ¡ay! de desesperación. Murió como una santa.

Y el día 26 falleció en su finca de Tarancón el conde de Retamoso, muchos años diputado a Cortes, conservador toda la vida, amigo personal y político del Sr. Maura, ex delegado Regio de Pósitos, hombre muy conocedor de materias agrícolas, presidente de la Unión de Agricultores.

Los tres fallecimientos han sido muy sentidos y a las respectivas familias enviamos nuestros pésames.



MAYO-1917



Carmen García Ruiz.

(Fot. Kesines.)

La señorita de García Ruiz y el Sr. Rodríguez.--En la Legación de los Países Bajos.

LA nota risueña de una boda celebrada ayer tarde con gran solemnidad, dentro de una gran intimidad a la que obligaba el luto reciente que lleva la familia del novio, es la primera de la crónica de hoy. Realmente, no hay nota mejor que la de una boda para comenzar una crónica de sociedad; es una nota alegre, risueña, que encierra muchas esperanzas y muchas ilusiones. Y fué en el oratorio del convento de las Descalzas Reales, adornado con profusión de blancas flores, y fué el obispo de Calahorra, revestido de pontifical, quien dió su bendición a los nuevos esposos, que eran: la Srta. Carmen García Ruiz y el director general de Prisiones, D. Isidoro Rodríguez y Sánchez Guerra.

La novia, que es encantadora, estaba ayer más bonita que siempre. Esa misma emoción del día del matrimonio realzaba su delicada belleza. Y como si aún no fuera bastante, las galas nupciales—blancas con encajes, bordados de plata y guirnaldas de azahar—realzaban su figura. El novio vestía el uniforme de ingeniero de Minas, a cuyo Cuerpo pertenece.

Fueron padrinos la señora viuda de García Ruiz, madre de la novia, y el ex ministro D. Tirso Rodríguez, padre del novio; y testigos, por parte de ambos, el presidente del Consejo, marqués de Alhucemas; los ministros de Estado y Gracia y Justicia, señores Alvarado y Ruiz Valarino; los ex ministros conde de Sagasta y

Sánchez Guerra; el ex subsecretario D. Bernardo Sagasta y el señor Amblard.

¡Que sean muy felices los nuevos esposos!

Terminada la ceremonia, los escasos invitados fueron obsequiados con espléndido «buffet» y los jóvenes señores de Rodrigáñez salieron para «Los Rosales»—una finca que los padres del novio poseen muy cerca de Madrid—, en donde pasarán los días primeros de su luna de miel. Después regresarán a Madrid y se instalarán en un precioso piso alhajado con gusto exquisito por R. Rodríguez Hermanos, que tanto acierto ponen en todo aquello en que intervienen.

Después de consignar este enlace, que, de no ser por el luto del novio, hubiera sido una nota de viva animación en la vida madrileña, pasaremos a señalar una elegante reunión habida ayer tarde también en la Legación de los Países Bajos. Tocóle ayer el turno—por lo visto—a M. y Mme. Van Royen, y en sus elegantes salones de la calle de Lista reunióse buena parte de la sociedad aristocrática. No fueron muy numerosos los invitados. Nosotros los recordamos y los vamos a citar. El embajador de Francia y Mme. Geoffray, el de Italia y la condesa de Bonin Longare, los ministros de Bélgica y del Brasil, la duquesa de Piñohermoso, la duquesa y el duque de Arcos, Mme. Vieugué, la señora de Camperio, las marquesas de Villabrágima y viuda de Hoyos, las condesas de San Félix y de San Luis, la marquesa de Casa-Torres y sus hijos los señores de Mora, el consejero de la Embajada Argentina, Sr. Moreno; el Sr. Escalera y el Sr. Hoyos y Vinent.

—Enhorabuena, enhorabuena—decían a D. Antonio de Hoyos, el joven e ilustre novelista—. Esas «Novelas aristocráticas» que acaba usted de publicar son muy interesantes.

Antonio de Hoyos, calando su monóculo, respondía agradecido:

—¿De veras le han gustado a usted?

—Mucho, mucho. Lo trágico me encanta y me subyuga, y sus novelas tienen mucho de tragedia.

Y casi todos los reunidos felicitaron al autor fecundísimo que, como dice Luis de Oteyza, necesita un crítico para él solo.

En casa de los condes de Casal.--Pequeño concierto en la de la señorita de Cirat.

A YER fué un buen día para el Arte. Abrieron los condes de Casal en íntima reunión sus elegantes salones de la plaza de Cánovas, y el puro ambiente de una casa española fué vivido durante unas horas por sus aristocráticos invitados. Por otra parte, Anita de Cirat, hija de aquellos ilustres condes de Cirat, ya difuntos, tuvo en sus saloncitos de la calle de Goya una pequeña e íntima fiesta musical. Hubo, pues, algo más que tomar una taza de té y que jugar al «bridge». Hubo, que se admiraron muchas obras de arte muy notables, muy bellas, de fama reconocida y prestigio notorio, como son cuantas atesoran los condes de Casal en su palacio—casa española debemos llamarla—de la plaza de Neptuno, y que se escuchó un bello programa musical en los saloncitos de la señorita de Cirat, esa bella dama aristocrática que canta deliciosamente, que pinta con original maestría—ayer admiramos los dos retratos (el arte difícil del retrato) que hoy ha presentado para la próxima Exposición—; que conoce nuestros clásicos y muchos de los extranjeros, que ama el Arte por todo y sobre todo.



La casa de los condes de Casal. Es un museo, un museo de cuadros admirables, de artísticas y antiguas porcelanas, de antiquísimos herrajes, de soberbios artesonados, de tapices magníficos...

Aquel despacho del conde, de severa elegancia, con su librería Renacimiento de policromas tallas; aquellas columnas rematadas por heráldicos escudos que forman la monumental chimenea; aquel techo con el mudéjar artesonado del palacio de los condes de Fuen-salida, en Toledo; aquellos muros sobre los que descansan bellísimos trípticos religiosos, pintados por aquellos primitivos españoles, émulos de los flamencos; aquel gran salón, ocupado ayer por aristocrática concurrencia y presidido por la condesa de Casal, cuya figura aparece también trasladada al lienzo por la magia de los pinceles de Sorolla; aquellos retratos de Madrazo, maravillosas obras de arte, que parecen hacer el milagro de revivir a los abuelos maternos del conde; aquellos tapices flamencos y aquellas vitrinas de antiguas tallas barrocas que guardan valiosa colección de abanicos... todo mueve a contemplación y a recuerdo; porque si esto nos presentan el despacho y el gran salón, el comedor nos ofrece, con los exquisitos manjares que cubren la mesa, el adorno de sus zócalos de azulejos de Talavera, que fueron del histórico palacio de Orope-sa, y el bello retrato de Van-Dick que encuadra la chimenea, y la colección de Giordano que luce sobre la sedería de sus muros.

¡Cómo pasan las horas en la hermosa casa de los condes de Casal! Y como para poetizar más y más españolamente el ambiente oíanse suaves, rítmicos y apagados los sonos de una orquesta de guitarras y bandurrias, lanzados desde un saloncito, en el que el arte hispano tiene brillantísima representación en porcelanas de Talavera, de Alcora y del Retiro y en lienzos de Carnicero y don Vicente López.

Y, alternando con los acordes de la música, oíase el alegre conversar de la concurrencia, de aquella concurrencia aristocrática y distinguida, entre la que figuraban artistas y políticos como el ex ministro Sr. La Cierva y Moreno Carbonero, y Garnelo, y el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrécilla, y los duques del Infantado y Seo de Urgel, y el marqués de Camarasa y el conde de Velle, y el barón de la Vega de Hoz y Errázu y Güel y Florit y Escalera y Laiglesia.

De las damas recordamos los nombres; pero permítasenos citar, en primer término, a una gentil damita que por primera vez se presentaba en sociedad, y a fe que tuvo acierto en la elección de salón:

la señorita de Careaga, hija del diplomático y mayordomo de semana de S. M., conde del Cadagua, aquel ministro de España en la Argentina que tan espléndidamente representó a nuestra patria en las fiestas del Centenario de la Independencia argentina, que honró con su presencia Real, como representante del Rey de España, la Infanta Isabel. Leed ahora los nombres de las demás damas: duquesas de Aliaga, Almenara Alta, Conquista, Infantado, Vega, Unión de Cuba y Seo de Urgel; marquesas de Argüeso, Salar, Santo Domingo, Rafal, Valdeiglesias, Donadío, Santa Cristina, Santa María de Silvela y Figueroa; condesas de Finat, Solterra, viuda de Revillagigedo, Pardo Bazán, Alcubierre y Cedillo; vizcondesa de Val de Erro, y señoras y señoritas de Cierva, Ibarra, Laiglesia, Travesedo, Armada, Muñoz-Vargas, Campuzano, Argüelles, Sanchiz, López-Roberts, Puncel, López-Dóriga (D. Juan), Pérez del Pulgar y Muguíro, Martorell y Fernández de Córdoba, López de Ayala, Maroto y Pérez del Pulgar y Ezpeleta.



Los saloncitos de la señorita de Cirat congregaron a un número mucho más reducido de personas.

—Aquí, una veintena de amigos para tomar el té y escuchar música—como dice la bellísima Anita, representante de una estirpe de bellezas.

Y de esta veintena formaban ayer parte la señora viuda de Ojeda, esposa que fué de aquel embajador de España en Roma y madre que es de la bellísima Luz Ojeda, hoy residente en París y de recuerdos tan gratos en la sociedad de Madrid; la Srta. Loreto Ruiz del Castillo, hija del digno magistrado de este apellido; mistress Ray; el gran pintor Ricardo de Madrazo—de otra estirpe de artistas—, con su señora y con sus hijos los señores de Thers y la gentil Lolita Madrazo; los señores de Navarro y su linda hija María, una señorita, hoy por hoy, con su grado de bachiller y pensando ya en los comienzos de la carrera de Medicina.

—Y eso que a mamá no le gusta mucho—como ella dice.

Los señores de Navarro se encuentran ya de hecho en Madrid.

—¡Después de cuarenta y dos años de ausencia de mi patria—

suspira D. Manuel Navarro y López de Ayala—, como cónsul general de España!

La señora viuda de Fernández Robles y su encantadora hija Pilar, otra señorita que adora el Arte como bella manifestación de un alto vivir; la marquesa de Prado Alegre, D. Federico de Lamadrid, cónsul general de Venezuela; el laureado pintor Anselmo Miguel Nieto, los hermanos Orey, dos distinguidos argentinos; Gonzalo Ojeda, joven diplomático, y el conde de Villafranqueza, un muchacho aun lleno de juventud, sobrino de la señorita de Cirat.

Todos éstos fueron los que escucharon el concierto; porque los que lo interpretaron, los que se hicieron admirar, los que recibieron aplausos llenos de cariño y de entusiasmo, se llaman Laura Zehnder, que cantó deliciosamente, con mucho gusto, con mucho arte, con una voz muy gentil y muy linda, como tenía que ser con la cara que tiene, el «Libro Santo», de Pinsuti; «Invano-Serenata», de Tosti, y «Manon-Orvia», de Massenet, y E. Zehnder (piano), A. de Palma (violoncello) y J. Jiménez (violín), que interpretaron un «Aria», de Bach, y una «Balada noruega», de Sinding, para violoncello y piano; «Humoreske», de Dodorak, y «Aires bohemios», de Sarasate, para violín y piano; y unas «Danzas», de Granados, y «Brisas de amor» (vals), de Larregla, para piano.

Volaron las horas. Como ocurre siempre en la elegante casa de Anita de Cirat, entre cuadros, retratos, porcelanas, tapices—como aquel del saloncito de música, de Luis XIV—y, sobre todo, las amabilidades y atenciones que sabe dispensar a sus amigos.





Angelita Rosillo.

(Fot. Franzen.)

La señorita de Rosillo y el Sr. Gallego, La señora viuda de Morán de Loredó.

VAYA si estaba bonita ayer por la mañana la capilla del Asilo del Sagrado Corazón! ¡Vaya si lucían sobre el altar mayor, tan lindo, las lilas y los crisantemos y las rosas blancas y los capullitos de azahar! ¡Y vaya si había una numerosa concurrencia esperando la llegada de los novios! Porque se trataba de una boda, de la boda de una señorita bellísima, muy querida y muy popular en «el barrio»—como se le llama al de Salamanca—, con un abogado muy notable, hoy asesor de la Compañía de los ferrocarriles del Mediodía, y pasante, antes, en el bufete del hoy presidente del Consejo de ministros, marqués de Alhucemas, más popular e ilustre en el foro por el nombre de García Prieto.

Mas digamos ya que la novia—vestida de raso blanco con bordados de «strass»—, era la Srta. Angelita Rosillo, y el novio, don Manuel Gallego y Amar de la Torre; digamos que entraron en el templo a los acordes de una «Marcha nupcial»; que fueron los padrinos la madre de la novia, D.^a María Justa Ortiz de Canavate, viuda de Rosillo, y el hermano del novio, ingeniero de caminos, D. Rafael Gallego, y testigos, por parte de ella, el ministro de Hacienda, Sr. Alba; el ex ministro y director de la Tabacalera, D. Manuel Allendesalazar, y sus hermanos D. Manuel y D. Miguel Rosillo, y por parte de él, el jefe del Gobierno, señor marqués de Alhucemas; el magistrado D. Francisco Mifsut y los Sres. Maristany y Beamonte.

¿Y aquellos angelitos que llevaban la cola del traje nupcial? Eran los niños Rafael y María de los Angeles Rosillo, sobrinos de la novia gentil que lucía sobre su cuello un hermoso collar de perlas; en sus orejas, unos magníficos pendientes, de perlas también, y sobre su cabecita un artístico lazo de azahar.

Bendijo la unión el señor obispo de Seo de Urgel.

Terminada la ceremonia se sirvió un espléndido «lunch» en el salón del Asilo, y más tarde, para los testigos y personas de ambas familias y algunos íntimos, un almuerzo en casa de la señora viuda de Rosillo.

Y ayer mismo los novios salieron para El Escorial, y dentro de unos días los nuevos señores de Gallego se trasladarán a Andalucía regresando luego a Madrid. Sean muy felices.



La grave enfermedad que desde hace un mes padecía la señora viuda de Morán de Loredó, tuvo ayer tarde funesto desenlace.

D.^a Ernestina Castellanos Lima era una dama uruguaya, de grandes virtudes, perteneciente a una de las más ilustres familias de las Repúblicas Argentina y del Uruguay.

Estuvo casada con un distinguido español, D. Adolfo Morán de Loredó, que, joven aún, abandonó la carrera militar, marchando al Uruguay, donde con su inteligencia y laboriosidad alcanzó alta posición financiera, llegando a ser en un período árbitro de la Bolsa de Montevideo.

Era hermana de D. José María Castellanos, ex ministro del Uruguay, y sobrinos suyos son la esposa del actual ministro del Interior de aquella República, doctor Varzi; la del ex ministro de la República Argentina en París, doctor Rodríguez Larreta; la del contralmirante y senador italiano barón de Brochetti, y el ilustre pintor Carlos A. Castellanos.

De su matrimonio deja una sola hija, D.^a Ernestina, casada con el abogado Sr. Michels de Champourcín.

Descanse en paz la distinguida dama, y reciban sus hijos nuestro pésame.

Una proyección cinematográfica en la Embajada de Francia.

EN la Embajada de Francia se celebró ayer tarde una brillante reunión. De nuevo se exhibieron películas de la guerra; de nuevo aparecieron en el blanco lienzo miles de horrores, no sé cuántos pueblos destruidos, no sé cuántas ilusiones tronchadas; aquellas catedrales profanadas por la metralla, aquellos hogares deshechos por el fuego, aquellas aldeas desiertas, aquellos campos manchados—regados más bien—por la sangre de tantos hermanos... apareció ante la concurrencia como una trágica visión de infortunio, bien reñido, por cierto, con lo que debieran ser los tiempos modernos de paz más que de lucha, de trabajos serenos más que de odios y rencores.

Pero España, neutral siempre, fué neutral ayer también, y ella puso fin a los pensamientos que pudiera forjar la concurrencia; España apareció en el lienzo con la silueta de la imperial Toledo, de la morisca y ensoñadora Granada, de la gentil y risueña Sevilla, encarnación de la gracia y el donaire andaluz.

Fué una gran idea la de presentarnos aquellas filigranas españolas, para las que todo elogio nos parece poco.

La sesión de proyecciones constituyó una interesantísima lección, merced a las explicaciones con que las acompañó el profesor M. Brunhe, que en el Instituto Francés ha dado una serie de notables conferencias científicas, cuya documentación está formada por

la colección de fotografías en color de *Les Archives de la Planete*, que él dirige en París.

La explicación era breve y concisa, de una sobriedad tanto más digna de elogio, cuanto que se trata de un patriota, que se inspira en el deseo de no herir ningún sentimiento.

Más que un profesor o un conferenciante, fué M. Brunhe un guía experto, que conducía al auditorio a admirar hermosos paisajes y magníficos monumentos, que adquirían todo el relieve de la realidad por la exacta reproducción de los colores naturales.

Proyectáronse primero en la pantalla las bellezas de las comarcas de la Dordogne y de la Viyère, el centro prehistórico del Perigord, con las floridas orillas de sus ríos, y las de la Francia central, con sus campesinos y campesinas, ataviados con sus trajes tradicionales, que adquirían un extraordinario relieve. En estas vistas de Le Púy, de Cluny, de Vezelay y otros puntos, admiráronse algunas magníficas iglesias romanas, de gran riqueza arquitectónica, acerca de las cuales dará M. Brunhe una conferencia el domingo, a las siete de la tarde, en el Ateneo.

En la segunda serie, el distinguido profesor nos hace atravesar los Alpes, con sus cumbres cubiertas de nieve, que se presentan con una belleza extraordinaria, y nos conduce a Venecia, donde admiramos el histórico San Marcos, uno de los monumentos más maravillosos del arte bizantino, y en él los prodigiosos mosaicos de sus medios puntos, que, iluminados por el sol de Italia, adquieren más singular relieve y belleza.

Después recorreremos la Albania, deteniéndonos unos momentos en Scutari; la Servia macedónica y la vieja Servia, y sentimos un poco de amargura ante la bella ciudad de Monastir, convertida hoy, por los estragos de la guerra, en ruina y desolación.

M. Brunhe, que en 1912 y 1913 hizo viajes de exploración por los Balkanes, nos presentaba ahora la triste actualidad, haciéndonos apreciar los horrores de los acontecimientos presentes, al conducirnos a la zona francesa de guerra, a la que realizó otro viaje en 1915 y 1916.

Luego se nos ofrecen bellezas que nos son familiares. Desfilan en la pantalla El Escorial, con el Monasterio de Felipe II; la Imperial Toledo, con sus cigarrales a orillas del Tajo, su puente de Al-

cántara y sus incopiables monumentos; Granada, con su inmortal Alhambra, cuyos alicatados y arrayanes adquieren, como las bellas mujeres granadinas, extraordinario relieve; Sevilla, en fin, con su Giralda, sus jardines y su alegría insuperable.

En contraposición con la alegría de la ciudad andaluza, surgen luego los espectáculos trágicos de la guerra. Aparecen los campos desolados, los bosques talados, las ciudades destruidas por la metralla...

Los concurrentes aplaudieron al profesor Brunhe, y quedaron muy agradecidos a la amabilidad de la embajadora de Francia, que tuvo como invitados a los duquesas de Aliaga, Arión, Ahumada, Santo Mauro, Pastrana y Pinohermoso; Princesa Pfo de Saboya; marquesas de Alhucemas, Romana, Valdeolmos, Viana, viuda de Hoyos, Valderrazo, Villamanrique, Valdeiglesias, Villaviciosa y Aguila Real; condesas de Torre-Arias, Casa-Valencia, San Félix, Romilla, San Luis y Llovera; vizcondesa de los Antrines, y señoras de Mora, Muñoz Vargas y Aguilar.

Entre las damas diplomáticas estaban la condesa de Bonin-Longare, míster y mistress Willard, Mme. Van Royen, la señora de Camperio, Mrs. Bearing, Mrs. Wilson, Mme. Vieugué y Mme. de Brugère.

Entre los caballeros, el jefe del Gobierno, marqués de Alhucemas; el conde de Cartagena, ex embajador de España en Rusia; los embajadores de Italia y los Estados Unidos, el marqués de Valdeiglesias, el conde de San Luis y los señores Beistegui, Hoyos y Vinent, Alcalá Galiano y Escalera.

Concierto en la Embajada de Francia.

Las bellas tapicerías de los Gobelinos que cubren los muros de uno de los salones de la Embajada de Francia sirvieron ayer de fondo a una brillante representación de la aristocracia y del Cuerpo diplomático, allí reunido para escuchar el arte prodigioso de Risler.

De nuevo invitó a sus relaciones la amable embajadora, pero esta vez no para presenciar la proyección de miles de amarguras que entristecieran el espíritu y acongojaran el corazón con las enormidades y los dolores de la guerra, sino para escuchar a ese mago del piano, a quien ya el público ha admirado, festejado y aplaudido en ocasiones diferentes. No hace muchos días en la Filarmónica.

¡Cómo tocó Risler! Tejió sobre el teclado marfileño el encaje de sus notas, de sus sentimientos y sus pasiones; hizo vibrar nuestra alma en arrobamientos de poesía; rompió luego nuestras ilusiones en notas de amargos desengaños; hizo, en fin, vivir la vida del Arte durante una hora.

¡Bravo, maestro!

¡Bravo, virtuoso ilustre!

Ejecutó de una manera portentosa varias sonatas de Chopin, y aunque el genial compositor ha tenido prodigiosos intérpretes que han desfilado sucesivamente ante el público madrileño, Risler, luchando con el recuerdo de éstos, obtuvo un legítimo triunfo personal.

En la célebre sonata de Beethoven titulada «Claire de lune» rayó a gran altura, impresionando en el «andante», que interpretó

con una delicadeza y un sentimiento que produjeron honda emoción en los oyentes, y mostrándose en los demás tiempos con toda la briosa impetuosidad de un temperamento de artista ya curtido en estas lides. Terminó con la «Tarantela», de Liszt, hermosa página musical, que matizó con todas las filigranas de su arte maravilloso.

—Estoy satisfecho—decía al escuchar las ovaciones con que se coronó su trabajo.

Y más lo estaría cuando, fijando su mirada en la concurrencia, recordase sus nombres. ¿Queréis conocerlos? Pues ahí os van, sin elogio alguno, porque en su cita está el mejor. Comprendemos perfectamente el contento del admirable artista.

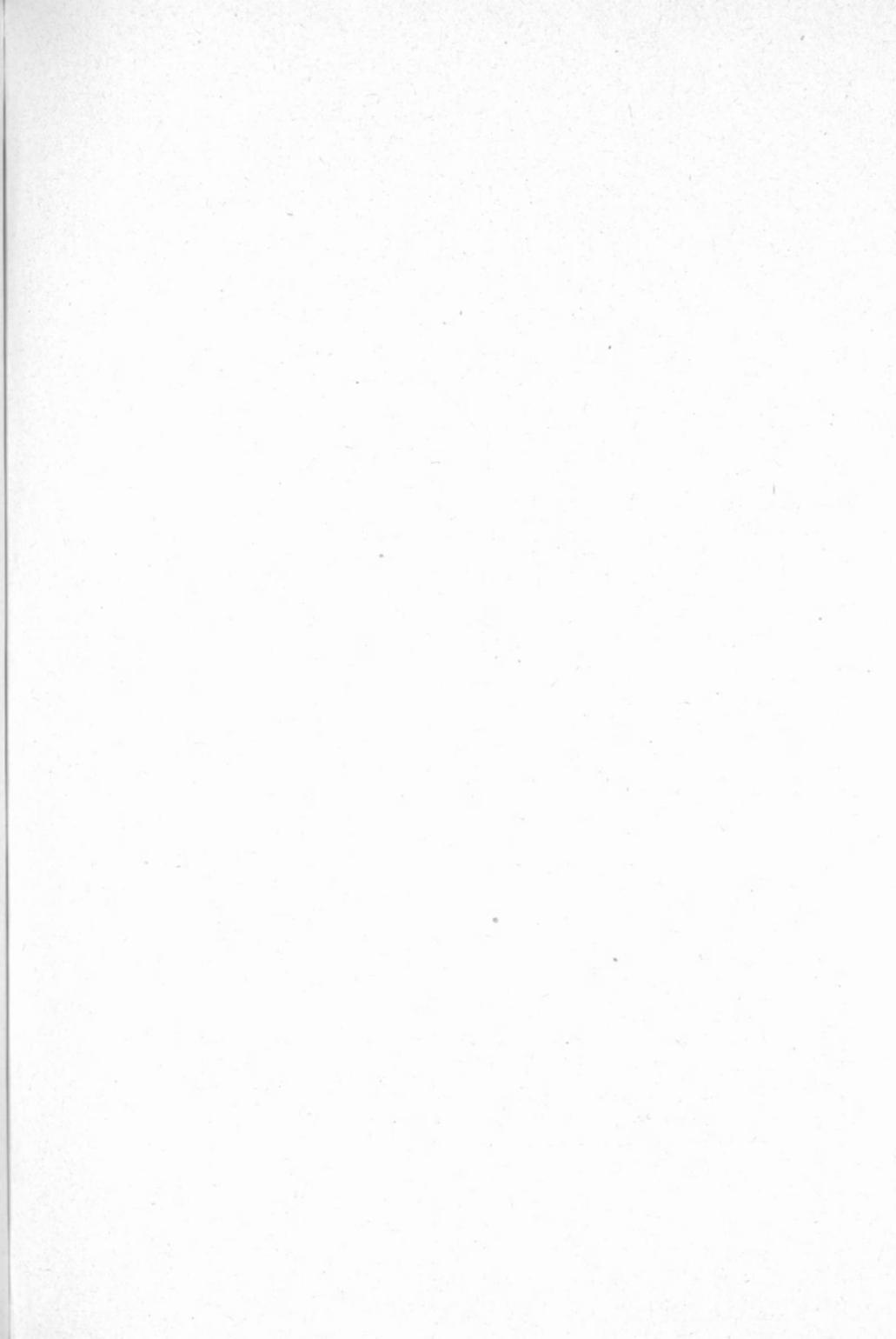
Entre la concurrencia figuraban: las duquesas de Pinohermoso, Dúrcal y Vistahermosa; las marquesas de Ivanrey, Cayo del Rey, Caicedo, Casa-Torres y viuda del mismo título, Donadio, Medina, viuda de Hoyos, Santa Cristina y Valdeterrazo.

Condesas de Casa-Valencia, Paredes de Nava, Scláfani, Romilla, San Luis y San Félix.

Las vizcondesas de los Antrines y de Portocarrero.

La bella marquesa de Villavieja, la señora de Alba, esposa del ministro de Hacienda, cuya elegantísima «toilette» de raso «liberty» negro, bordado de sedas azules, realizaba su hermosura, y su encantadora hija política; la condesa de Bonin-Longare, admirable, como siempre, de elegancia y gentileza; la gentil miss Villard, hija del embajador de los Estados Unidos y su madre, Mrs. Willard; la señora de Muguero y su encantadora hija; la señora y señorita de Icaza, dos bellezas que parecen hermanas, y jóvenes tan lindas como las de Solowieff, Casa-Calderón, Castilleja de Guzmán, Núñez de Prado, Alcalá Galiano y Castellanos, viéndose también a madame Van-Royen, Mme. Vieugué, Mrs. Baring, la señora viuda de Arcos, la dama de S. A. R. la Infanta Beatriz, señora de Ruata; la señora de Gimeno, esposa del último ministro de Estado; las de Aguilar, Merry del Val, Laiglesia, Pérez Caballero, Pereira y algunas más.

Asistieron también: el embajador de Italia, el ministro de Hacienda, Sr. Alba; los ministros de los Países Bajos y de Bélgica, los diplomáticos españoles Sres. Piña, Pérez Caballero y conde de Cartagena, los Sres. Hoyos y Vinent y Escalera, y la mayor parte de los diplomáticos de los países aliados y neutrales.





Bautizo de la hija de los duques de Medinaceli. Invitados saliendo de Palacio después de la ceremonia.

(Fot. Martín y Ortiz.)

Bautizo en Palacio.—La hija de los duques de Medinaceli.

EL primer niño o niña que nace de una dama de la Reina es bautizado, según costumbre tradicional en nuestra Corte, en el Regio Alcázar y apadrinado personalmente por SS. MM.

Siempre ha tenido este acto gran solemnidad; pero seguramente una de las veces que mayor brillantez ha revestido fué esta mañana, con motivo de la ceremonia de administrar el agua del Jordán a la hija recién nacida de los duques de Medinaceli.

Fué un acto en el que se unieron la legítima satisfacción de la Real familia, que tanto afecto profesa al ilustre matrimonio, y la sincera alegría de la sociedad de Madrid—representada por sus más distinguidas familias—, para la cual la ceremonia de hoy constituyó un grato acontecimiento.

A las doce menos cuarto, en un coche de la Real Casa, de los llamados «de París», se trasladaron desde el palacio de la plaza de Colón al Regio Alcázar el duque de Medinaceli, su madre, la duquesa de Santo Mauro, y la recién nacida, envuelta en ricas batistas y llevada en brazos de su nodriza.

La duquesa de Santo Mauro vestía traje obscuro, sobre el que se destacaba el lazo rojo de dama de S. M. Se tocaba con mantilla negra y lucía valiosas joyas.

El duque de Medinaceli llevaba el uniforme de maestrante de Sevilla y cruzaba su pecho con la banda de la gran cruz de Carlos III.

Llegados a Palacio, subieron por la escalera del Príncipe, dirigiéndose a la antecámara, de donde a poco pasaron a la cámara Regia, estancia destinada a la ceremonia.

Ya en ésta se hallaban las damas de la Reina, los demás invitados al acto y el clero de la Real Capilla, que con el receptor, don Cándido Manzanos, a la cabeza, se había trasladado, procesionalmente, desde el templo palatino.

En el centro de la cámara había sido colocada la pila de la capilla y a sus lados las mesas, conteniendo los atributos para el acto. Las personas Reales, con su séquito, no se hicieron esperar.

El Soberano vestía uniforme del regimiento de Infantería del Rey y lucía la banda de la gran cruz roja del Mérito Militar.

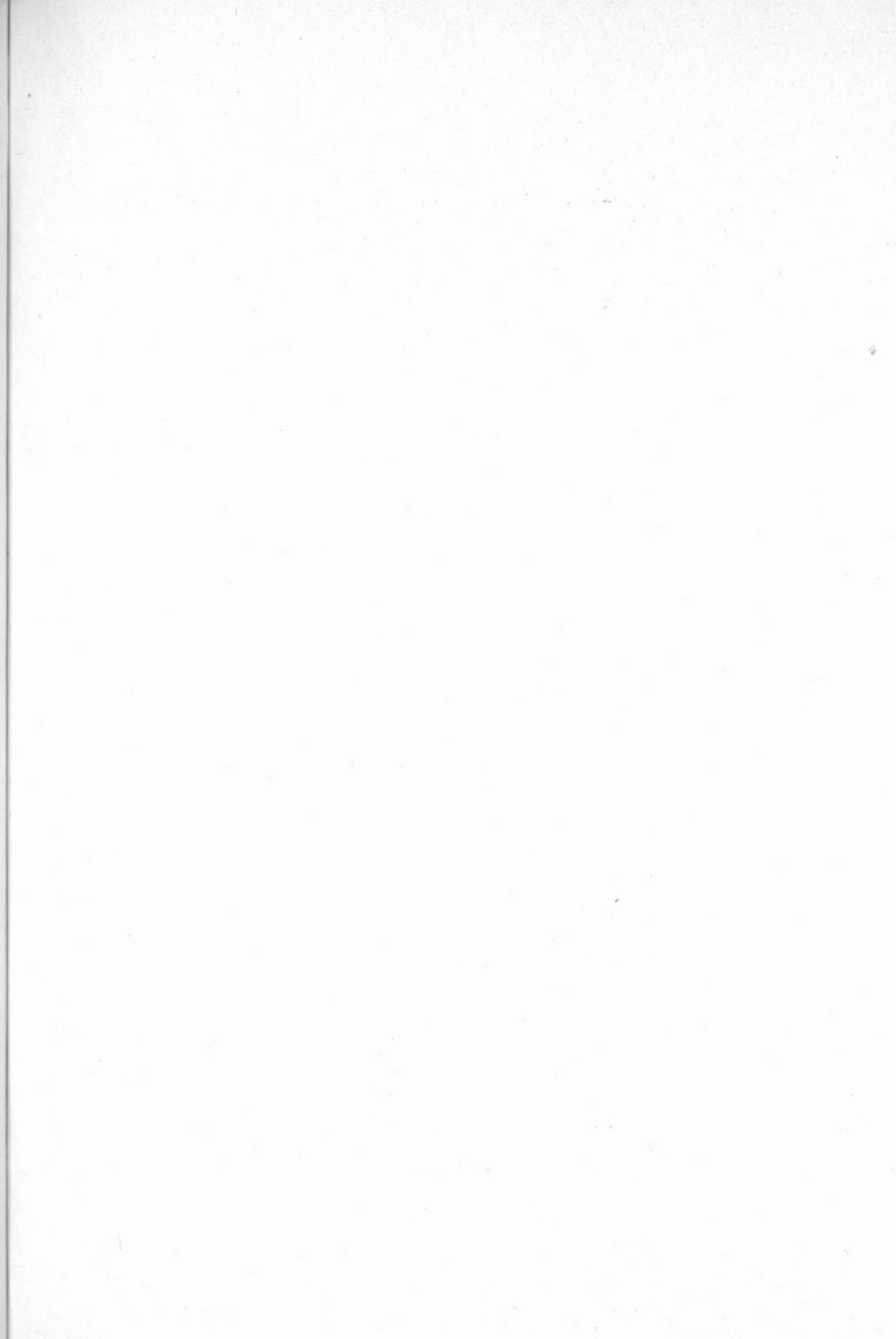
Las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, las Infantas Doña Isabel y Doña Luisa, y S. A. la duquesa de Talavera, llevaban elegantes trajes de Corte y mantillas negras, adornándose con magníficas alhajas.

Los Infantes Don Carlos y Don Fernando y el Príncipe Don Raniero lucían sus respectivos uniformes.

El Príncipe de Asturias y sus augustos hermanos iban con trajecitos blancos.

Acompañaban a SS. MM. la condesa viuda de los Llanos, la duquesa de la Conquista, el duque de Santo Mauro, el marqués de Castel Rodrigo, el general Aznar, las damas de guardia, duquesa de Ahumada y condesa de Torre-Arias; los grandes de España, también de guardia, marqueses de Bendaña y de Camarasa—éste abuelo de la recién nacida—; los mayordomos de semana, D. Diego de Alós, D. Francisco Travesedo y D. Domingo Mascarós; el ayudante secretario, conde de Aybar; los ayudantes (saliente y entrante) de guardia, de S. M., marqués de la Ribera y coronel Querol, y el oficial mayor de Alabarderos, teniente coronel Merello.

Entre otras damas de S. M., se hallaban presentes las duquesas de Pinohermoso, viuda de Sotomayor, Arión, Infantado, Vistahermosa, Luna, Aliaga, Plasencia, Victoria, Sotomayor y Tarifa; las marquesas de Valdeolmos, Comillas, Santa Cristina, Bendaña, Viana, Salar, Camarasa, Quirós, Rafal y Santa Cruz, y las condesas de Via-Manuel, Gavia, viuda de Revilla-Gigedo, Maceda, viuda de Casa Valencia y Heredia Spínola.





Bautizo de la hija de los duques de Medinaceli. Invitados saliendo de Palacio después de la ceremonia.

(Fot. Marín y Ortíz.)

De damas particulares concurrieron la marquesa de Moctezuma, las condesas de Mirasol y Guimerá, y las señoritas de Heredia, García Loygorri, Carvajal y Quesada y Beltrán de Lis (Juana).

También asistieron numerosos invitados, entre los que figuraban las señoritas de Santo Mauro y de Camarasa; el marqués de Santa Cruz con sus hijos; los marqueses de la Puebla de Parga, los marqueses de Torneros, los condes de Velayos, el duque de Plasencia, el duque de Aliaga y su hija, los duques de Almazán, el duque de Osuna, los condes de Peñaranda de Bracamonte, el duque de Híjar, el duque de Tarifa, el conde de Gavia, los marqueses de la Scala, el marqués de Santa Marta, D. Narciso Pérez de Guzmán y el marqués de Lambertye-Gerbervillers.

La Reina Doña Victoria tomó en brazos a la recién nacida y en el acto comenzó la ceremonia, oficiando en ella, por continuar delicado de salud el obispo de Sión, el Sr. Manzanos. A la niña se le impusieron los nombres de María, Victoria, Eugenia, Teresa, Francisca de Borja, Casilda, Blasa, Bibiana, Ramona de Todos los Santos.

El acto fué breve. Una vez terminado, los Reyes renovaron sus felicitaciones al duque de Medinaceli, a la duquesa de Santo Mauro y a los marqueses de Camarasa, e hicieron a la niña un valioso presente.

SS. MM. y AA. retiráronse a sus habitaciones, desfilando después los presentes ante el duque de Medinaceli para repetirle la enhorabuena.

En la misma forma que a la ida, fué conducida la recién nacida a su residencia, con su padre y su abuela. Muchas familias marcharon al palacio de la plaza de Colón para reiterar su felicitación a la duquesa de Medinaceli.

En la aristocrática mansión dejaron tarjetas numerosas personas de la sociedad madrileña.

Para conmemorar este fausto «suceso» los duques de Medinaceli obsequiaron a sus amigos con exquisitos dulces en preciosas cajas de *moirée* rosa con *drassé*. Realmente estuvo afortunada en el adorno la Casa Hidalgo.



El marqués de Aulencia.

(Fot. Kaulak.)

El marqués de Aulencia.

DESPUÉS de enviadas nuestras cuartillas al *Heraldo* nos sorprendió ayer la noticia tristísima. El marqués de Aulencia había muerto. Nos apenó la amarga nueva. ¡Y nosotros, que consignábamos su enfermedad, creyéndole aún capaz de vencerla! ¡Pobre marqués, pobre César Pérez de Guzmán, qué pronto ha huido de la vida, dejando en ella un hogar angustiado y una estela de simpatías y de afectos!

De nuevo se ha cernido la desgracia sobre el hogar, antes dicho, del marqués de Bolaños. Hace trece meses, rápidamente también, casi repentinamente, murió la marquesa. Disponíase a vestirse para asistir a una comida diplomática y luego a la representación de «Thais», en el Real, cuando se sintió enferma, falleciendo a los pocos momentos. Al marqués de Aulencia, su hijo, le habíamos visto hacía pocos días tan bueno, tan fuerte, tan animoso, tan luchador, tan optimista, tan lleno de vida, de esa vida que nadie podría suponer que iba a escaparse tan pronto. Pero vino la pneumonía traidora y cruel, y con ella la muerte.

¡Pobre marqués de Aulencia! Pero también pobre marquesa viuda—hija de la condesa viuda de los Andes—y pobres hijos, huérfanos tan pequeños, y pobre padre, pobre marqués de Bolaños, tan caballero y bondadoso, que en un año terrible ha perdido a su compañera, a aquel amor que hizo latir ardorosamente su corazón cuando en los tiempos de su juventud estaba él en nuestra Embajada de Roma, en cuyo país conoció a la gentil damita rubia Paulina

Sprecca, que luego la hizo su esposa, y a su hijo César, el primer fruto de su matrimonio. ¡Pobre marqués de Bolaños, que, como si aun fuera esto poco, tiene en Suiza, desde hace tres años, a su otro hijo Pepe enfermo también!

Si para golpes tan rudos fuesen lenitivos las manifestaciones de sentimiento, el marqués de Bolaños y la marquesa de Aulencia encontrarían algún alivio a su pena con las recibidas ayer y hoy, desde la familia Real hasta el último de sus conocidos. Pero no; es muy grande la herida, muy honda la llaga, está muy acongojado el corazón... Unicamente se alzan los ojos, y como si con ellos se viera a Dios—lo ve nuestra fe—, dicese: —¿Por qué me los quitas, Señor, si los amaba tanto?...

Muy sincero y muy sentido les enviamos nosotros nuestro pésame.



Encontrábase el joven marqués enfermo desde hace pocos días. Ayer se agravó extraordinariamente, y a las doce y media de la noche fué viaticado.

Pocas horas después, a las cuatro de la madrugada, exhalaba el último suspiro, rodeado de su amante esposa, de su padre y otras personas de la familia.

La pérdida del marqués de Aulencia será muy sentida. Bueno y simpático; caballero, como su padre, dotado de las más nobles cualidades, era difícil tratarle una vez sin sentir hacia él sincero afecto.

Era muy inteligente y emprendedor, y a pesar de su brillante posición gustaba de emplear su tiempo en el trabajo. Tenía la carrera de Derecho, y por sus aficiones se dedicaba a negocios industriales, principalmente de automóviles.

Estaba casado, como hemos dicho, con una hija de la condesa viuda de los Andes, hermana del actual poseedor del título.

Era un matrimonio feliz, querido en sociedad, al que la vida sonreía con todos sus halagos. Varios hijos vinieron a completar el encanto y la dicha de su hogar, que la desgracia llena hoy de tristeza y de duelo.

Era también el difunto marqués, caballero del hábito de Santiago y maestrante de Zaragoza.



El duque de Tamames.

(Fot. Kaulak.)

El duque de Tamames.

EN el amanecer del día de hoy ha fallecido este gran prócer español.

Con una honda tristeza escribimos estas cuartillas, no solamente porque lloramos la pérdida de un amigo querido, sino porque con Tamames, con el ilustre duque de Tamames que acaba de morir, desaparece acaso «el último gesto» de la antigua aristocracia española.

¿Quién no conocía al duque de Tamames? ¿Quién no conocía a este gran señor, noble e hidalgo, elegante sin afectación, sencillo o altivo—según como le hablasen—, gran amigo de aristócratas y de literatos, de políticos y de artistas? ¿Quién no se sentó una vez a su mesa que no encontrara en ella reunidos los elementos todos que integran la vida nacional?

Espíritu abierto a todas las manifestaciones del vivir, liberal por temperamento, exquisito por naturaleza, hombre de gusto refinado y de una inteligencia clarísima, abrió siempre también—como su espíritu a la vida—las puertas de su palacio a cuantos en la vida están y por la vida pasan con un éxito sobre su historia y con un laurel sobre su frente. ¿Qué importaba la primer condición de cada uno? El trabajo, la honradez, el éxito, el heroísmo... igualaba a todos.

Y, así, a su mesa se sentaban a diario y sin invitación el embaja-

dor, el ministro, el autor festejado, el artista aplaudido, el pintor de fama, el poeta laureado... Y hubo un día, una buena mañana, que a la mesa del duque y a la hora del almuerzo, ocupó su puesto a la derecha del prócer—sitio de preferencia—un sargento de Inválidos.

—Hoy tenemos un nuevo comensal—dijo aquel día con mucho gozo a sus amigos el ilustre decano de la Diputación permanente de la Grandeza de España.

—¿Quién es?—preguntaron.

—No le conocéis; pero yo os lo presentaré. Es un militar.

—¿General acaso?

—Es un sargento—dijo el duque muy serio—; un sargento que ha luchado por España y que tiene lo que tienen muy pocos: la laureada.

Y a la derecha del duque ocupó su asiento el ilustre sargento manco—D. Salvador Miguel Figuerola, guarda del monumento a Alfonso XII, en el Retiro—, y el duque le sirvió y partió las viandas y, como recuerdo, le entregó el «menu» firmado por todos, encerrado en una petaca de plata y acompañado de un retrato suyo, con uniforme de coronel de voluntarios y expresiva dedicatoria.

Rasgos como este los tenía a cada momento el ilustre prócer. Muchas veces le oímos decir:

—Señores: no hay tierra como España. Yo, que he viajado tanto y que he probado tantas cocinas, he de decir que no hay tierra como la española y cocina como la nuestra. De todos los platos que he probado...

Y los que creían que el duque español iba a pronunciar un nombre extranjero padecían una equivocación, porque el gran prócer terminaba diciendo:

—De todos los platos que he probado el que me gusta más es el cocido.

Y esto, señores míos, lo decía nada menos que el árbitro de las elegancias, el ilustre duque de Tamames, decano de la Diputación permanente de la Grandeza de España, presidente que fué de la Gran Peña, fundador de aquel «Veloz Club»—el casino más aristocrático de Madrid—, en el que se reunía lo más florido de la aristocracia, de la diplomacia y de la alta banca; presidente, también,

de la antigua Sociedad de palcos, el gran amigo y leal servidor de Alfonso XII, el que embarcó para América con la Infanta Doña Eulalia cuando la bella Princesa española llevó a aquellas patrias la representación del suelo hispano; el que, cuando se hablaba de la fundación de los Exploradores de España a semejanza de los «boy scouts» ingleses, decía con mucha razón:

—¿Pero por qué hemos de decir que copiamos, si España fué la tierra de los exploradores? ¿O es que ya no nos acordamos de Hernán Cortés, de Pizarro?...

Se le recordará siempre al ilustre duque de Tamames; le veíamos en invierno con su capa española airosamente llevada; otras veces con el gabán sobre sus hombros, con sus botines blancos sobre su zapato de charol, reclinado, abandonado más bien, con elegancia natural, sobre el asiento de su coche español.

En las carreras, en sociedad, en el teatro... en donde quiera que entrase, se decía siempre, con acento de simpatía y cariño: Ahí entra Tamames. No se decía: ahí entra el duque de Tamames, no; sino «ahí entra o ahí está Tamames», con esa familiaridad que da el ver a una persona a toda hora, en todo momento, en todo aquello a lo que debía asistir.

En su palacio, un palacio muy español y muy «señor», recitó muchas veces el gran Zorrilla sus versos admirables; en esos mismos salones «cantó» sus versos inspirados, muchas veces también, Antonio Grilo, y con esos salones se «compusieron», en cien ocasiones, otras tantas decoraciones de teatro. Porque el gran duque de Tamames sentía por el Arte una decidida afición. En el salón de la Princesa—ese salón (tal es) de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza—se le veía todas las noches.

—¿No ha venido el «padrino»?—preguntaba la insigne actriz cuando se retrasaba el duque.

Y el «padrino» era el consultor para casi todas las obras que en la Princesa se estrenaban.

Muchas veces el aristocrático público que acudía al teatro de la Guerrero y de Mendoza quedábase maravillado ante la propiedad, el lujo, la elegancia, el detalle, el gusto, la «verdad» de un salón que la decoración figurase. Sentían toda esta admiración extraña los que no conocían el secreto. Los demás exclamaban: Esos repos-

teros son de casa de Tamames, esa estatua también... ¿No recordáis aquella suntuosa decoración de los actos segundo y tercero de *Campo de armiño*?—Viéndola y admirándola—, ¡cuántas veces no asomó a nuestros labios la casa de Tamames!

Siempre puso su casa a disposición de los artistas, de los literatos... de España. Y por ser como era, y por representar lo que representaba, su muerte debe ser muy sentida.



Ha muerto, y su pérdida es dolorosísima. Van desapareciendo las grandes figuras de la aristocracia que amaban y rendían culto a las rancias costumbres españolas.

La duquesa Angela de Medinaceli, la duquesa de Rivas, la marquesa de Squilache, el marqués de Molins, el duque de Tamames... Todas estas casas, que abrían sus puertas a las grandes manifestaciones del vivir, las va cerrando la Muerte... y no se vuelven a abrir. Las costumbres han variado mucho. Ya no van quedando muchas casas en las que, por «el tren» en que a diario se vive en ellas, pueda decir el Rey, como lo dijo el pasado verano refiriéndose a la de Tamames un día en que vino desde La Granja a presidir un Consejo de ministros:

—Vamos a almorzar a casa de Tamames.

Y el inesperado comensal fué aquel día nada menos que Su Majestad.

La casa de Tamames la cierra la muerte también. ¡Pobre duque! ¡Con lo que él amaba la vida!

Todo el invierno lo pasó mal, mal. Todo Madrid desfilaba por su palacio, dejando sus tarjetas, y a todo Madrid contestaba él, de su puño y letra, y muchas veces desde la cama, agradeciendo el interés que por él demostraban.

Al principio él no se dió cuenta, por fortuna, de la gravedad de su dolencia. Conservaba la esperanza de curarse. Pero un día nos sorprendió con esta respuesta:

—¡Ca, hombre! Esto no tiene remedio. Esto se va...

En un hombre de tan sano y fuerte optimismo como el que tuvo siempre Tamames, aquellas palabras nos emocionaron. Y tenía razón. Y no tenía remedio su dolencia. Y se ha ido para siempre.

Anteayer confesó. Y al querer confesar, envió recado al señor obispo de Sión. El prelado, que ha estado enfermo de gravedad recientemente, contestó al prócer que acababa de abandonar el lecho y que en cuanto pasasen unos días iría a cumplir su deseo. Escuchó el duque la contestación, y replicó convencido:

—No puedo aguardar tanto; el obispo no sabe cómo estoy; si no puede venir, que me envíe un sacerdote de su confianza.

Y el obispo de Sión, comprendiendo entonces la urgencia del caso, se sobrepuso a sus propias fuerzas y acudió al palacio de la calle del duque de Alba.

Tomó después el Santo Sacramento de la Eucaristía.

Y en el amanecer del día de hoy ha muerto este gran español que ayer—cumpleaños de S. M. el Rey—cumplía él sesenta y cuatro.



Pertenecía el duque de Tamames, D. José Angel Juan Nepomuceno Mesía Gayoso de los Cobos Pando y Téllez Giron, a una ilustre y antigua familia, de las más poderosas de la feudalidad gallega, enlazada luego con otras insignes Casas de la Nobleza.

Nació en Madrid el 16 de Mayo de 1853. Era hijo de D. José Teresiano, tercer duque de Tamames y noveno marqués de Campo-Llano, y de D.^a Angela Gayoso de los Cobos y Téllez Girón, de la Casa de los marqueses de Camarasa. Llevaba también los títulos de duque de Galisteo, marqués de la Bañeza, conde de Lariz y vizconde de los Palacios de la Valduerna.

En 20 de Septiembre de 1873 casó, en el palacio de Liria, de Madrid, con doña María de la Asunción Fitz-James Stuart y Portocarrero, hija mayor del duque de Berwick y de Alba, D. Jacobo Luis, abuelo del actual, y de D.^a María Francisca de Sales Portocarrero, condesa del Montijo y duquesa de Peñaranda, hermana de la Emperatriz Eugenia.

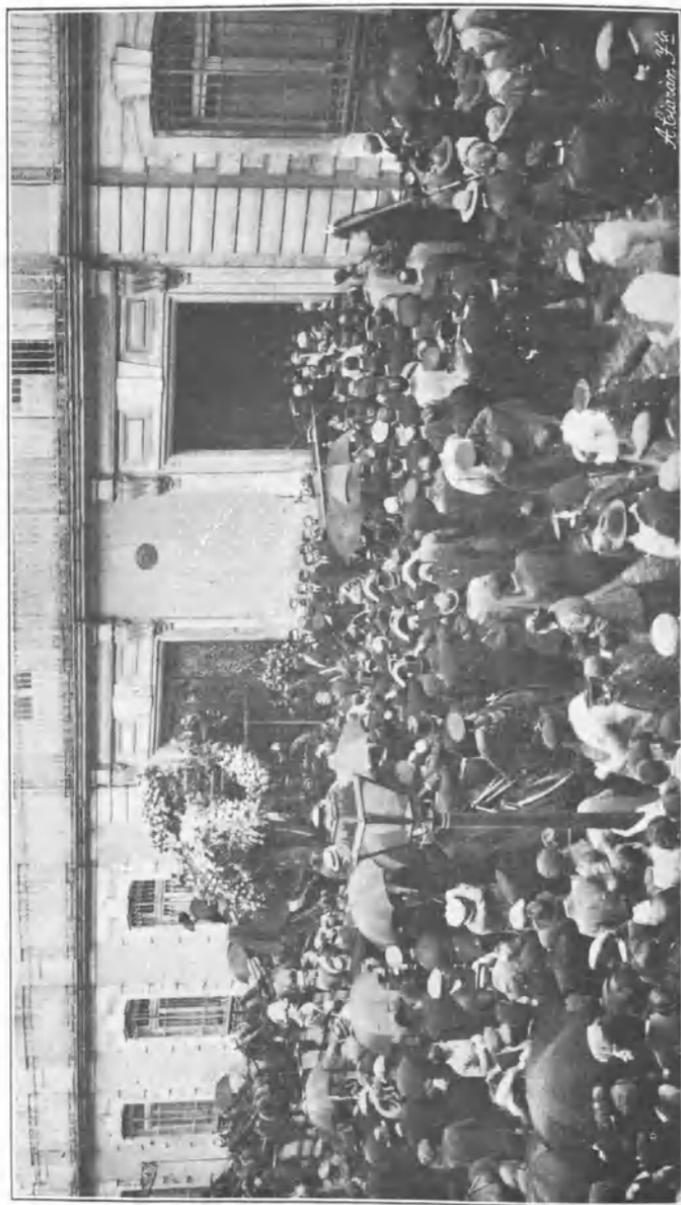
De este matrimonio han nacido los siguientes hijos:

D.^a Angela, casada con D. José María de la Lastra, hijo de los marqueses de Torre-Nueva; D.^a María Luisa, esposa de M. Pierre Dusol de Cartassar; D.^a María de la Asunción, D. José María, marqués de Campo-Llano; D. Fernando, conde de Mora, casado con D.^a María Solange de Lesseps, y D.^a María Isabel.

Por la muerte del duque de Tamames vestirán de luto muchas ilustres familias de la aristocracia madrileña.

Toda la sociedad, en la que tan justas simpatías gozaba el finado, y disfruta su familia, se une al duelo de la duquesa de Tamames y de sus hijos.





Entierro del duque de Tamames. Momento de sacar el féretro del palacio ducal.

(Fot. Marín y Ortiz.)

En el entierro de Tamames.

ACABAMOS de regresar del entierro del duque de Tamames, y queremos escribir unas cuartillas que consignen la gran manifestación de duelo que la conducción del cadáver ha constituido; pero no podemos hacerlo con tranquilidad, porque, sobre apremiar el tiempo, nos lo impide la tristeza.

Hemos asistido al entierro de un gran señor, hemos penetrado en el palacio que fué su residencia señorial, hemos estampado nuestra firma en los pliegos para ello colocados y hemos ascendido después por la marmórea escalera que nos ha conducido al piso principal de la casa.

Se agrupaba la gente en el vestíbulo. Hemos visto a políticos, a aristócratas, a literatos, a artistas, a militares...; hemos visto destacarse de la negrura de las levitas las rojas cruces de las Ordenes de Calatrava, de Santiago y de Montesa y la verde esmeralda de la Orden de Alcántara; hemos visto refulgir del severo conjunto los bordados uniformes de maestranes y gentileshombres, y flamear las rizadas plumas de los cascos y los sombreros de tres picos.

—¡Pobre duque!—decían todos los reunidos—. ¡Con él se va toda una época!

Y hemos entrado en la capilla ardiente y hemos saludado a los hijos angustiados, a los nietecitos llorosos, y hemos oído chisporro-

tear los cirios, y hemos visto descansar en el suelo, sobre rico tapiz de terciopelo negro y oro, el féretro de caoba en el que descansaba el cuerpo yerto del prócer, con su uniforme de coronel de voluntarios, por el que tuvo siempre tanta predilección.

Había en la estancia un profundo silencio. Brillaba el crucifijo de plata que se alzaba en la cabecera de la capilla, tapizada toda de negros paños con áureos galones; brillaban a la llama intranquila de las luces las altas alabardas de los alabarderos que daban guardia al cadáver; destacábanse en el obscuro fondo los uniformes de los caballeros de las Ordenes militares que habían de bajar a hombros el cadáver del comendador mayor de Montalbán en la Orden de Santiago.

Seguía entrando gente; era un subir incesante de los que fueron amigos del muerto ilustre, de este gran aristócrata que parece llevarse tras sí toda una época de la historia aristocrática de España. Y los militares y los políticos, y los artistas y los literatos, y los poetas y los académicos, y los aristócratas y los diplomáticos, y cuanto en Madrid tiene una representación se agolpaba en el vestíbulo, junto a las marmóreas columnas, junto a los ventanales, por los que entraba una luz gris.

Con los hijos del prócer recibió a la concurrencia el duque de San Pedro de Galatino, conde de Benalúa. Estrechamos su mano, que tiembla de emoción. ¡Toda la vida juntos! Por eso a sus ojos asoman las lágrimas, y por eso exclama:

—¡He perdido un hermano!

.....
¡¡Las tres!!

Es la hora del entierro. Ya espera en la clásica calle del Duque de Alba, ante el palacio madrileño de tan bella historia española, la monumental carroza, cubiertas de coronas. Ya aguardan, formados, los exploradores de España, que rinden el último tributo a su animoso presidente. Ya la calle, el zaguán, la escalera, el vestíbulo, están intransitables... Los balcones de las casas aparecen cuajados de gente. La fila de automóviles y carruajes es interminable...

¡Oh, qué manifestación de duelo tan sentida, tan cariñosa, tan sincera! Por la mañana estuvieron en la capilla ardiente, orando

largo rato, SS. MM. y AA. RR. Por la tarde, todas las personas Reales enviaron sus representantes al entierro.

Se oye una voz que dice:

—¡Preparen!

Chocan unas alabardas con otras y se forman los alabarderos en el zaguán. Hay un movimiento de repliegue entre los concurrentes. ¡Paso! Y los caballeros de las Ordenes militares alzan el féretro, sobre el que han colocado el birrete de la Orden, y lo posan sobre sus hombros.

Desciende la comitiva por la marmórea escalera, suena el redoble fúnebre del tambor y el pifano con sordina del zaguante de alabarderos, y lentamente, lentamente, van descendiendo tras el féretro todos los que han de acompañar el cadáver hasta el panteón de Leganés. El momento es de gran emoción. Cruzan los servidores de la casa con sus libreas de gala con lazos de crespón; el obispo de Sión—ya en el zaguán—bendice por última vez el cadáver, y al fúnebre redoble y al triste resonar del pifano es colocado el féretro en la carroza.

Marcha la Guardia municipal; marchan los exploradores de España; marcha la carroza, cubierta de flores; detrás la presidencia, formada por la representación de las personas Reales y la de la familia; después... todo Madrid, ese todo Madrid que representa vida y fuerza, y nobleza e hidalguía, y letras y arte, y milicia y aristocracia y política...

Tras el féretro descendimos también nosotros. Tejiendo una corona de recuerdos cariñosos al prócer muerto íbamos unos cuantos de los que fuimos sus amigos; el primer caballero de Su Majestad, duque de la Unión de Cuba; el marqués de Aranda, el de Castelar, el de Valdeterrazo, el coronel y senador vitalicio D. Rafael Sarthou, que era secretario del Gobierno de Madrid cuando el duque de Tamames era gobernador; el duque de Béjar, el de Tetuán, el barón de la Vega de Hoz, «Monte-Cristo», el marqués de Portago, el de Ivanrey, el duque de la Conquista, el de Vistahermosa, el general Borbón, Gerardo Lánchara...

Y llegamos al zaguán, y salimos a la calle y miramos al palacio, triste y solitario y silencioso. Y echamos a andar.

Allá lejos iba la carroza, tan alta, tan esbelta, tan llena de flores,

tan señorial, arrastrada por ocho caballos. Detrás, las de gala y cientos de coches y automóviles.

Y cuando entre una llovizna—a ratos menudita y a ratos copiosa—hemos dejado en el panteón de Leganés el cadáver del decano de la Diputación permanente de la Grandeza de España, de aquel gran señor que fué popular y respetado y que adoró el Arte, las Letras y las Armas, hemos venido a la Redacción y nos hemos puesto a escribir estas cuartillas.

—¡Pobre duque!—decimos también—. Con él se ha ido toda aquella época de Alfonso XII. Con él, también, un pedazo de la simpatía popular y de la rancia aristocracia española.



Durante toda la mañana de hoy ha continuado recibiendo la familia del duque de Tamames numerosas manifestaciones de pésame.

La Real familia, que tan singular afecto profesaba al finado, ha querido darle una prueba de su estimación, así como a su familia, yendo hoy al palacio de la calle del Duque de Alba.

A las diez llegó S. A. la Infanta Doña Isabel, acompañada de su dama, la señorita Margot Bertrán de Lis, y poco después los Infantes Don Carlos y Doña Luisa, y el Infante Don Fernando y la duquesa de Talavera.

Las augustas personas estuvieron algunos momentos orando ante el cadáver.

A las once llegaron los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, acompañados por la condesa viuda de los Llanos y el conde del Grove.

SS. MM. fueron recibidas al pie de la escalera por el marqués de Campo-Llano y sus hermanos, y por el duque de San Pedro de Galatino.

Los Soberanos estuvieron en la capilla ardiente, orando ante el cadáver, y luego oyeron misa en el oratorio inmediato.

El Rey expresó a la familia de Tamames el gran sentimiento que la desgracia le había producido.



Hacia tiempo que no se presenciaba una manifestación de duelo tan expresiva espontánea.

Desde las personas Reales hasta el pueblo madrileño, entre el que era tan popular, todas las clases sociales se asociaron al duelo, contribuyendo con su presencia—bien en la comitiva, ya apostadas, en la calle, al paso del cortejo—a ese sincero homenaje.

En la calle del Duque de Alba y en la Plaza del Progreso se hallaban formadas las tropas de exploradores de España, al mando del comandante Trucharte.

Los exploradores quisieron así rendir tributo a su ilustre presidente, y los agra-

decidos muchachos soportaron durante media hora, y a pie firme, el aguacero que cayó antes de ponerse en marcha la comitiva.

Bajaron en hombros el féretro el duque de Medinaceli, y designados por el presidente del Tribunal de las Ordenes militares, el vizconde de Bellver y D. Diego del Alcázar, en representación de la de Santiago; el conde de Heredia Spínola y D. Luis Jordán de Urríes, por la de Calatrava; los marqueses de Oliver y Quirós, por la de Alcántara, y D. José Suárez Guantes y D. Juan de Nardiz, barón de Velli, por la de Montesa. Fué colocado—mientras los tambores del Cuerpo de Alabarderos redoblaban—en una lujosa carroza-estufa, tirada por ocho caballos empenachados.

Sobre ella, y colgando a un lado y otro, pusieronse varias de las numerosas coronas recibidas, entre ellas las de los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, y la Reina Doña Cristina, los exploradores de España, la Gran Peña, el Nuevo Club, los duques de Alba, Santofía y Peñaranda; la servidumbre de la Casa y Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero.

La de estos ilustres artistas ostentaba una dedicatoria muy sentida. Decía así: «A nuestro padrino del alma, María y Fernando».

Inmediatamente se puso en marcha el cortejo.

Abría calle una sección de la Guardia municipal, montada; seguían las fuerzas de exploradores, ostentando negros brazales, y a continuación iba el clero de la parroquia del Buen Consejo, con cruz alzada y cantores.

Seguía el coche mortuorio, a cuyos lados iban, dando guardia de honor y vistiendo uniformes con bandas, los representantes de la Diputación permanente de la Grandeza de España, duques de la Vega, Luna, Arión y Conquista, y marqueses de Castelar, Rafal y Portago.

Separados de ellos, y detrás, marchaban los criados de la Casa de Tamames, con libreas y cabezas empolvadas; los porteros del Senado, y los del Nuevo Club y la Gran Peña.

Las presidencias del duelo, que a continuación iban, eran dos.

Constituían la primera el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreclilla, en representación de los Reyes; el marqués de Castel-Rodrigo, por la Reina Doña Cristina; el mayordomo de semana, conde del Rincón, por la Infanta Doña Isabel; el duque de la Victoria, por el Infante Don Fernando, y el marqués de Bendaña, por los Infantes Don Carlos y Doña Luisa.

Formaban la segunda el presidente del Consejo, marqués de Alhucemas; los ministros de Gracia y Justicia e Instrucción pública, Sres. Ruiz Valarino y Francos Rodríguez; los hijos del finado, marqués de Campo Llano y conde de Mora; el hijo político D. José de la Lastra, con sus dos hijos; el duque de Alburquerque, cuya Casa hace honores a la de Tamames; el duque de San Pedro de Galatino, íntimo amigo del finado, y el marqués de Camarasa, próximo pariente.

La concurrencia, como antes decimos, era numerosísima.

En ella figuraban, entre otras muchas personas—pues la lista completa sería imposible—, el ministro de la Guerra, general Aguilera; el capitán general marqués de Tenerife, el capitán general de la Armada, conde viudo de Villamar; el ministro de Hacienda, Sr. Alba; los embajadores de Austria-Hungría, Príncipe de Fürsten-

berg; Italia, conde Bonin Longare, y Francia, M. Geoffray; el vicepresidente primero del Senado, marqués de Pilares; el presidente del Congreso, Sr. Villanueva; el ex presidente del Consejo, D. Eduardo Dato; el ex presidente del Congreso, señor González Besada; los ex ministros Sres. Sánchez Guerra, Luque, conde del Serrallo, duque de Mandas, marqués de Figueroa y Urzáiz; el capitán general de la región, Sr. Marina; y la Comisión del Senado, formada por el duque de Montellano, los marqueses de la Mina, Cenia y San Juan de Piedras Albas; los condes de Torre Arias, Almodóvar y Torrejón, y el académico D. Juan Antonio Cavestany.

También concurrieron los duques de Santo Mauro, Sotomayor, Peñaranda, Tarifa, Tovar, Aliaga, Bivona, Plasencia, Torres, Ahumada, Dúrcal, Híjar, Infante, Zaragoza, Parcent y Osuna.

Los marqueses de Viana, Velada, Cenete, viudo de Canillejas, Vega de Anzo, Zahara, Santo Domingo, Guadalmina, San Felices de Aragón, Martorell, Valdueza, Perales, Portugalete, Narros, Borghetto, Zarco, Villavieja, Romana, Flores-Dávila y Valdeiglesias;

Los condes de Sástago, Revilla-Gigedo, Villares, Mejorada, Peralta, Superunda, Conquista de las Islas Batanes, Cuevas de Vera, Lizárraga, Caudilla, Riúdoms, Unión, Paredes de Nava, Peña Ramiro, Ventosa, Real, Peñaranda de Bracamonte, Glimes de Brabante, Cerragería, Almenas, Campo de Alange, Guendulain, San Luis, Scláfani, Sallent, San Félix, Cimera, Santa Engracia, Maceda, los Llanos y Sepúlveda; los vizcondes de Garcí Grande, Castillo de Genovés, Cuba y Mambias; el barón de Casa Davalillo;

Los generales Bascaran, Primo de Rivera y Tovar (D. José), y los Sres. Benavente, Benlliure, García Molinas, Pérez de Guzmán, Bretón, Ibarra (D. Fernando María), Barriobero y Armas, Torres (D. Emilio María), Amézaga, Tortosa, Gómez de Baquero, Salamanca (D. Carlos y D. Manuel), Betegón, Iradier, Echegaray (D. Alfredo), Espiñá, Bertrán de Lis (D. Ignacio), Martos O'Neale, Pérez del Pulgar, Moya, Prado y Palacio, Garay, Ródenas (D. Alfonso A.), Manrique de Lara, Martos (don Cristino), López Ballesteros, Torres (D. José Luis), Weyler (D. Fernando), López Pozas, Bullón de la Torre, Prast, Cuadra, Casa, Valcárcel y Mazón, Cossío, Nieulant, Beistegui, Barbería, Zavala, Méndez de Vigo, Figueroa y Bermejillo, Errazu, Criado y muchos más.

Detrás iba una sección, del grupo de preparación militar, de exploradores, al mando del instructor Sr. Cabezas. Daba guardia preferente, y llevaba la bandera arrollada en señal de duelo.

Cerraban la marcha la carroza ducal de la Casa de Tamames y los coches «de París» de la Real Casa.

Descanse en paz el ilustre prócer.

En la Embajada de Alemania.

A la amable invitación de los embajadores de Alemania acudió anoche a la elegante residencia diplomática una buena parte de la sociedad aristocrática. No se habían abierto los salones del palacio de la Castellana a ningún eco de la vida social desde el principio de la campaña, habiéndose celebrado tan sólo un té en la intimidad y una comida en honor del conde de Romanones, entonces presidente del Consejo. Y fué anoche cuando los bellos salones del Príncipe y de la Princesa de Ratibor se abrieron, no para fiesta, sino para proyectar en el cinematógrafo algunas interesantes cintas de la campaña.

Fueron las proyecciones muy interesantes, y fué la concurrencia muy numerosa, y los embajadores recibieron a sus amigos con exquisita cortesía.

Entre los reunidos figuraban los diplomáticos de las Embajadas de ambos Imperios centrales con las de sus aliados y los neutrales, como el embajador de Austria-Hungría y la Princesa de Fürstenberg, el ministro de Holanda y Mme. Van-Royen, los ministros de Suecia, Grecia, Persia y encargado de Negocios de Noruega; el agregado militar de Austria-Hungría y la condesa Dzieduszycki, el barón y la baronesa Gudenus; también estaba el consejero de la Embajada de la Argentina, Sr. Moreno.

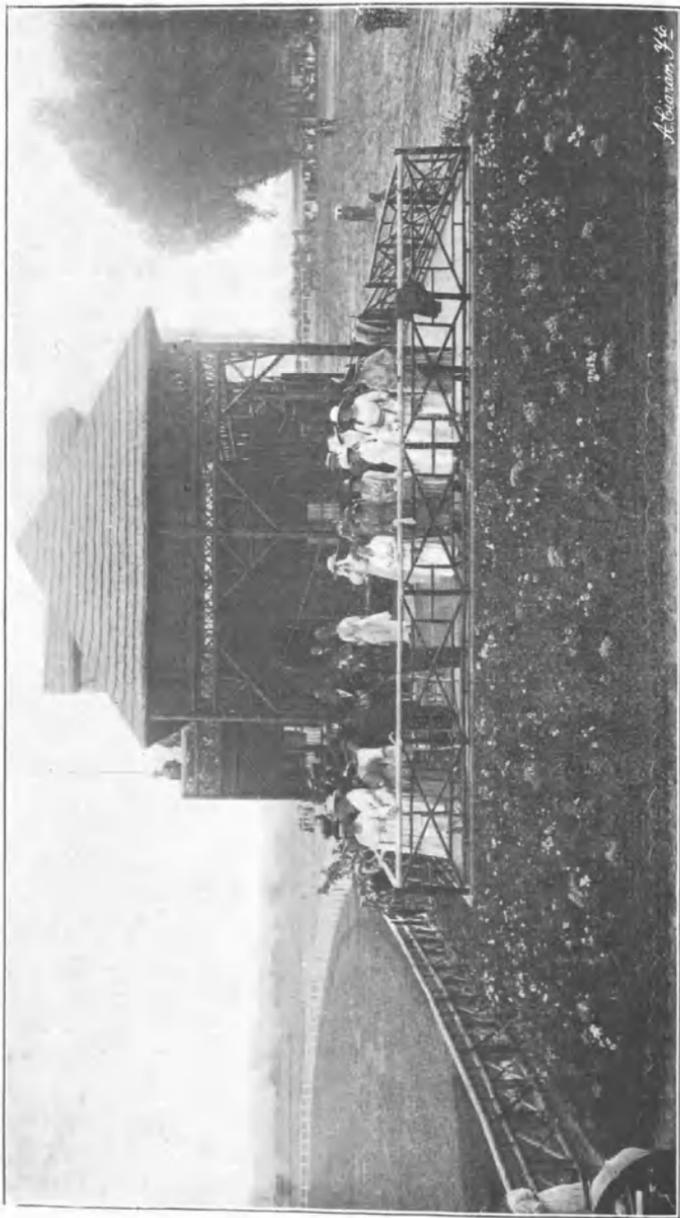
Del elemento oficial estaban: el presidente del Consejo de mi-

nistros y la marquesa de Alhucemas, el ministro de Estado, señor Alvarado; el de Hacienda y la señora de Alba, y el presidente del Congreso, Sr. Villanueva, con su hija; entre los políticos, el ex presidente del Consejo, D. Eduardo Dato, con su señora y sus hijas; el ex ministro conde de Esteban Collantes, con su hija soltera.

Entre los palatinos, el mayordomo mayor de S. M. la Reina y la duquesa de Santo Mauro y su hija la condesa de San Martín de Hoyos; el de S. M. la Reina Doña Cristina y la Princesa Pío de Saboya, la marquesa de Viana y su hija la de Villaviciosa, el caballero duque de la Unión de Cuba y la duquesa, el ayudante del Infante Don Carlos y la marquesa de Bendaña, el secretario de la Reina Doña Cristina y la condesa de Aguilar y sus hijas, las damas de la Reina, duquesas de Ahumada, Tovar, Victoria y Vistahermosa; marquesas de Santa Cristina y de Comillas; condesas de Alcu-bierre, Maceda y Almodóvar; las damas particulares de la Reina, señoritas de Heredia, de Carvajal y de Loygorri; la de la Reina Cristina, marquesa de Moctezuma, y las de las Infantas D.^a Luisa y D.^a Beatriz, marquesa de Aguila Real y señora de Ruata.

También estaban: la duquesa de Sueca y de la Alcudia, que tras una larga ausencia se presentaba en sociedad para presentar a su hija política la señorita de Rúsoli, que es una encantadora joven que pronto brillará en los salones aristocráticos; las marquesas viuda de Hoyos, Rocamora, Tenorio, Espinardo y Bermejillo del Rey; condesas de San Luis, Cartayna, Torre de Ceta y Aybar; vizcondesa de los Antrines; señores de Herreros de Tejada con sus hijas, señora de Bermúdez de Castro y señorita de Quirogá y Navia Osorio; señoritas de Cárdenas, de Elduayen, de Figueroa, de Bermejillo, de García Prieto, de Benemejts de Sistallo, de Díez de Rivera y señoras de Muñoz-Vargas, de López Roberts y de Ibarra.

También estuvieron: los duques de la Conquista, Victoria, Ahumada, Infantado, Vistahermosa y Tovar; marqueses de Torneros y Mohernando; condes de Maceda, San Luis, Torre de Ceta y de la Maza; barones de Gagern y Gudenus; marqueses de Polavieja, Grijalba, Amposta, Bendaña, Elduayen, Santa Cristina y Tenorio, y los señores Moreno Carbonero, Fernández de Ljencres, Escalera, Ibarra (D. Fernando), conde de Glimes de Brabante, Travesedo (D. Francisco) y muchos más.



Hipódromo de Aranjuez. La tribuna real.

(Fot. Marín y Ortíz.)

Los almuerzos de ayer en Aranjuez.

UNA nota pintoresca y brillante de la vida aristocrática la constituyó ayer la inauguración del Real Hipódromo de Aranjuez, debido a la iniciativa de S. M. el Rey. Con este motivo, que fué para el Real Sitio un día de gala, ese «todo Madrid» aristocrático y aficionado a las carreras de caballos se trasladó a Aranjuez desde las primeras horas de la mañana, almorzando allí. El espectáculo era pintoresco, distinguidísimo y brillante. Y los almuerzos fueron muy numerosos.

Detallaremos los comensales de algunos de ellos. Y empezaremos, naturalmente, por el que ofrecieron SS. MM. en la artística Casita del Labrador.

En mesitas de cuatro cubiertos se colocaron los invitados, sentándose a la de S. M. la Reina, la condesa de San Félix, el Príncipe Pío de Saboya y el joven marqués de Lamberty; a la de S. M. el Rey, las marquesas de la Mina y de Mohernando y el Príncipe de Beauvau, y figurando en las otras mesas: SS. AA. la Infanta Doña Isabel, Infantes Doña Luisa y Don Carlos, Infante Don Fernando, duquesa de Talavera, Príncipe Raniero de Borbón, camarera mayor interina, condesa de los Llanos; marqués de la Mina, Princesa Pío de Saboya, duquesa y duque de la Unión de Cuba, duque del Infantado y su hija mayor, duque de Santo Mauro, marquesa de Riscal y su hija la marquesita de Sofraga, marqués de Villavieja y su hija la

señorita de Escandón, marqués de Mohernando, conde de San Félix, señorita de Heredia, señorita de Falcó y Alvarez de Toledo y sus hermanos D. Manuel y D. José, hijos de los marqueses de la Mina; duquesa y duque de la Conquista, marquesa de Moctezuma, condesa y conde de Maceda y su hija la vizcondesa de Fefiñanes, el señor Careaga, el general Aznar, el general Fernández Silvestre, el conde de Aybar y el coronel Elorriaga.

El conde de la Cimera ofreció otro almuerzo en su casa de Aranjuez, servido en el atrio que da entrada a la posesión.

Los comensales fueron los siguientes: duquesa y duque de Montellano y sus hijos Palomá Falcó y el marqués de Pons, marquesa de Viana y sus hijos, la marquesa viuda de Sotomayor y su hija la condesa de Buenavista de la Victoria, duquesa y duque de Aliaga y su hija la marquesa de San Vicente del Barco, condesa y conde de Agrela y su hija Rosario, duquesa y duque de Ahumada, marquesa y marqués de Ivanrey, marquesa de Villaviciosa y condesa de Torre-Hermosa, señores de Beistegui, D. Fernando M. de Ibarra y señora, señorita de Martínez de Irujo, condesa y conde de Clavijo, conde de Peña-Ramiro, D. Narciso Pérez de Guzmán, el marqués de Buniel, D. Carlos L. Dóriga, D. Isidoro Urzáiz y los Sres. Santos Suárez y Maroto y Pérez del Pulgar.

El Ritz dispuso varios almuerzos, ascendiendo a 500 los comensales y siendo todos ellos perfectamente atendidos.

Entre otras personas, almorzaron allí los condes de Torre-Arias, la duquesa de Santo Mauro y su hija la condesa de San Martín de Hoyos, la señorita de Benamejís de Sistallo, el marqués de Santa Marta, los condes de Velayos y del Rincón, el marqués de Urquijo y los Sres. Barbería, Silva y Mitjans y Roca de Togores.

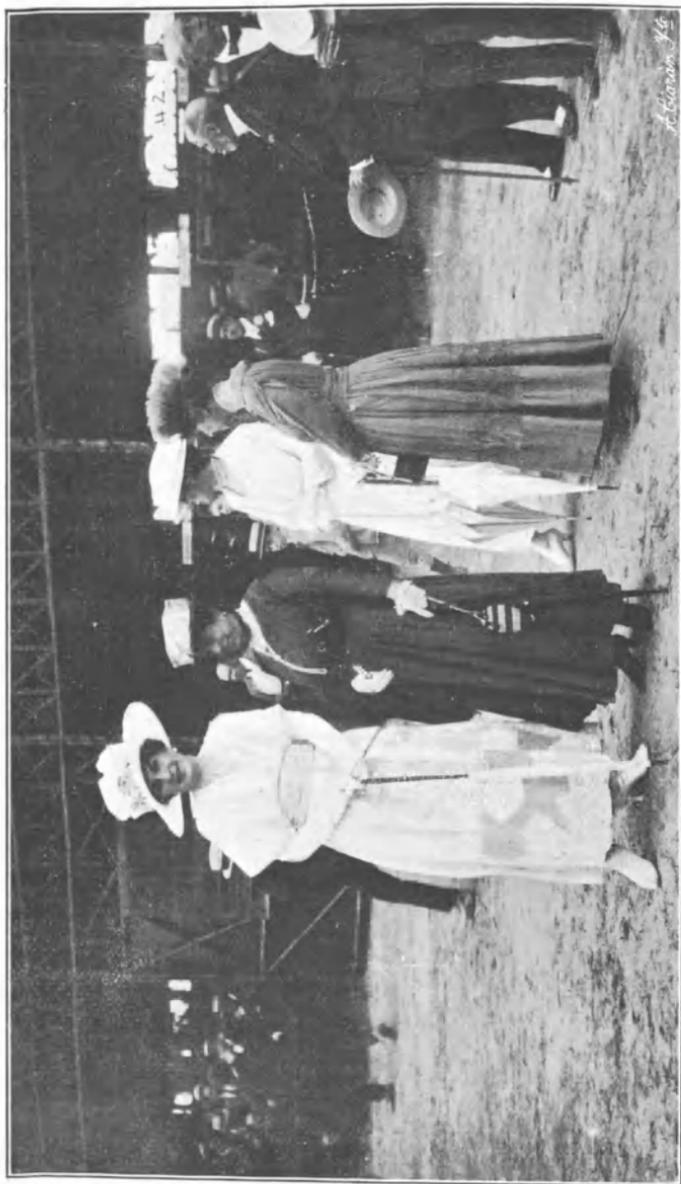
Con los marqueses de Argüelles, sus hijos los señores de Luque y los barones de Velli; con los señores de Mora, los duques de la Victoria, la señorita Teresa Amézaga y D. Jaime Martínez del Río; con los marqueses de Benicarló y su hija, la marquesa de Olivares, la señorita de Santa Genoveva y su hermano; con la condesa de Alcubierre, la marquesa de Espinardo, los duques de Alburquerque, la condesa de Valmaseda y su hija, la señorita de Despujol, y los señores condes de Glimes de Brabante, Jencquel y Villamarciel.

En otra mesa: los duques de Dúrcal, condesa y conde de Cuevas



Aspecto del Hipódromo de Aranjuez en las Carreras de Inauguración.

(Fot. Mario y Ortiz.)



En el Hipódromo de Aranjuez.

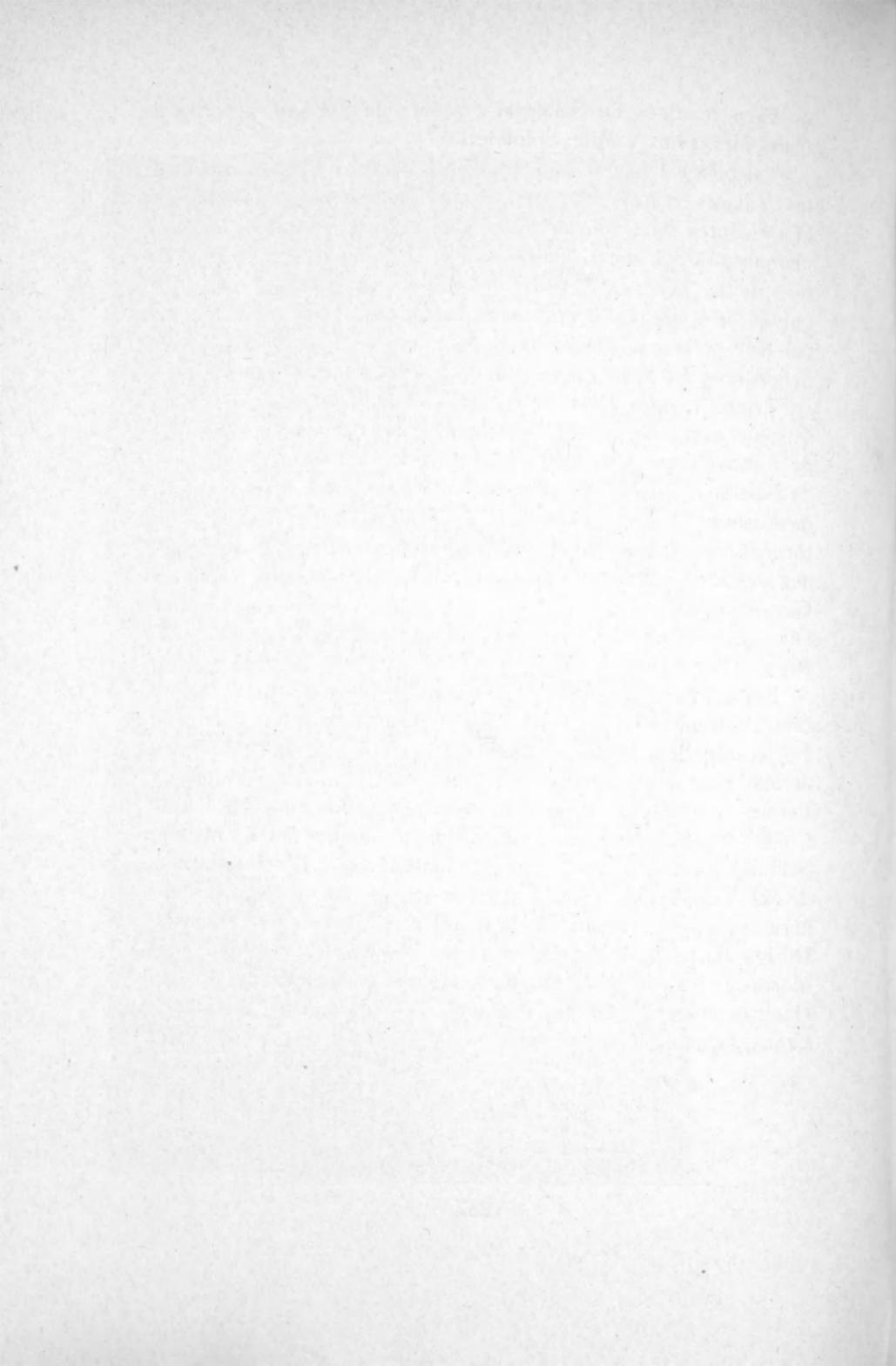
(Fot. Marín y Ortiz.)

de Vera, marqués de Salamanca, señora de Soriano, señorita de Caro, Mrs. Blaiz y Mlle. Solowieff.

También estaban los señores Garay, Gamero Cívico, condes de los Villares, marqués de San Miguel, marquesa del Baztán y su hija, señores de Calvo de León, Cuadra, Ortiz, conde de la Maza, marquesa de Chávarri, marquesa de Cayo del Rey y su hija, duques de las Torres y Tovar, con las señoritas de Figueroa y marqueses de Villatoya, duques de Tarancón, marqueses de Bermejillo del Rey y su hija, los señores de Lombillo, el marqués de Valdeiglesias y las señoritas de Muñoz y de Pidal y otros muchísimos.

También concurren al Hipódromo, abriantando con su presencia el espectáculo desde el «stand» y las tribunas, las Princesas de Furstenberg, Thurn et Taxis y Ratibor; duques de Tetuán y de Pastrana; marquesas de Mos, Villacañas y Castelar; condesas de Adanero, Torre-Palma, Vado y Sierrabella; vizcondesa de Portocarrero y señoras y señoritas de González Beltrán, Icaza, Martínez del Río, Scláfani, O'Donnell, Salcedo, Arcentales, Semprún, Castilleja de Guzmán, Vadillo, Borbón, Moreno Osorio, Canthal, Díaz, Casa-Calderón, Chirel, Aybar, Perales, Figueras, Núñez de Prado y otras.

Entre otros distinguidos «sportsmen», estaban los duques de Andría, Pastrana, Tarifa y Gor; marqueses de Narros, San Francisco, Corpa, Murrieta, Velada, Rambla, Valderas, Arrenal, Villaviciosa de Asturias, Aranda, Torneros, Castillo de Jara, Arcos, Ahumada, Perales y Castelar; condes de Revilla-Gigedo, Romilla, Torata, Casa-Valencia, Mejorada, San Clemente, Quinta de la Enjarada, Scláfani, Real, Catres, Torrúbia, Villabrágima y Lérida; vizconde de Mamlás, Príncipe Aldebrandini y señores doctor Recasens, generales Luque y La Barrera, Travesedo, Alcalá Galiano, Manzano, Dóriga, Sartorius, Pidal (D. Santiago), Martos (D. Jacinto), Alonso Martínez, Sancho, Laó, Muguero, Maura, embajador de Austria-Hungría, conde del Grove, duque de Tetuán, ministro de Bélgica, Creus, Gándara, Güell y otros.





El duque de Bivona, presidente de "La Gran Peña".

(Fot. Kaulak.)

La casa de "La Peña".

ESTA tarde ha sido inaugurado por SS. MM. los Reyes el nuevo edificio construido por la Sociedad la Gran Peña en la esquina de la avenida del Conde de Peñalver y calle del Marqués de Valdeiglesias.

El nuevo edificio es, realmente, magnífico. Su parte artística honra a los arquitectos Sres. Gamba y Zumárraga, y su interior responde a todas las exigencias y comodidades que requiere la vida moderna, y especialmente la de un Círculo de la importancia de éste.

Ocupa la Gran Peña cuatro pisos: el de sótanos, perfectamente habilitado para numerosos servicios; el bajo, el principal y el ático; los demás están alquilados.

La entrada al Círculo es por la fachada de la Gran Vía, teniendo además el edificio puertas en las calles del Marqués de Valdeiglesias y de la Reina.

Entrando por el vestíbulo principal, de mármol y adecuadas proporciones, se pasa al *hall* de la planta baja, del que arranca una escalera monumental, también de mármol, con barandilla de hierro y bronce en estilo español. Al final del primer tramo—que se bifurca luego en los dos que llegan al piso principal—se destaca, en el testero del frente, un lujoso repostero.

La primera habitación de importancia que se encuentra en el

piso bajo, a la derecha, es la sala de escribir, con dos balcones a la Gran Vía. Ha sido decorada y amueblada con mucho gusto.

Inmediato a ella está el salón grande, destinado a principal estancia de los socios. Es un salón de hermosísimas dimensiones, que constituye un verdadero alarde de arte y elegancia. A él pertenecen los restantes ventanales de la Gran Vía y todos los de la rotonda. Se halla decorado con lámparas y *apliques* de bronce, y cuadros de Sorolla, Martínez Cubells, Moreno Carbonero, Martínez Abades, Cussachs y Sáinz. La chimenea, de mármol y bronce, es muy elegante y de estilo español.

Al otro lado del *hall* se halla otro gran salón, de tertulia, con cuadros de Muñoz Degraín, Sáinz, Martínez Abades y Valcorba. El mobiliario es, ante todo, cómodo.

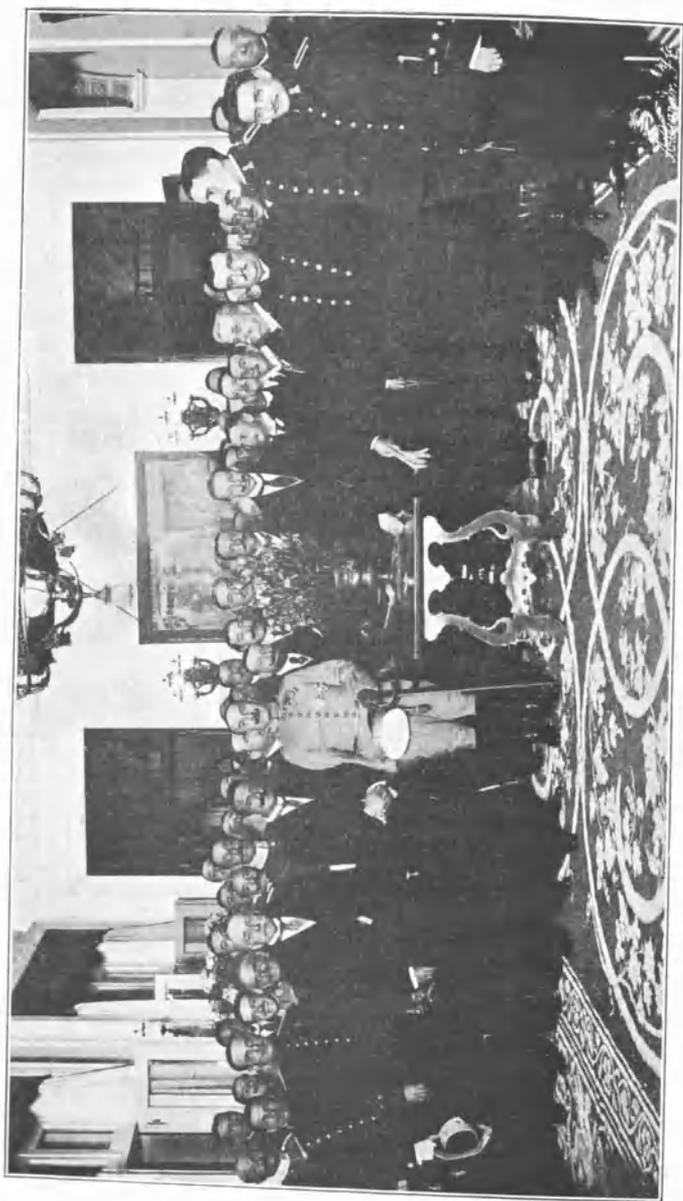
Completan la planta baja una sala para visitas, muy elegante; el *office*, muy bien instalado, y el comedor, amplio y con hermosas luces, capaz para cien personas.

Subiendo al piso principal, encuentra el visitante, en primer término, el *hall* alto, de análogas proporciones que el bajo. En el lado de la Gran Vía sucedense tres salones, con mesas para periódicos, mesas de tresillo, butacones de gutapercha, etc.; los decoran cuadros de Benlliure (Mariano y Juan Antonio), Plá, Llaneces y Antonio de la Torre. Los *apliques* y arañas son también de bronce, y del mejor gusto.

En el último salón se destaca la magnífica chimenea, de talla y azulejos—que se hallaba en una habitación análoga de la antigua casa—, y en cuyo centro figura, como es sabido, la fecha de 1869: año en que se fundó la Gran Peña. En esa misma sala figuran dos carbonos de Gomar, muy bonitos, y unos bocetos de Cussachs.

A continuación de esta estancia está el salón de la rotonda, también muy confortable, y ya en el lado que da a la calle del Marqués de Valdeiglesias, el salón de billar, muy grande, con varias mesas y techo de viguería.

En el piso principal se halla también otro salón, de forma elíptica, que será seguramente uno de los más concurridos del Círculo; su decoración, que es sobria, la constituyen una elegante vidriera y puertas que recuerdan las que figuran en las habitaciones restauradas de Felipe II, en El Escorial.



Inauguración de "La Peña", S. M. el Rey rodeado de los socios.

(Fot. Marín y Ortíz.)

En muchos de estos salones son elemento importante de decoración las soberbias alfombras, que proceden de la Real Fábrica de Tapices. También llama la atención un magnífico repostero, colocado en la escalera, de terciopelo rojo y tisú de plata, que forma una gran águila.

La biblioteca—cuyos balcones dan a la calle de la Reina—es una habitación verdaderamente suntuosa. Las anaquelerías, llenas de libros, contienen cerca de 25.000 volúmenes. Se encuentran, además, en este piso, el despacho del presidente y la sala de Juntas.

La planta de los sótanos es también muy interesante. Además de las cocinas, figura allí una sala de armas para los socios, alumnos del maestro Carbonell; diferentes cuartos de vestir, perfectamente acondicionados; numerosos cuartos de baño, la barbería y las dependencias de la servidumbre.

Pero aún cuentan los socios de la Peña con una comodidad más: la que les ofrece el piso superior del edificio, el ático, al que se sube en dos rápidos ascensores, dedicados exclusivamente al servicio del Círculo.

En este piso hay nuevas cocinas, nuevos salones y comedores, y una espléndida terraza, desde la que se domina uno de los más bellos panoramas de Madrid.

En las noches de verano, ha de ser el sitio más agradable de la Peña.

Como se ve, el nuevo local del simpático Círculo no puede ser ni más cómodo ni más completo. No se ha omitido en él el menor detalle, ni se ha escatimado gasto alguno. Todo ha sido hecho por industriales españoles, que han demostrado, una vez más, su valer y su buen gusto, consiguiendo unos y otros dar a la nueva casa ese sello de elegancia y distinción que posee la Gran Peña.

Claro está que una parte principalísima de este admirable resultado corresponde a la Junta directiva del Círculo, de cuyos desvelos, constancia y talento es ocioso hablar. Todos los socios de la Peña han contraído una deuda de gratitud hacia la Junta, que sobre todo en estos últimos días no se ha dado punto de reposo.

Vayan, pues, por adelantado un elogio al presidente, duque de Bivona; los vicepresidentes, generales Ramos y Orozco; al tesorero, D. Pedro Martínez Calvo; contador, conde de Val-del-Aguila;

secretario primero, D. Antonio López Roberts; secretario segundo, D. José Mirelis; bibliotecario, D. Ciriaco de Iriarte, y vocales, señores marqués de Villanueva de las Torres, Agrela (D. Mariano), Roncal, Fernández de Castro, Lamela (D. Carlos), Martínez Fresneda y Cavanilles.

Auxiliar eficaz de esta Junta es el Comité de admisión, que forman el duque de Tetuán, el marqués de la Ensenada, D. Pedro García Conde, D. Jorge Soriano, D. Venancio Nardiz, D. Norberto Viqueira, D. Miguel de Osma, D. Alfredo Moreno Osorio, D. Guillerme García Puelles y D. Rafael de Vargas Semprún.

Recuerdos.

Tomamos de *La Epoca* los siguientes curiosos párrafos:

Corría el año de 1869—dice el ilustrado general de división de Ingenieros D. José Gómez Pallete, en una monografía histórica de la Gran Peña, próxima a publicarse, y a la cual ha puesto prólogo el conocido general y autor dramático D. Leopoldo Cano—, cuando alrededor de varias mesas del Suizo se reunían jefes y oficiales de Estado Mayor y de Ingenieros, que comentaban en sus peñas habituales los sucesos ocurridos en la familia militar.

Existía por entonces profunda división y aun enconado antagonismo entre los oficiales del Ejército que habían tomado parte en el movimiento revolucionario que llevó a su cabeza a los generales duque de la Torre y conde de Reus, y los que con los generales marqués de Novaliches, Calonge y otros habían permanecido fieles a la Reina Doña Isabel II.

En estas peñas de oficiales, llamados entonces facultativos, se censuraban actos de los gobernantes, y estas censuras llegaron a conocimiento de las autoridades, siendo éste el motivo de que Navarro, Marengo, Cortés, Pera, Osma y tantos otros que han abandonado este pícaro mundo, pidieran a Mattossi o a Franconi les designase un local donde no tuviera ingreso el público ni hubiera, por lo tanto, temor a indiscreciones.

Para dar mayor fuerza a la petición, se consiguió sin dificultad que los artilleros, que tenían su peña tradicional en el café de la Iberia, se adhiriesen al movimiento, figurando entre ellos Mesa, Sevilla, Alberico y tantos otros.

En un salón del piso entresuelo, ocupado por el café, en el número 16 de la calle de Sevilla, sin más mobiliario que el corriente, reducido a mesas de mármol sujetas al pavimento, y las tradicionales banquetas de terciopelo granate, quedó instalada la nueva Sociedad, con el nombre de la Gran Peña, el 14 de Marzo de 1869, conviniéndose en no limitarla a militares, sino admitir a cuantos elementos se creyera conveniente.

Trescientos ochenta y ocho peñistas, que tal denominación acordaron llevar—continúa diciendo en su interesantísima monografía histórica el general Pallete—, constituyeron la nascente Sociedad.



SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña María Cristina y SS. AA. la Infanta Doña Isabel y la duquesa de Talavera visitando la nueva casa de "La Peña"

(Fot. Alfonso.)

Nada indicaba aspiraciones de grandeza, sino de afectuosa utilidad, y bien lejos estaban de pensar los entusiastas creadores de la Sociedad que hoy inaugura su inmueble de la Gran Vía, con asistencia de SS. MM., que la Gran Peña había de ser una de las Sociedades más florecientes y de íntima confraternidad, cuya excelente administración da por resultado la prosperidad y grandeza con que vive.

Volviendo a la época de su fundación, nos complace consignar aquí que la primera Junta directiva—a la que se llamó Directorio—fue constituida por los directores D. Federico Argüelles, D. Manuel Azpiroz y D. Baltasar Llopi; secretario, D. José Gamir; suplentes de directores, el conde de Aleoy, D. Eduardo de Garamendi y D. Victoriano de la Torre, y de secretarios, D. José de Olayeta y D. Wifredo Ruiz Dávila, presididos por D. José María de Garamendi, importante y respetable notario de esta corte.

Este Directorio convocó a la primera junta general, que se celebró el 1.º de Abril de 1869, dándose cuenta en ella de quedar constituida la Sociedad, y adoptando el sistema de administración directa, procediéndose al nombramiento de contador y tesorero, y siendo designados para tales cargos, respectivamente, D. Eusebio Hernández Gálvez y D. Juan Barraque.

En esta junta general se otorgó un amplia voto de confianza a los señores que habían de organizar y regir los destinos de la Gran Peña, encargándoles de gestionar cerca de los propietarios de la casa inmediata, en la calle de Alcalá, el arrendamiento de locales del piso entresuelo, que pudieran unirse a las ya ocupadas; ensanche exigido por el creciente aumento de la Sociedad, y que fue el origen de la casa que abandonan los socios de la Gran Peña, con el cariño que se tiene siempre a la mansión donde se han pasado tantos años.

En este largo lapso de tiempo han desaparecido peñistas entusiastas, que hoy, al ocupar la nueva casa, sentirían una mezcla de amargura y de alegría.

La amargura de abandonar los antiguos salones de la Gran Peña, en los que tantas horas felices transcurrieron, por la confraternidad que siempre reinó entre los socios de la Gran Peña, y de alegría al ver que la modesta Sociedad, que nació en las condiciones que queda dicho, es hoy uno de los Centros de recreo más florecientes de Madrid, merced, en primer término, a la honrada y acertadísima administración de sus Juntas directivas.

La lista general de socios de la Peña comprende poco más de 900, divididos en socios propietarios, transeúntes y diplomáticos.

De ellos merecen ser citados 18, que se hallaron en 1869 entre los fundadores de la Sociedad, y han continuado y continúan figurando en las listas de la Peña. Son éstos el ex ministro conde del Serrallo, los marqueses de Pacheco y Bedmar, D. Leopoldo Cano, D. Cayetano Alvear, D. José Durán, D. Luis de Eugenio, D. José y D. Luis de Ezpeleta, D. Pedro Fernández Durán, D. José de la Fuente, D. José Gómez Pallete, D. Juan Govantes, D. Eduardo Luvaig, D. José Laguna, D. Luis Martín del Yerro, D. Francisco Pérez de los Cobos y D. Mariano Sichar. Todos ellos gozan en la Gran Peña de grandes simpatías.

Una de las características de la Peña ha sido siempre el ejercicio de la caridad. No ha habido suscripción con carácter benéfico a la que no haya atendido, demostrando en todo instante sus caritativos sentimientos.

Ahora, con motivo de la inauguración de la nueva casa, se han puesto nuevamente de manifiesto tales sentimientos, y la Peña ha repartido varios miles de duros entre diferentes Asociaciones benéficas de Madrid. Además, ha en-

viado al Monte de Piedad 3.000 pesetas, para que se destinen al desempeño de máquinas de coser, con objeto de poder auxiliar a las clases necesitadas y trabajadoras.

La inauguración.

La Peña se había vestido de gala para el acto de la inauguración. Las personas Reales anunciaron su propósito de inaugurar personalmente el nuevo local, y éste apareció adornado con tapices y plantas, y terminado hasta en sus últimos detalles.

Los balcones aparecían engalanados con colgaduras, y todos los jocos exteriores se hallaban encendidos.

En un balcón de la rotunda ondeaba el pabellón nacional.

A las cuatro y media visitaron las Reinas y las Infantas la nueva casa, con carácter particular. Acompañaban a la Reina Doña Victoria, que vestía elegante traje azul pálido, con sombrero del mismo color, la condesa de los Llanos y el duque de Santo Mauro; a la Reina Doña Cristina, la marquesa de Motezuma y el marqués de Castel-Rodrigo, y a la Infanta Doña Isabel, la señorita Juana Bertrán de Lis. La Infanta Doña Luisa y S. A. la duquesa de Talavera llegaron juntas.

Las augustas damas fueron recibidas en la puerta principal por el duque de Bivona y las demás señores de la Junta directiva y por el comisario general de Seguridad, D. Alvaro de Juana.

Inmediatamente comenzaron SS. MM. y AA. su visita, recorriendo los diferentes pisos, y deteniéndose especialmente en el salón grande de la planta baja, en la biblioteca y en las terrazas.

Las Reinas e Infantas hicieron muchas preguntas sobre la construcción del nuevo edificio y el funcionamiento de la Sociedad, y expresaron sus felicitaciones a la Junta directiva.

En el comedor fueron obsequiadas las augustas damas con un espléndido té. La Reina y las demás personas Reales quedaron muy satisfechas de la visita.

Al abandonar el edificio de la Peña, cerca de las cinco, fueron objeto SS. MM. y AA. de una cariñosa manifestación por parte del público estacionado en los alrededores.

El acto inaugural se celebró dos horas más tarde. A él asistieron, además de la Junta directiva, todos los socios, que vestían, en su mayoría, de uniforme y charre.

Después de las seis llegaron el Rey, acompañado del marqués de la Torre-cilla; los Infantes D. Carlos y D. Fernando, y el Príncipe D. Raniero.

En el vestíbulo esperaban a S. M. y SS. AA. el presidente del Consejo, marqués de Alhucemas; los ministros de la Gobernación, Guerra y Marina; el gobernador, Sr. Rosselló; el alcalde, Sr. Silvela; el presidente de la Diputación, Sr. Díaz Agero; el director de Seguridad, Sr. La Barrera, y otras autoridades.

El duque de Bivona, en nombre de la Sociedad, dió las gracias al Rey por haberse dignado inaugurar el edificio. El Rey le contestó, expresando la complacencia que en ello tenía. Acto seguido comenzó la visita.

La presencia de S. M. fué acogida por los socios con una cariñosa ovación.

El Soberano visitó detenidamente todo el local, salón por salón, no escatimando sus elogios para todo cuanto juzgó digno de ellos.

Una de las cosas que más agradaron al Soberano fué saber lo mucho que ha sido beneficiada, con la construcción del edificio, la industria española.

A última hora fueron el Rey y los infantes obsequiados con un lunch.

Al terminar éste, el presidente de la Sociedad, duque de Bivona, brindó por el Rey y la Real familia, y pronunció las siguientes frases:

«La suerte me depara el honor de llevar la voz de la Gran Peña para expresar a V. M. nuestro profundo y perdurable reconocimiento por la merced que nos otorga al honrar con su presencia la inauguración del nuevo edificio social.

«Tiene este Círculo una característica que inspiró su fundación, y que ha mantenido cuidadosamente en el transcurso de los tiempos, gracias a la que conviven en relación estrecha y afectuosa elementos militares y civiles que, unidos por el amor inseparable a la Patria y al Ejército, realizan con esa fraternidad una labor social de provechosa trascendencia.

«Para V. M., que es a la vez el primer ciudadano y el primer soldado de España, ha de ser seguramente grata esta asociación, y para la Gran Peña la visita de V. M. representa la toma de posesión de la que, por aquellos dos títulos, es vuestra casa.

«Hemos realizado, Señor, el legítimo anhelo de poseer el suelo que pisamos, y al emprender la nueva etapa de vida que se señala con la fecha memorable de hoy, ofrecemos a V. M. el homenaje de nuestra gratitud y adhesión, y hacemos la promesa de secundar, dentro de la modesta esfera de nuestra acción, los nobilísimos y notorios esfuerzos del Rey para lograr la grandeza de España.»

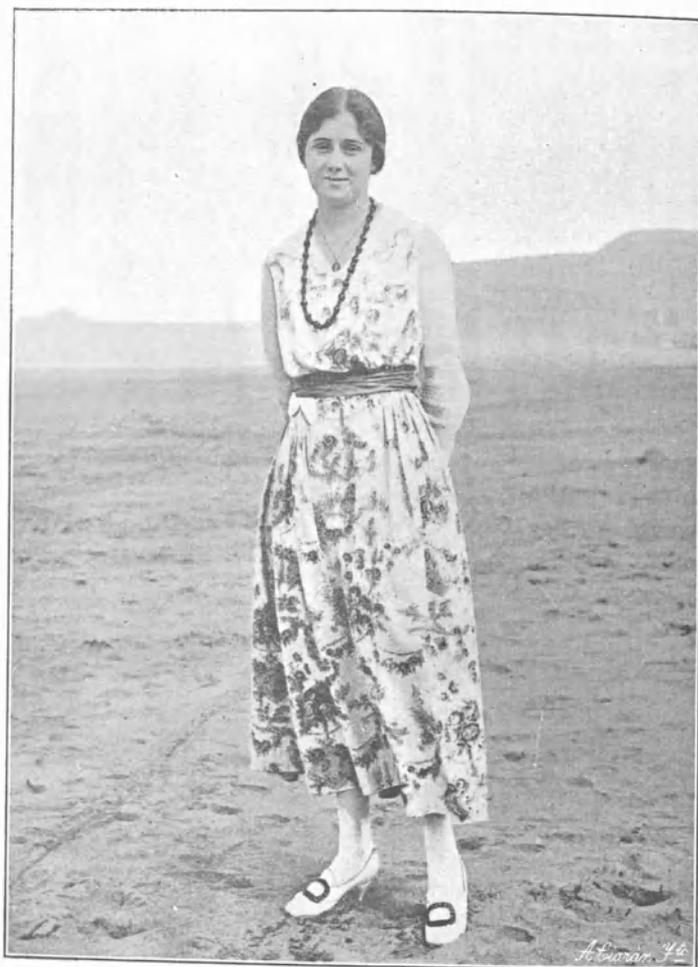
El Rey levantó su copa acto seguido, e improvisó un elocuente discurso.

«Esta honorable Sociedad—dijo—, fundada en momentos difíciles para España, evoca para mí grandes recuerdos. Cuando paso frente a ella, siempre veo caras conocidas; un militar, un ingeniero, un político, los hombres militares y civiles hermanados; la Patria. Los segundos representan a los elementos que han de dar el día de mañana alientos morales y materiales para la guerra, y no quiero decir con esto que vaya a salir España de la neutralidad en que se halla colocada; pero el Ejército siempre ha de estar preparado para la guerra.»

Añadió que nuestro Ejército debe aprovechar todas las lecciones que se desprendan de todos los Ejércitos beligerantes, y terminó alentando con patrióticas frases a los elementos civiles y militares para que, unidos, puedan hacer frente a todas las contingencias que se presenten en defensa de la Patria.

Una gran ovación y estruendosos vivas acogieron las frases del Monarca.

A las nueve de la noche abandonó el Rey el edificio de la aristocrática Sociedad, siendo aclamado en la calle por el numeroso público congregado en los alrededores de la Peña.



María Guillamas, hija de la duquesa viuda de Sotomayor.

La señorita María Guillamas y D. Miguel Angel Muguero.

EN la iglesia de San Fermín de los Navarros se celebró esta mañana, con gran solemnidad, la boda de la bellísima señorita María de Guillamas y Caro, hija de la duquesa viuda de Sotomayor y del difunto marqués de San Felices, con el joven diplomático don Miguel Angel Muguero.

Las simpatías de que gozan ambas aristocráticas familias en la sociedad de Madrid llevaron al templo del paseo del Cisne numerosa y selectísima concurrencia, deseosa de tributar a los novios un merecido homenaje de afecto.

El altar mayor aparecía cuajado de rosas y claveles blancos, ceñidas y margaritas. Las imágenes de la Virgen y del Sagrado Corazón resplandecían, rodeadas por nimbos de luces. Guirnaldas de flores se extendían por todo el templo y el presbiterio, formando en la barandilla un artístico tapiz.

Poco después de las doce, cuando se hallaba ya el templo completamente lleno, llegaron los novios, con sus padrinos, penetrando en la iglesia a los acordes de una Marcha religiosa de Puccini.

La encantadora señorita de Guillamas, sonriente como quien se considera feliz, iba del brazo de D. Juan Muguero y Casi, padre del novio, que vestía uniforme de gentilhombre de S. M. El novio, llevando el de la Orden militar de Montesa, daba el suyo a la duque

sa viuda de Sotomayor, vestida elegantemente de negro y alhajada con perlas y brillantes.

La entrada en la iglesia de la novia produjo entre los concurrentes un gran murmullo de admiración. Lucía precioso traje de tul blanco, guarnecido de encajes de Bruselas. En la cabeza, bajo el velo de desposada, la diadema de azahar; en la garganta, el collar de brillantes, regalo del novio, y otro, de perlas, regalo de su madre, y en las orejas, los pendientes de perlas, regalados también por su prometido.

En el presbiterio ocuparon novios y padrinos sus respectivos reclinatorios, situándose los testigos a un lado y otro del altar.

Eran éstos, por parte de la gentil novia, el duque de Luna, los marqueses de Someruelos, Campo Fértil y Bendaña, y D. Enrique Sancho, amigo íntimo de la familia de la novia, y por parte del novio, el subsecretario de Estado, marqués de Amposta; los hermanos D. Francisco, D. Antonio y D. Juan José Muguero, y D. Alonso Caro y del Arroyo.

Bendijo la unión, revestido de pontifical, el obispo de Madrid-Alcalá, D. Prudencio Melo, que pronunció luego una breve y sentida plática.

Durante el acto religioso, la Capilla-música dirigida por el maestro Sanz, interpretó el *Sueño de una Virgen*, de Massenet; una *Melodía*, de Dubois; un *Intermedio*, de Soto, y el *Gloria*, de Mozart. Los solos de arpa corrieron a cargo de la señorita de Bala-zote: una notable artista, que interpretó la *Prière*, de Hanselmas, y un *Estudio de concierto en mi bemol*, de F. Godefroid.

Al cruzar los novios, momentos después, el templo, a los sonos de una nueva Marcha nupcial, recibieron felicitaciones de sus amigos, que hacían votos por la eterna felicidad de la gentil pareja, siendo su paso por la iglesia, desde el altar a la puerta, como una lluvia de bendiciones.

Los invitados trasladáronse al hotel de la duquesa viuda de Sotomayor, donde se había dispuesto espléndido almuerzo para unas 200 personas. Toda la casa, incluyendo el jardín, se hallaba convertida en comedor. De los dinteles de las puertas pendían esferas de blancos claveles; sujetas con cintas de seda, otras flores aromatizaban las demás estancias; la barandilla de la escalera, de

estfijo Luis XVI, aparecía igualmente adornada con guirnaldas floridas. La orquesta de Boldi interpretaba en el jardín las composiciones más escogidas de su repertorio.

En una mesa almorzaron los nuevos esposos, con sus padrinos y testigos y la duquesa de Fernán-Núñez.

Los demás invitados repartiéronse en mesitas separadas, é inútil es decir la animación que pronto reinó en todo el hotel.

Como antes decimos, la concurrencia a la boda fué extraordinaria. Puede decirse que estaba allí representada la flor y nata de la sociedad de Madrid.

Entre otras personas, figuraban, además de la ilustre duquesa de Fernán-Núñez, los duques y duquesas de Santo Mauro, Luna, Sotomayor, Híjar, Alburquerque, Lécera, Montellano, Vistahermosa, Aliaga, Medina Sidonia y Aveiro;

Princesa Pio de Saboya;

Marquesas de la Mina, Viana, Portago, Ivanrey, Campo-Fértil, Aguila Real, Bermejillo del Rey, Castelar, Somosancho, Jura Real, Someruelos, Rafal, Romana, Valdeolmos, Cayo del Rey, viuda del Baztán, San Juan de Buenavista, viuda de Hoyos, Torrelaguna, Bendaña, Comillas, Pozo-Rubio, Villatoya, Santa Cristina, Acha, La Guardia y Valdeiglesías;

Condesas de Maceda, Crecente, Peña-Ramiro, Serramagna, viuda de Liniers, San Luis, Sástago, Liniers, Torre-Arias, Mora, Cerragería, Sierrabella, San Martín de Hoyos, Agrela, viuda de Adanero, Gamazo, Castilleja de Guzmán, Torrubia, viuda de Catres, Caltavuturo, Unión, Cuevas de Vera, viuda de Arcentales y Villariego;

Las vizcondesas de Fefiñanes y Garci-Grande; las baronesas de Casa-Davalillo y viuda del Castillo de Chirel; la generala Borbón, y

Señoras y señoritas de Borbón, Beistegui, Mina, Viana, Aliaga, Lécera, Crecente, Aveiro, Baztán, Cayo del Rey, Ibarra (D. Fernando), Bermejillo, Montellano, Agrela, Caltavuturo, Escobar y Kirkpatrick, Crespi de Valldaura, viuda de Muguero, Muguero, Liniers, Mendivil, Garay, Almodóvar, Caro, Martínez de Irujo, Frígola y Muguero, Flores, Franco, Muñoz Vargas, Amézaga, Eizaguirre, López Roberts (D. Mauricio), Reinoso, y muchas más.

También concurrieron, entre otras personas, el jefe del partido

conservador, D. Eduardo Dato; el teniente general D. Francisco Borbón y Castellví; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; los marqueses de la Mina, Portago, Castelar, Romana, Narros, Castel Rodrigo, Comillas, Bermejillo del Rey y La Guardia; los condes de la Mejorada, Cimera, Agrela, Albiz, Cerragería, Torre-Arias, Maceda, San Luis, Sástago, Real, Liniers, Torrubia y Sierrabella; el barón de Casa-Davalillo, y los señores Travesedo (D. Francisco), Silva y Mitjans, Cárdenas (D. Francisco), Liniers, Muguíro, Gil Delgado, Mendivil, Grinda, Borbón, Franco, Allendesalazar, Flores, Rodríguez Escalera, Muñoz Vargas, López Roberts (D. Mauricio), Creus, Comyn, y otros.

Como es natural, la animación duró hasta bien entrada la tarde.

Los nuevos esposos salieron hoy mismo para Andalucía, por donde realizarán una larga excursión.

Les deseamos eternas venturas.



Con motivo de su enlace, ha recibido la bella novia gran cantidad de regalos de toda la sociedad madrileña. En la lista figuran más de 300 regalos, y justo es consignar que Mellerio y Sanz (hijo) firman buena parte de ellos.

La duquesa viuda de Sotomayor ha depositado en la canastilla de su hija un *sautoir* de perlas y un peto de brillantes antiguos; los señores de Muguíro a su futura hija política, pendientes de gruesas perlas; los duques de Luna a su hermana, una sortija con un hermoso zafiro y brillantes; los marqueses de Someruelos, un estuche con las piezas de tocador de *vermeil*; los marqueses de Campo-Fértil, un saco de viaje, con todos los objetos de plata; la joven condesa de Buenavista de la Victoria y sus otros hermanos, un precioso *pendentif* de brillantes.

Los duques de Sotomayor, una *barrette* de zafiros y brillantes; el marqués de Arcos y sus hermanas, las señoritas de Martínez de Irujo, una sortija con un rubí y brillantes; los señores de Muguíro (D. Antonio), una *barrette* de perlas y brillantes; los señores de Careaga, una sortija de zafiros y brillantes; D. Francisco Muguíro, unos candelabros de plata; las señoritas de Muguíro, un bolso de oro; la condesa de Liniers, un magnífico abanico antiguo, y la señora viuda de Muguíro, un imperdible de zafiros y brillantes.

El novio regala a su prometida una diadema en forma de tiara, de perlas y brillantes antiguos, muy artística y valiosa, y una pulsera de brillantes y zafiros, además del traje de novia y otras dos preciosas *toilettes*; una en brochado azul y plata, y otra marrón. Una soberbia *parure* de mara zibelina y valiosos encajes y abanicos antiguos completan los regalos de D. Miguel Angel Muguíro, que fueron enviados a casa de la novia en un artístico arcón de nogal tallado, forrado en su interior de damasco carmesí.

La señorita de Guillamas ha regalado a sus futuros padres políticos un broche de zafiros y una botonadura de ónix y brillantes, y a las señoritas de Muguero un broche de perlas y una sortija de esmeraldas; a su prometido, una perla para la pechera.

La duquesa viuda de Sotomayor, a su futuro hijo político, una botonadura de zafiros y brillantes.

La condesa de Buenavista y sus hermanas regalan al Sr. Muguero un alfiler de corbata con un rubí y brillantes, y éste, a sus futuros hermanos políticos, broches de zafiros y brillantes y cruz de perlas.

También ha recibido la señorita de Guillamas, entre centenares de regalos, una preciosa sortija de esmeraldas, de la duquesa de Fernán-Núñez; otra, con un zafiro, de los marqueses de la Mina; una flecha de rubíes y brillantes de la señorita Paloma Falcó, y un reloj de pulsera, de ónix y brillantes, de los duques de Granada.

También ha reunido una valiosa colección de abanicos antiguos.

A su regreso del viaje de novios se instalarán en un precioso cuarto. El adorno del nido de amor—un encanto—ha corrido en parte a cargo de la casa R. Rodríguez Hermanos, en cuya exposición de la calle del Clavel se ve ya a la altura en que se ha colocado en la moderna industria española.

JUNIO-1917

En el "chalet" del Tiro.

DISPUTÁBASE ayer en el Tiro de pichón de la Casa de Campo, y en tirada extraordinaria, la magnífica copa de plata regalada por las señoras, por las bellas damas que han sido durante la temporada el adorno principal de aquel sitio tan pintoresco y tan ameno, y en el elegante *chalet* tan artístico y tan español—no debiéramos, entonces, haber dicho *chalet*—se reunió la más brillante de la sociedad aristocrática.

Y como el día era espléndido y la temperatura deliciosa, muchas familias acudieron desde primera hora almorzando allí.

Uno de los almuerzos lo ofreció el Presidente de la Sociedad conde de Maceda, quien tuvo el honor de sentar a su mesa a las Reales personas. Presidíanla el Rey y la Reina. Don Alfonso tenía a su derecha a la Infanta Doña Luisa, y a su izquierda a la condesa de Maceda; la Reina se sentaba entre el Infante Don Carlos y el marqués de la Mina. Los demás comensales eran: la marquesa de la Mina, los duques de Santo Mauro y su hija la condesa de San Martín de Hoyos, el conde de Maceda, la vizcondesa de Fefiñanes, la duquesa de Algete, la Srta. Piedad Iturbe, los condes de los Villares, la señora de Lombillo, el duque de Tarancón, los marqueses de Pons, de Ferreras y de Castrillo, D. Narciso Pérez de Guzmán, D. Federico Luque y D. Jacinto Martos.

Después se verificó la tirada, que resultó muy interesante. Ganó

la copa de las señoras el duque de Pastrana, que mató 13 pájaros, de 15, quedando segundo el Sr. Tejero. Ambos fueron muy felicitados.

Mientras se disputaba se organizó un animado baile.

Sobre una mesa se admiraba la soberbia copa de plata que todas las Sociedades de Tiro de España han regalado, en justo homenaje, al presidente de la de Madrid, conde de Maceda.

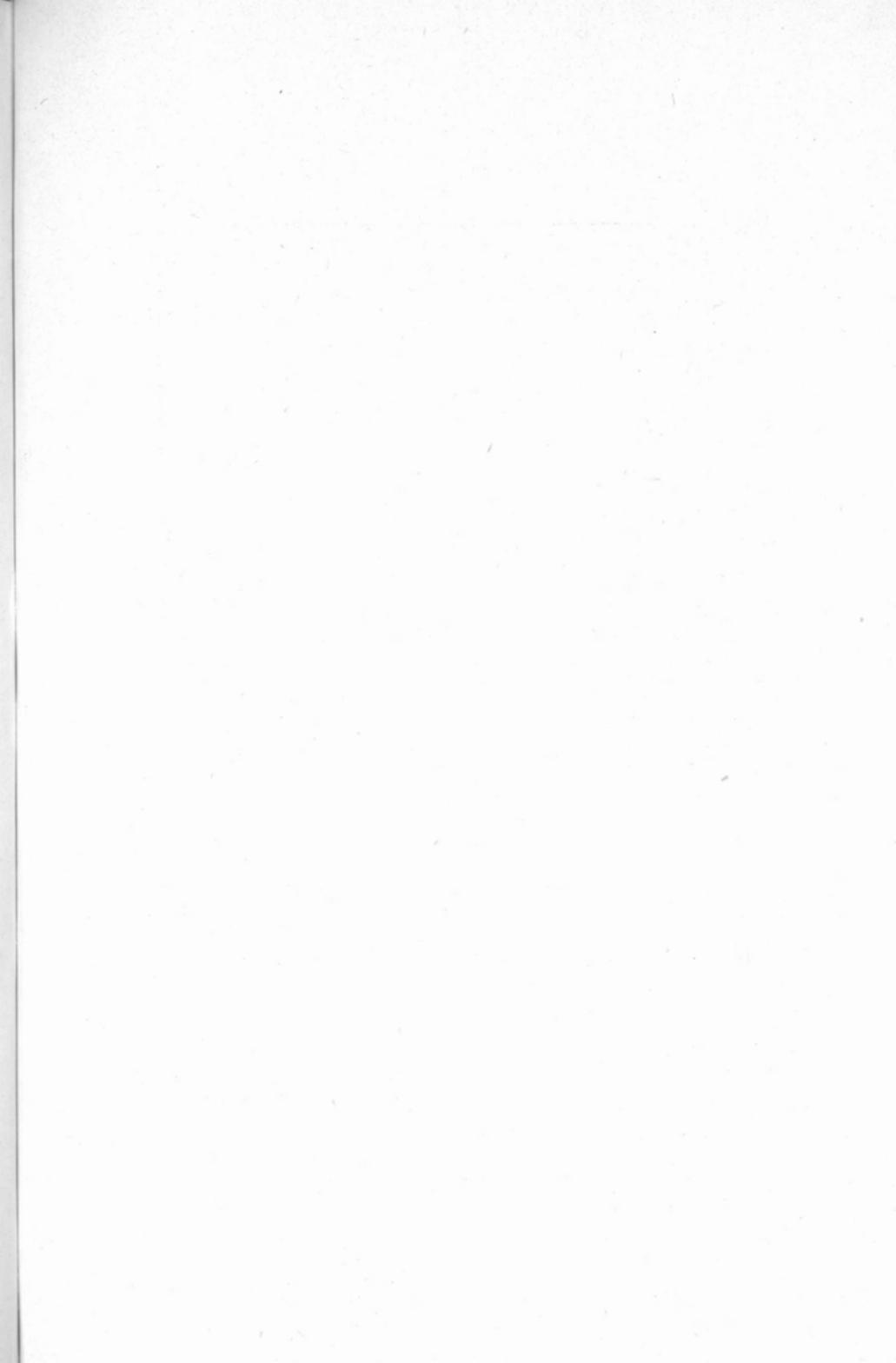
La copa, no solamente representa un valor intrínseco, sino artístico, y acredita el buen gusto de los que la han regalado.

Lleva en su base grabada la dedicatoria, que firman los presidentes de las diferentes Sociedades.

Por la de Madrid firma S. M. el Rey.

Además de las personas citadas acudieron ayer las siguientes: la señora de Alba, esposa del ministro de Hacienda, y su hija política; la señora de Santos Suárez, la duquesa de Dúrcal y señorita de Borbón, las marquesas de la Scala, Torneros, Benicarló, Olivares, Nájera, Bermejillo del Rey, Aguila Real, Villamanrique, Riscal, Sofraga, viuda de Hoyos, Somosancho e Ivanrey; condesas de Cuevas de Vera, Velle, Fuente-Blanca y Vega del Ren; la señora de Rubianes, señoras y señoritas de Crecente, Lécera, Muñero, Figueras, Perales, Santa Marina, Camarasa, Alós, Agrela (D. Mariano), Moreno Osorio, Rodríguez Codes, Cortés, Chavarri, Travesedo, Fernández-Maqueira, Osma, Bermejillo, Soriano, Blair, Pérez Seoane, Pidal, García Prieto, Icaza, Hurtado de Amézaga, Zulueta, Pezuela, Antequera, Gutiérrez de Salamanca, Arcos, Caro, Ibarra, Núñez de Prado y muchas más.

A las seis de la tarde, después de tomar el té, se trasladaron los Reyes e Infantes al Real Club de la Puerta de Hierro, donde se jugó un interesante partido de polo.





Angelita Polavieja,
hija de la marquesa viuda de este título.

(Fot. Franzen.)

La señorita de Polavieja y el Sr. Valenzuela.

EN la artística capilla de las Damas Catequistas, adornada con profusión de blancas flores, se celebró ayer tarde el enlace de la encantadora Srta. María de los Angeles Polavieja y Castrillo, hija de la marquesa viuda de Polavieja, con el joven ingeniero don Joaquín Valenzuela y Urzáiz.

La señorita de Polavieja, esa delicada belleza, adorno gentil de los salones madrileños, heredera legítima de las bondades de su madre, realizaba ayer su juvenil figura con sus galas nupciales. Estaba lindísima.

El novio lucía el uniforme de los maestrantes de Zaragoza.

Bendijo la unión el obispo de Sión; fueron padrinos la madre de la novia y el padre del novio, representado por el conde de Torrejón, y firmaron como testigos, por parte de ambos, el ex presidente del Consejo Sr. Dato, el ex ministro Sr. Domínguez Pascual, los marqueses de Polavieja—hermano de la novia—, Rozalejo, Albudeite y Portugalete, y los Sres. Franco, Medina y Valenzuela (D. Enrique), hermano del novio.

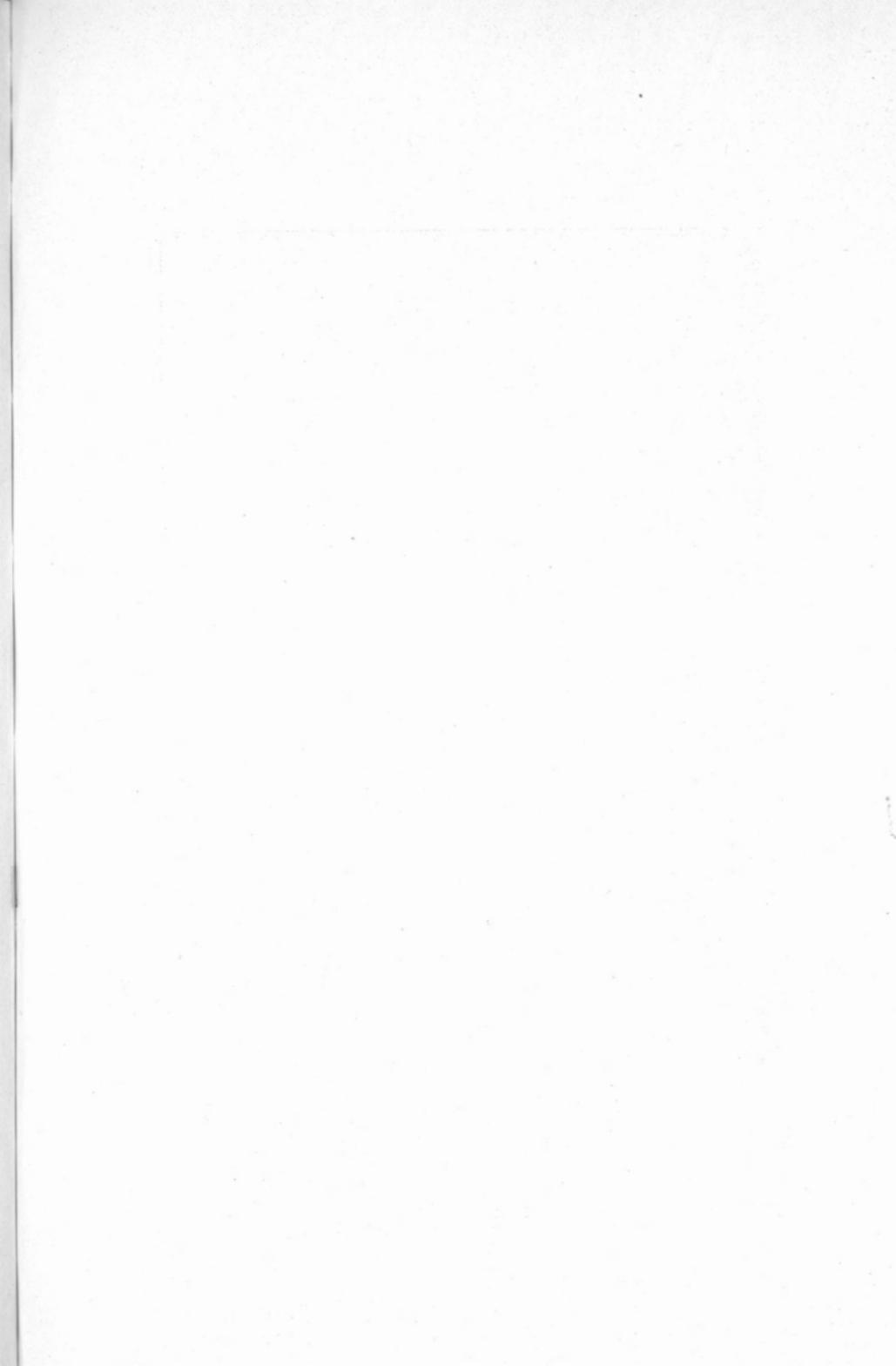
La concurrencia fué muy distinguida.

Los nuevos esposos—¡ay!, cuántas ilusiones y cuántos sueños se han realizado ayer—salieron por la noche para Andalucía. Que la felicidad les acompañe siempre.

Eso pedirá también desde las altas regiones del infinito aquel

insigne capitán general marqués de Polavieja, a quien nosotros queremos dedicar un recuerdo con motivo de la boda de su hija, que fué el mayor cariño del corazón de aquel soldado.

Días después, las amistades de los novios, recibían, en unas elegantes cajas que firmaba Hidalgo, unos exquisitos bombones.





Srta. María Luisa Sánchez Arjona.

(Fot. Franzen.)

En la "Huerta".-- La señorita de Sánchez Arjona y el Sr. Alcázar y Roca de Togores.

LA temperatura que por las noches se disfruta hace que la vida al aire libre sea un encanto. En los palacios rodeados de espléndido jardín suelen servirse las comidas en él. Quédase, pues, medio olvidado el comedor para sentarse a la mesa colocada en una alameda del parque. Esto se hizo anoche también en el palacio de los marqueses de Argüelles.

No atravesamos, como otras veces, el «hall», ni la «loggia», ni el pequeño saloncito donde Martínez Abades nos muestra, en unos lienzos, las bellezas de unos paisajes asturianos, sino que nos quedamos en el jardín, iluminado por cientos de farolillos eléctricos y animado por la gracia gentil de la marquesa y de sus hijas.

En el frontón—cubierto su suelo de fina esterilla—se habían preparado las cinco mesas en torno a las que habían de tomar asiento los comensales; las bombillas eléctricas, cubiertas con artísticas y graciosas tulipas de papel de seda rojo, evitaban la presencia de los mosquitos, y como con aire de misterio sonaban los acordes de una orquesta nacidos de un bellissimo macizo de rosas.

La tibia brisa de la noche mecía con señorial elegancia las altas copas de los árboles, alzábase ante nuestros ojos la silueta del palacio y oíase el alegre charlotear de los comensales, mientras el sexteto entonaba la música de las canciones de Pastora Imperio, que ella ha popularizado con su arte inimitable y castizo.

Con la marquesa y el marqués de Argüelles sentábanse la señora viuda de Saro, la señora de Cuesta, la condesa de Baynoa y los Sres. Nárdiz y Fernández de Castro. En otra mesita, la marquesa y el marqués de Vista-Alegre, la señora de Luque (D. E.) y el vizconde de Altamira. En otra, el barón y la baronesa de Velli, la señora de Nárdiz y el conde de Baynoa. En otra, María Ignacia Bernaldo de Quirós y Carmencita Cuesta y D. José Bernaldo de Quirós y su primo D. José Altares, hijo del marqués de los Altares. Y en otra—de hombres solos—, D. Ernesto Luque, D. Ramón Argüelles y los Sres. Cuesta y Bernaldo de Quirós (D. Rafael).

Y tuvo la comida—además de las excelencias del «menú»—el encanto de la intimidad y la nota alegre de que, una vez terminada, fueron retiradas las mesitas y se organizó un animado baile. ¿«One step»? ¿«Fox-trop»? No, no.

—A ver, maestro: «Su majestad el «schotis.»

Y alguna de las figuritas aristocráticas, adornada con su falda de rosados volantes, dejó caer sobre sus hombros la seda bordada de un mantón de Manila para que la improvisada fiesta tuviera más carácter de española.

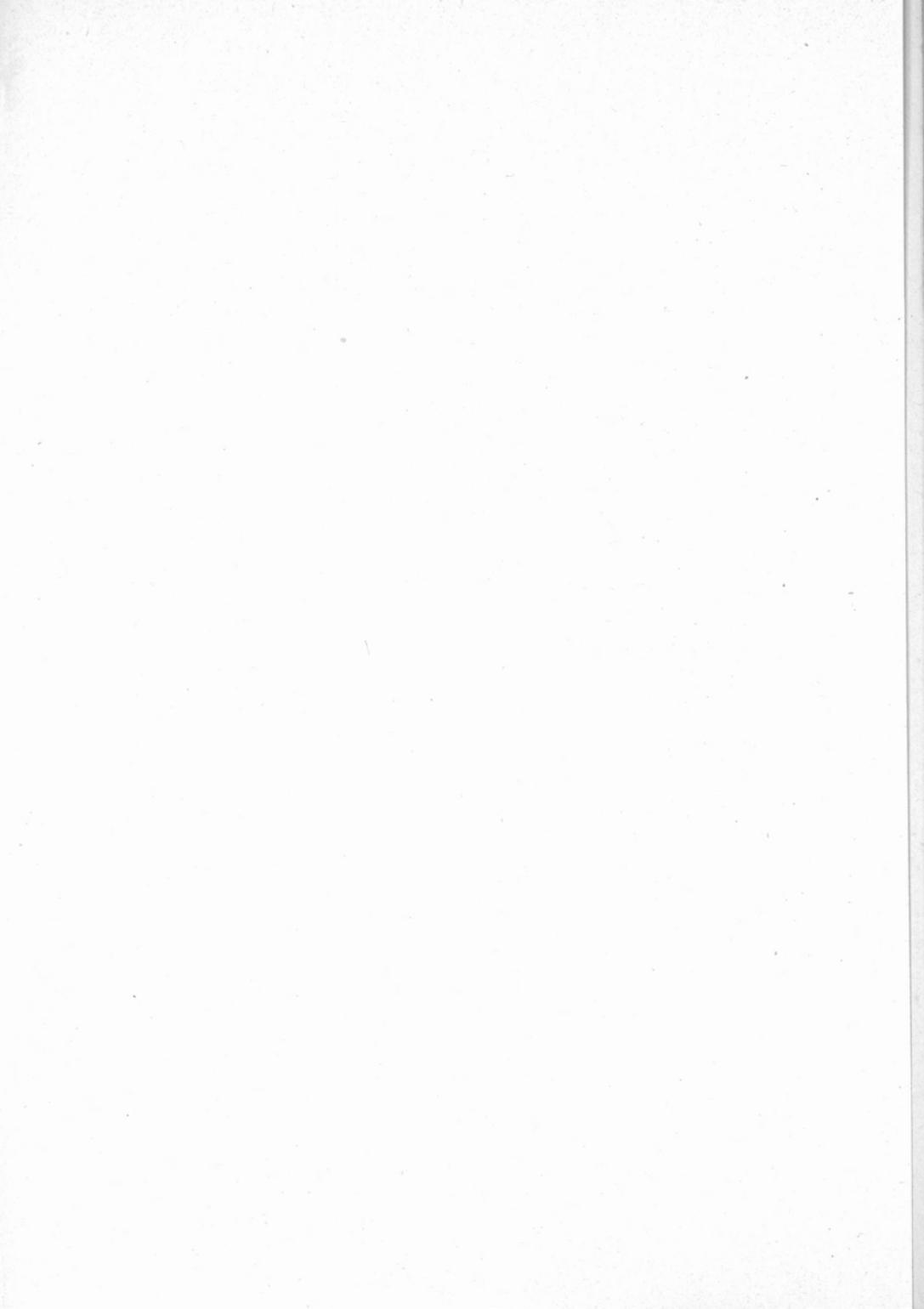
* * *

En la iglesia de San Jerónimo el Real se ha celebrado el día 15 el matrimonio de la bellísima Srta. María Luisa Sánchez Arjona, hija del senador de este apellido, con el Sr. D. Luis del Alcázar y Roca de Togores, hijo de los marqueses de Peñafuente.

La novia, con sus galas de desposada, realizaba sus encantos.

Fueron padrinos la señora de Sánchez Arjona, madre de la novia, y el marqués de Peñafuente, padre del novio, y testigos D. Juan, D. José, D. Diego y D. Serafín del Alcázar, por parte de él, y D. Clemente de Velasco, D. Antonio Sánchez Arjona, D. Eduardo de Acha y D. José Manuel de Aristizábal, por la de ella.

Los novios, a quienes deseamos muchas felicidades, salieron por la tarde para Avila.





«Garden-party» en el palacio de Liria.
S. M. la Reina madre con las Infantitas Doña Beatriz y Doña María Cristina,
tomando el té.

(Fot. Marín y Ortiz.)

Una "garden-party".

VAMOS a decir pronto que la *garden-party* celebrada ayer tarde en el jardín del palacio de Liria ha sido un gran éxito; vamos a consignar prontamente también nuestro sincero aplauso para la Junta de señoras y felicitemos legítimamente a la Cruz Roja del distrito del Hospital por el beneficio obtenido.

Gran parte del éxito—justo es decirlo—corresponde a la ilustre marquesa de la Mina, presidenta de la Junta de Damas de aquella sección de la Cruz Roja, que con gran entusiasmo ha trabajado en la organización del festival, auxiliada eficazmente por la vicepresidenta, condesa de Torre-Arias; tesorera, señorita Mercedes Castellanos; secretaria, duquesa viuda de Sotomayor, y las vocales: duquesas de Fernán-Núñez y Montellano; marquesas de Santa Cristina, Romana, Mohernando y Valdeiglesias; condesas de San Félix, Agrela, Cerragería y viuda de Fuenteblanca; señora viuda de Montes Sierra y señorita Candelaria Barrenechea.



No podía haberse escogido para la fiesta mejor ni más bello escenario que los jardines del palacio de Liria, con sus cuidados paseos y sus hermosas alamedas.

En el césped que ante la fachada principal se extiende había sido instalado el *buffet*, y a su alrededor mesitas y veladores para

tomar el té. Poco más allá, cobijadas por una monumental sombrilla de raso azul, aparecían muñecas y muñecos de trapo, con sus números puestos, esperando la hora de la rifa.

Pero donde el jardín había experimentado más notable transformación era en la parte de la derecha del palacio. En esa explanada superior se destacaban, ante todo, dos elegantes pabellones: era uno el de la *tienda* de S. M. la Reina, y otro el de la tómbola.

La tienda Regia tenía la forma de una tribuna baja; estaba decorada con tapices y flores y rematada en su frente con una guirnalda de rosas blancas y rojas. En su interior aparecían cuantos objetos habían de ser vendidos por la Soberana y las damas encargadas de auxiliarla.

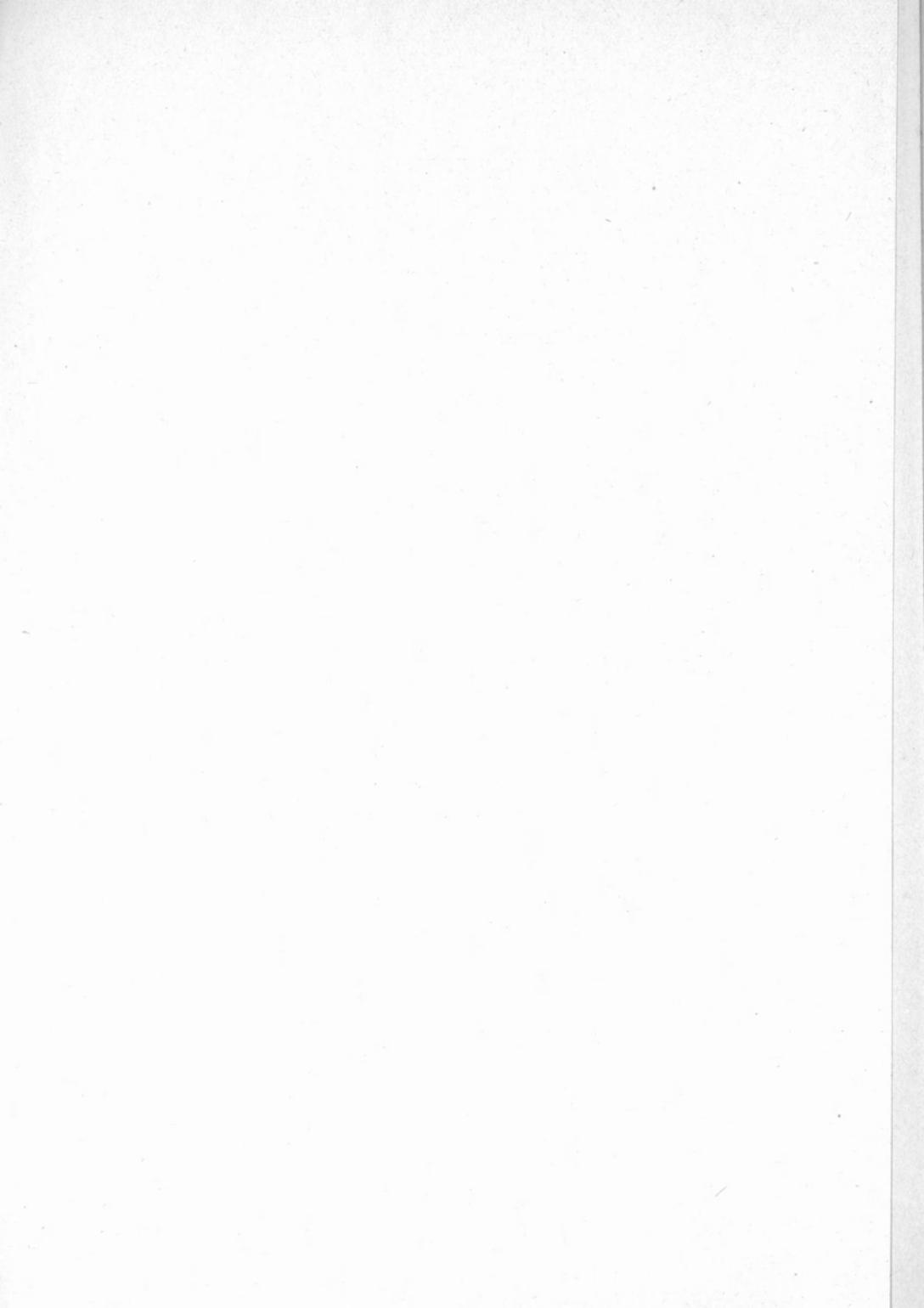
No menos lleno de artísticos regalos estaba el pabellón de la tómbola. Pasaban de 500 los enviados a la marquesa de la Mina por distinguidas personas y por conocidos industriales. Esta misma mañana, precisamente, se había engrosado la lista de obsequios hechos por el comercio madrileño, con un precioso bajorrelieve, unas carteras y unos preciosos muñecos de paño, además de por una colección—tal es—de pantallitas, cestitas, polveras, joyeros y diversos objetos de capricho, donados por la casa R. Rodríguez Hermanos, de la calle del Clavel.

Entre ambos pabellones habían sido colocados sillones para las personas Reales, y en una mesa, aparecían los dos magníficos regalos de las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina: una gran lámpara china y un reloj de bronce de chimenea.

A continuación de esta explanada, y oculto por una empalizada natural, se hallaba el teatro.

El rectángulo que constituía la sala estaba confinado, en uno de sus lados mayores, por macizos de plantas y una fuente de piedra, y en el otro por una serie de magníficos tapices de la Real Fábrica, también galantemente cedidos, así como las sillas del *patio de butacas*, enviadas por el Ayuntamiento, en atención al benéfico fin de la fiesta. Al fondo se alzaba el escenario, encuadrado por un marco de floridas guirnaldas. El telón lo constituían elegantes cortinones.

Aún había nuevos sitios dispuestos para el festival. Una de las cuatro terrazas del palacio, que dan sobre el jardín, había sido preparada para el té de las Reales personas.





«Garden-party» en el palacio de Liria. S. M. la Reina Doña Victoria rifando los objetos de su tómbola.

(Fot. Marín y Ortíz.)

Para la gente joven ofrecía el jardín de Liria un atractivo más: un clásico *Tío-Vivo*, instalado en la plaza que hay ante la fachada posterior de la casa; y para los aficionados a cosas artísticas, el palacio de Alba, abierto en todas sus estancias, brindaba a la pública admiración las inapreciables bellezas allí conservadas.

Tal era ayer el escenario de la fiesta cuando, a las cuatro y media de la tarde, comenzaron a llegar los primeros concurrentes a la *garden-party*.



Pronto se vieron los jardines concurridísimos. Sin cesar iban llegando distinguidas familias, evidenciando con su presencia que allí donde se hace un llamamiento a los sentimientos caritativos de la sociedad de Madrid, ésta acude presurosa para contribuir con su esfuerzo al mantenimiento de benéficas instituciones.

No tardó la banda del regimiento de Zapadores, colocada a la entrada del Parque, en anunciar, con los correspondientes honores, la consecutiva llegada de las personas Reales, que quisieron contribuir con su presencia al éxito de la fiesta.

Primero llegó la Infanta Doña Isabel, que vestía traje negro con adornos de color gris, acompañada de la Srta. Margot Bertrán de Lis; después la Reina Doña Cristina, vestida elegantemente con traje oscuro, acompañada de la duquesa de la Conquista y el marqués de Castel Rodrigo; luego los Infantes Don Carlos y Doña Luisa, y por último, los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, con las Infantitas Doña Beatriz y Doña Cristina, y acompañados por la condesa viuda de los Llanos, el duque de Santo Mauro y el ayudante de S. M., coronel marqués de la Ribera.

El Rey iba de *chaquet* y sombrero de copa; la Reina llevaba traje color oro viejo y sombrero del mismo color, adornándose con un collar magnífico, de varios hilos de perlas, y las Infantitas, que llamaban la atención por su belleza, llevaban lindos trajecitos de color de rosa.

Frente a la puerta principal del palacio fueron recibidos Sus Majestades y Altezas por la marquesa de la Mina, la duquesa de Fernán Núñez y demás señoras de la Junta, que ostentaban todas la insignia de la Cruz Roja; el duque de Peñaranda, que hacía los